

Libros del Asteroide 

**Emma Reyes**  
Memoria por  
correspondencia

Prólogo de Leila Guerriero





# **Emma Reyes**

Una mujer de recursos

Prólogo de Leila Guerriero



Publicado originalmente por Laguna Libros (Colombia) y Fundación Arte Vivo Otero Herrera, 2012

Los editores agradecen a las siguientes personas su contribución a la publicación de este libro: Gabriela Arciniegas, Gabriela Santa, Andrés Felipe Ortiz, Fundación Cultural Germán Arciniegas, Luisa Fernanda Herrera y Jacqueline Desarménien.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Gabriela Arciniegas, 2012

Negociado por Casanovas && Lynch Agencia Literaria, S.L.

© del prólogo, Leila Guerriero, 2015

© del artículo *¿Qué pasó con Emma Reyes?*, Diego Garzón, *Revista SoHo*

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-31-3

Déposito legal: B. 4.180-2015

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

# Prólogo

## **Leona pura, leona oscura**

En los primeros minutos de la película coreana *Old Boy*, dirigida por Chan-wook Park, su protagonista, Oh Dae-su, es secuestrado, no se sabe por quién, y despierta poco después en una habitación sin ventanas en la que hay un baño, un lecho, un cuadro con una frase —«Ríe y el mundo entero reirá contigo, llora y llorarás solo»—, y un televisor en el que están pasando la noticia de que su esposa acaba de ser asesinada. Oh Dae-su no sabe cómo llegó allí, ni por qué, ni cuándo va a salir. El espectador tampoco. Las horas, los días, los meses de esa agonía claustrofóbica se suceden: una perversión —el secuestro— dentro de otra perversión: el tormento sin fin. Quince años después, aún sin saber por qué ha sido secuestrado, abandona ese cuarto convertido en una máquina de odio, en un asesino perfecto.

Así como Oh Dae-su aparece ante el espectador

—un ser en padecimiento puro, sin nada que explique y que, por tanto, alivie ese padecimiento —, la colombiana Emma Reyes aparece ante los lectores en Memoria por correspondencia: como una niña de cinco años encerrada en una pieza de un barrio de Bogotá, a la que cada mañana llega una mujer misteriosa llamada María que, después de abrir la puerta y obligar a Emma a ir hasta un baldío para vaciar la bacinilla que ha usado durante la noche, vuelve a encerrarla bajo llave por el resto del día. Emma vive allí con su hermana mayor, Helena, y un niño llamado Eduardo, el Piojo. Los tres están siempre sucios, mal alimentados, y pasan el tiempo en ese cuarto sin ventanas, ni agua, ni luz eléctrica, del que no pueden salir salvo en contadas ocasiones. Reyes nunca dice quién es la señorita María, ni por qué ni desde cuándo les prodiga ese trato brutal. ¿Quién es el padre de Emma, quién es su madre, por qué está sometida a esa existencia aterradora? No hay respuesta. Ni a esas ni a otras preguntas. Porque, como si fuera un narrador experto, Emma Reyes parece saber que esos cabos sueltos

subrayan el horror: un horror que vino no se sabe cómo ni por qué y que, por tanto —arbitrario, inexplicable—, puede extenderse al infinito. Pero, a diferencia de Oh Dae-su, cuando Emma Reyes sale de su encierro no está llena de odio sino de curiosidad: viaja por Latinoamérica, se casa con un escultor, gana una beca para estudiar en París con André Lothe, se muda a Europa, se hace pintora de fama, ayuda a todos los artistas plásticos colombianos que aterrizan en el viejo continente, se casa con un médico y muere en Burdeos, en 2003, a los ochenta y cuatro años. Y, entre una cosa y la otra, le escribe a su amigo y compatriota Germán Arciniegas, ensayista, político e historiador, veintitrés cartas en las que le cuenta su infancia: las veintitrés cartas que forman este volumen, publicado originalmente en 2012 por la editorial colombiana Laguna Libros, que agotó varias ediciones en su país y al que la crítica puso por los cielos. Lo que nos lleva a pensar que a lo mejor aquella frase que colgaba en el cuarto de Oh Dae-su —«Ríe y el mundo entero reirá contigo, llora y llorarás solo»— era una

frase muy veraz porque, a pesar de que Memoria por correspondencia es la historia de una desgracia, está lejos de ser un libro plañidero y parece, más bien, el libro de alguien con un altísimo sentido del humor. O, si se prefiere, de alguien que ha sabido pasar el sentido trágico de la vida por el tamiz adecuado —el de la literatura— para transformarlo en el regocijo trágico de la prosa. O algo así.

Emma Reyes nació en 1919 y, aunque escribió estas cartas a partir de 1969 (y hasta 1997), la historia que cuenta en ellas comenzó en la década del veinte y terminó en los años treinta. Conoció a Germán Arciniegas en París, en 1947, en un acto de la Unesco, y desde entonces se hicieron grandes amigos. Él la incentivó a que le contara, a través de cartas, aquella infancia de la que a ella le costaba tanto hablar (y de la que, por suerte, le costó un poco menos escribir). Emma Reyes se concentró en un período que comienza a sus cinco años en aquel cuarto de la capital colombiana, continúa con una mudanza a Guateque, otra a

Fusagasugá, sigue con la vida en el convento de monjas al que ella y su hermana fueron a parar después de que María las abandonara definitivamente —y donde pasaron años sometidas a un maltrato inspiradísimo—, y termina con un desenlace taquicárdico (que recuerda al de la película *Expreso de medianoche*, cuando una ocasión inesperada —la muerte de un guardia— permite que el protagonista simplemente tome las llaves de la prisión de Estambul donde está detenido y salga por la puerta principal). A lo largo de todos esos años, Emma y su hermana fueron explotadas, golpeadas, despreciadas, insultadas por la mayor parte de los adultos que se cruzaron en su camino. Esta es, entonces, la historia de una desgracia. Pero de una desgracia contada con la más alta gracia que se pueda imaginar.

Aquí hay niños que, muy a la Dickens, padecen todo tipo de vejámenes. Niños que desconocen el significado de las palabras «papá» y «mamá» («[...] me dejaban al cuidado del chino patojo que se sentaba junto a mí a jugar con el trompo. Un día

[...] me preguntó si yo tenía papá y mamá, yo le pregunté que qué era eso y me dijo que él tampoco sabía»), niños que son tratados con una brutalidad de fábula (María da a luz a un bebé al que no alimenta ni limpia, y al que abandona poco después de parido en un umbral, ante los gritos desesperados de Emma), niños que casi no comen, que casi no juegan (o que interpretan juegos de una sordidez desastrosa: meterse en un horno de ladrillos durante horas, esperando a que una gallina ponga un huevo), niños que, en fin, viven una infancia maldita. Pero, así y todo, Emma Reyes escribe libre de toda pena por sí misma, de toda actitud condenatoria, de cualquier forma de autocompasión. El truco reside, entre otras cosas, en lo que señaló el editor y periodista colombiano Camilo Jiménez, al reseñar este libro en su blog, [elojoenlapaja](#): «Su mayor virtud está en la precisión y cantidad de detalles, pero sobre todo en la mirada: la autora escribe cuando es adulta, pero quien habla en estas líneas es la niña que fue. Nunca levanta la mirada, nunca completa las sensaciones que describe con lo que sabe cuando

escribe; ve siempre con los ojos del momento en que sucedieron las cosas». Así, por ejemplo, cuando recuerda los cuentos bíblicos que le contaban las monjas, Emma Reyes lo hace con la voz de la niña que fue, no con la de la adulta que ya sabe: «Otro día nos contó la historia de un niño que se llamaba Jesús, la mamá de ese niño también se llamaba María, eran muy pobres y habían viajado en burro, como nosotras cuando fuimos a Guateque. Pero ese Niño Jesús tenía tres papás, uno que vivía con su mamá, que se llamaba José y que era carpintero; el otro papá era viejo con barbas y vivía en el cielo entre las nubes y ese papá sí era muy rico. La monja nos dijo que él era el dueño de todo el mundo, de todos los pajaritos, de todos los árboles, de todos los ríos, de todas las flores, de las montañas, de las estrellas, todo era de él. El tercer papá se llamaba Espíritu Santo y no era un hombre sino una paloma que volaba todo el tiempo. Pero como la mamá vivía solo con el papá pobre, no tenían ni casa en qué vivir y cuando nació el Niño Jesús tuvo que ir a nacer a la casa de un burro y de una vaca. Pero el papá viejo,

rico, que vivía en el cielo, mandó una estrella donde unos amigos de él, que también eran muy ricos y que se llamaban Reyes como nosotras, esos señores vinieron a visitar al Niño Jesús a la casa de la vaca y el burro y le trajeron tantos regalos y oro y joyas y entonces ya no fue más pobre sino rico. Yo le pedí que nos llevara a donde estaba ese niño; dijo que el Niño ya no estaba en la tierra, que se había ido a vivir con su papá rico que estaba entre las nubes, pero que si éramos buenas y obedientes lo veríamos en el cielo. Nosotras pasábamos horas mirando al cielo para ver si lo veíamos».

Emma Reyes es aterradora (cuando cuenta cómo el bebé de María vive untado en mierda y está pálido, casi transparente, porque no lo sacan nunca a la luz del sol), desopilante (cuando dice que, al perderse en el pueblo en el que María administra una tienda de chocolates, unos vecinos le preguntan, para ayudarla, «¿Quién es tu mamá?», y ella responde: «La agencia de chocolate»), explícita («Yo nunca la había visto [a María] tan furiosa, nos agarró del brazo y nos tiró al piso, se

quitó una de las botas y empezó a pegarnos por la cabeza, por la cara, por donde caía. / —Lambonas, lambonas, lambonas... —Era la única palabra que se salía de su boca. / Cuando se cansó de darnos con la bota, nos agarró de las trenzas y empezó a darnos golpes contra la pared con la cabeza, la sangre nos escurría por las piernas y los brazos»), irónica («El [cura] guapo era de un pueblo que se llamaba España y esos señores de España fueron los que nos trajeron a Dios, a María y todos los santos que teníamos en la capilla»), y termina sus cartas con unos remates perfectos, unos desplantes de reina, como si de pronto decidiera sacudirse de los hombros, con elegancia desdeñosa, algo que la estaba incomodando: «Sentimos de nuevo el ruido de las llaves y de las cadenas; cuando la puerta se abrió entró un rayo de sol en el salón, en el piso se veía la sombra de las dos monjas que se alejaban. La puerta se cerró detrás de ellas y a nosotras nos separó del mundo por casi quince años. Un abrazote para todos. Emma. París, enero de 1970». ¿De dónde le llegaron esos dones, a ella, que aprendió a leer y escribir siendo adolescente, que

nunca mostró interés por la lectura? Quizá de donde vino todo lo demás: de donde vino la vocación de pintora cuando, después de una infancia como la que tuvo, hubiera sido más razonable esperar una vocación de asesina.

En una de las primeras cartas que le escribió a Arciniegas, Emma Reyes recordaba que el cuarto miserable en el que vivía en Bogotá estaba cerca de una fábrica de cerveza cuyo nombre era Leona pura, leona oscura. Esa frase parece una definición, inmejorable, de lo que ella fue.

LEILA GUERRIERO

# Memoria por correspondencia

## Carta número 1

Mi querido Germán:

Hoy a las doce del día partió del Elysée el general De Gaulle, llevando como único equipaje once millones novecientos cuarenta y tres mil doscientos treinta y tres *noes* lanzados por los once millones novecientos cuarenta y tres mil doscientos treinta y tres franceses que lo han repudiado.

Todavía las fricciones de la emoción que nos produjo la noticia curiosamente me trajo a la mente el recuerdo más lejano que guardo de mi infancia.

La casa en que vivíamos se componía de una sola y única pieza muy pequeña, sin ventanas y con una única puerta que daba a la calle. Esa pieza estaba situada en la Carrera Séptima de un barrio popular que se llama San Cristóbal en Bogotá. Enfrente a la casa pasaba el tranvía que paraba

unos metros más adelante en una fábrica de cerveza que se llamaba Leona Pura y Leona Oscura. En esa pieza vivíamos mi hermana Helena, un niño que nunca supe su nombre, que lo llamábamos «Piojo», una señora que solo recuerdo como una enorme mata de pelo negro que la cubría completamente y que cuando lo llevaba suelto yo daba gritos de miedo y me escondía debajo de la única cama.

Nuestra vida se pasaba en la calle; todas las mañanas yo tenía que ir al muladar que estaba detrás de la fábrica para vaciar la bacinilla que habíamos usado todos durante la noche; era una enorme bacinilla blanca esmaltada pero del esmalte ya quedaba muy poco. No había día que la bacinilla no estuviera llena hasta el tope y los olores que salían de esa bacinilla eran tan nauseabundos que muchas veces yo vomitaba encima. En nuestra pieza no había ni luz eléctrica ni inodoro; nuestro único inodoro era esa bacinilla, ahí hacíamos lo chico y lo grande, lo líquido y lo sólido. Los viajes de la pieza al muladar con la bacinilla desbordante eran los

momentos más amargos del día. Tenía que caminar casi sin respirar, con los ojos fijos sobre la caca, siguiendo su ritmo poseída del terror de derramarla antes de llegar, lo que me traía castigos terribles; la apretaba fuertemente con las dos manos como si llevara un objeto precioso. El peso también era enorme, superior a mis fuerzas. Como mi hermana era más grande, tenía que ir a la pila a traer el agua que necesitábamos para todo el día y el Piojo iba por el carbón y sacaba la ceniza, así que nunca me podían ayudar a llevar la bacinilla, porque ellos iban en otra dirección. Una vez que había vaciado la bacinilla en el muladar, venía el momento más feliz del día. Allí pasaban el día todos los chicos del barrio, jugaban, gritaban, rodaban por una montaña de greda, se insultaban, se peleaban, se revolcaban entre los charcos de barro y con las manos escarbaban toda la basura a la búsqueda de lo que llamábamos tesoros: latas de conservas para hacer música, zapatos viejos, pedazos de alambre, de caucho, palos, vestidos viejos; todo nos interesaba, era nuestra sala de juegos. Yo no podía jugar mucho porque era la más

chiquita y los grandes no me querían; mi único amigo era el Cojo, a pesar de que también era más grande. El Cojo había perdido completamente un pie, se lo había cortado el tranvía un día que jugaba a poner las tapas de la cerveza Leona sobre los rieles del tranvía para que se las dejara planas como monedas. Él, como todos los otros, andaba sin zapatos y ayudándose con un palo y su único pie daba unos saltos extraordinarios; no había quien lo alcanzara cuando se ponía a correr.

El Cojo siempre me estaba esperando a la entrada del muladar, yo desocupaba la bacinilla, la limpiaba rápidamente con hierbas o papeles viejos, la escondía en un hueco, siempre el mismo, detrás de un eucalipto. Un día el Cojo no quería jugar porque tenía dolor de estómago y nos sentamos abajo del rodadero a mirar jugar a los otros. La greda estaba mojada y yo me puse a hacer un muñequito de greda. El Cojo tenía siempre el mismo y único pantalón, tres veces más grande que él y amarrado a la cintura con un lazo. En los bolsillos de ese pantalón escondía todo: piedras, trompos, cuerdas, bolas de cristal y un

pedazo de cuchillo sin mango. Cuando yo terminé el muñeco de barro, él lo tomó, sacó su medio cuchillo y con la punta le hizo dos huecos en la cabeza que eran los ojos y otro más grande que era la boca. Pero cuando terminó me dijo:

—Ese muñeco es muy chiquito, vamos a hacerlo más grande.

Y lo hicimos más grande, siempre agregándole barro al chico.

Al día siguiente volvimos y el muñeco estaba tirado donde lo habíamos dejado y el Cojo dijo:

—Vamos a hacerlo más grande. —Y volvieron los otros y dijeron:

—Vamos a hacerlo más grande.

Alguno encontró una vieja tabla muy, muy grande y decidimos que haríamos crecer el muñeco hasta que fuera grande como la tabla y así, sobre la tabla, lo podríamos transportar y hacer procesiones. Por varios días agregamos y agregamos barro al muñeco hasta que fue grande como la tabla. Entonces decidimos darle un nombre, decidimos llamarlo el General Rebollo. No sé cómo ni por qué elegimos ese nombre, en

todo caso el General Rebollo se convirtió en nuestro Dios; lo vestíamos con todo lo que encontrábamos en el basurero, se acabaron las carreras, las guerras, los saltos. Todos nuestros juegos eran solo alrededor del General Rebollo; el General Rebollo era naturalmente el personaje central de todas nuestras invenciones. Por días y días solo vivimos alrededor de su tabla, a veces lo hacíamos pasar por bueno, otras por malo, la mayor parte del tiempo era como un ser mágico y lleno de poder; así pasaron muchos días y muchos domingos, que para mí eran los peores días de la semana. Todos los domingos, a partir del mediodía y hasta la noche, me dejaban sola, encerrada con llave en nuestra única pieza; no tenía más luz que la que entraba por las grietas y el grande hueco de la chapa y pasaba horas con el ojo pegado al hueco para ver lo que pasaba en la calle y para consolarme del miedo. Regularmente, cuando la señora del cabello largo regresaba con Helena y el Piojo, me encontraban ya dormida contra la puerta, rendida de tanto haber mirado por el hueco y de tanto soñar con el General Rebollo.

Después de habernos inspirado mil y un juegos, el General Rebollo empezó a dejar de ser nuestro héroe, nuestras pequeñísimas imaginaciones no encontraban más inspiración en su presencia y los candidatos a jugar con él disminuían día a día. El General Rebollo empezaba a pasar largas horas de soledad, las decoraciones que lo cubrían ya no las renovaba nadie. Hasta que un día el Cojo, que seguía siendo el más fiel, se subió sobre un viejo cajón, dio tres golpes con su bastón improvisado y con una voz aguda y cortada por la emoción gritó:

—¡¡¡El General Rebollo se murió!!!

En esos medios uno nace sabiendo lo que quiere decir hambre, frío y muerte. Con las cabezas agachadas y los ojos llenos de lágrimas, nos fuimos acercando lentamente al General Rebollo.

—¡De rodillas! —gritó de nuevo el Cojo.

Todos nos arrodillamos, el llanto nos ahogaba, ninguno se atrevía a decir ni una palabra. El hijo del carbonero, que era grande, estaba siempre sentado en una piedra leyendo hojas de periódicos que sacaba del basurero. Con el periódico en la mano se acercó al grupo y nos dijo:

—Chinos pendejos, si se les murió el General, pues entiérrenlo. —Y se fue.

Todos nos pusimos de pie y decidimos alzar la tabla con el General y enterrarlo en el basurero; pero todos nuestros esfuerzos fueron inútiles, no logramos ni mover la tabla. Resolvimos enterrarlo por pedazos, partimos cada pierna en tres pedazos, los brazos igualmente. El Cojo dijo que la cabeza había que enterrarla entera. Trajeron una vieja lata y depositamos la cabeza; entre cuatro, los más grandes, la transportaron primero. Todos desfilamos detrás, llorando como huérfanos. La misma ceremonia se repitió con cada uno de los pedazos de las piernas y de los brazos, quedaba solo el tronco, lo partimos en muchos pedacitos y nos pusimos a hacer muchas bolitas de barro y, cuando ya no quedaba nada del tronco del General Rebollo, decidimos jugar a la guerra con las bolas.

EMMA REYES

París, 28 de abril de 1969

## Carta número 2

Mi querido Germán:

A pesar de tu discretísima carta, me doy cuenta que mueres de curiosidad por saber quién era la señora del cabello largo. La verdad es que los recuerdos son borrosos y, si a través de los años he logrado una cierta unidad de impresiones, ha sido ayudada por mi hermana que, siendo dos años mayor, recuerda un poco más.

La señora de cabello largo se llamaba María. Era muy joven, alta y delgada; nunca nos habló de su familia ni de su vida, nuestras relaciones con ella se limitaban a seguir sus órdenes sin protestar ni preguntar por qué. Era dura y muy severa.

La única persona que nos visitaba era la señora Secundina, que tenía una tienda en Santa Bárbara, era su única amiga y mucho más vieja que ella. Apenas llegaba Secundina, nos mandaban a jugar a la calle con la orden de no regresar hasta que ella no nos llamara. Nunca supimos de qué hablaban. Hacía muy poco que habíamos hecho el entierro

del General Rebollo. Yo tenía todavía el mismo vestido sucio de barro, dormíamos siempre vestidas, ella solo se quitaba la larga falda negra y se soltaba el cabello. Una mañana nos despertó muy temprano, todavía era negro como la noche, nos mandó a los tres a desocupar la mica y a traer de regreso el balde y la jarra llenos de agua. Cuando regresamos prendió el reverbero y puso la olla grande llena de agua. Mientras se calentaba el agua ella cambió las sábanas de la cama y limpió los cuatro muebles que teníamos.

—Desvístanse que los voy a bañar.

Era la primera vez que nos bañaba al tiempo. Los tres desnudos nos paramos alrededor del platón, nos enjabonó muy rápidamente y luego uno a uno nos enjuagó, ayudándose con una totuma. El piso de la pieza quedó empantanado y lleno de jabón; antes de vestirnos nos puso a secar el piso. Nos vistió con los vestidos del domingo y nos hizo sentar a todos tres en el borde de la cama con la orden de no movernos. Entretanto ella se vestía también con el vestido de los domingos. Se peinó con gran cuidado, pidió a Helena que le tuviera el

espejo y al Piojo que tuviera la vela y se ponía furiosa cada vez que alguno de los dos se movía. Cuando terminó, mandó al Piojo a que mirara en la fábrica qué hora era. Ese día no nos dio desayuno, estaba nerviosa, daba vueltas en la pieza como una bestia en jaula. Ya estaba claro y no abrió la puerta como era su costumbre, seguíamos iluminándonos con la vela. De pronto dieron tres golpes suaves en la puerta, ella se echó la bendición y se precipitó para abrir. En ese momento apareció un señor muy alto y delgado que no estaba vestido como los del barrio, era como los que veíamos retratados en los periódicos que encontrábamos en el basurero. Tenía sobretodo, sombrero y paraguas todo oscuro, tal vez negro. Se pasó la mano por los ojos como por habituarse a la luz de la vela, entró como escurriéndose por la puerta, le dio un beso en la mejilla, nosotros nos reímos los tres al mismo tiempo. Era la primera vez que un señor entraba en nuestra pieza.

La señora María cerró de nuevo la puerta con llave, tomó la botella con la vela y se aproximó a la cama donde seguíamos sentados y como

paralizados, él la siguió con una cara muy seria, ella acercó la vela a la cara del Piojo y le dijo:

—Este es Eduardo, el tuyo.

Él le dio una palmadita en la mejilla.

Luego le mostró a Helena y luego a mí. No hubo comentarios, se produjo un silencio profundo. El señor se desabotonó el sobretodo y el saco y con la punta de los dedos sacó unas monedas del bolsillo del chaleco, le dio tres a Eduardo y una a cada una de nosotras.

—Den las gracias —dijo la señora María— y ahora vayan a jugar afuera, pero quédense junto a la puerta y si ven venir la vecina digan que yo estoy durmiendo.

Cuando salimos, sentimos que cerraba la puerta con llave. El señor estuvo mucho tiempo. Finalmente se abrió la puerta, la señora María sacó la cabeza y se aseguró que no había gente que estuviera mirando, se volteó y le dijo:

—Ya...

El señor salió de nuevo, escurriéndose como había entrado, pasó junto a nosotros sin mirarnos, como si nunca nos hubiera visto. Lo vimos alejarse

a grandes zancadas y frotándose contra la pared como si tuviera miedo de ser visto.

Cuando entramos a la pieza, la señora María estaba llorando, se puso a desocupar el armario y a separar todo lo que era de Eduardo. Sacó una caja de cartón de debajo de la cama y empacó cuidadosamente todo lo que había separado.

—Helena y Emma, pónganse los vestidos viejos. Eduardo no, porque se va conmigo.

Como seguía llorando, nosotros también nos pusimos a llorar; cuando Helena me estaba desvistiendo vimos sobre la mesa un paquete de billetes y me dio miedo, sentí que algo iba a pasar, nosotros solo teníamos monedas; en esa casa nunca habíamos visto billetes. Ella no decía ni una palabra. Sacó la caja de la mantilla y se la envolvió bien ceñida a la cabeza, por la primera vez vi que se parecía a la Virgen de la iglesia.

—No se muevan, voy donde la vecina.

Volvió con la vecina que era la mamá del Cojo, le mostró dónde estaban los platos y las velas. Tomó la caja de cartón con la ropa del Piojo, se paró frente a nosotras y nos dijo que se iba por

varios días, pero que la vecina vendría para hacernos la comida y que, como no había nadie para cuidarnos, nos dejaría encerradas con llave.

—Pórtense bien —nos repitió dos veces; empujó al Piojo contra la puerta, le puso una boina de marinero en la cabeza y le ordenó salir. El Piojo nos miró con los ojos grandes abiertos y le cayeron las lágrimas.

Fueron muchos los días que duramos encerradas en esa pieza, ya no teníamos noción ni de los días ni de las noches; la bacinilla ya estaba llena de nuestros excrementos y empezamos a emplear el platón. La vecina venía una sola vez al día y nos dejaba una grande olla de mazamorra.

—No se la coman toda al mismo tiempo porque yo no vengo sino hasta mañana y apaguen la vela apenas coman.

Llorábamos y gritábamos tanto, que los vecinos venían contra la puerta a consolarnos; por horas mirábamos por entre la chapa y las rendijas para ver si ella venía. Finalmente llegó un día que estábamos dormidas en el piso contra la puerta y fue la primera vez que las dos nos tiramos a su

cuello abrazándola y besándola de felicidad. Ella se puso a llorar y con dulzura nos retiró los brazos de su cuello y guardando nuestras dos manos en las suyas nos dijo:

—El Piojo no vuelve más. Su papá, ese señor que vino aquí, es un gran político, tal vez va a ser el Presidente de la República... Y por eso él no quiso que su hijo se quede conmigo, dice que tiene miedo y que prefiere ser él quien se ocupe de él; yo se lo llevé a Tunja y lo dejé en un convento donde él ya había arreglado todo para que lo recibieran.

Sin el Piojo yo me sentía perdida, lloraba, gritaba, lo llamaba, yo no sabía lo que quería decir lejos de Bogotá. Yo creía que si gritaba fuerte él me iba a oír. La señora María también parecía muy triste, se volvió más callada y más dura. Creo que fue en ese momento que nació entre Helena y yo una especie de pacto secreto y profundo; un sentimiento inconsciente de que éramos solas y que solo nos pertenecíamos la una a la otra. En ese momento yo ignoraba que nunca más en mi vida volvería ni a verlo ni a saber cuál fue el destino de

Eduardo y que solo me quedaría de él el recuerdo de sus inmensos ojos negros llenos de lágrimas debajo de una ridícula boina de marinero.

EMMA REYES

París, 9 de mayo de 1969

## Carta número 3

Mi querido Germán:

Como te decía en mi carta anterior, después de la ida de Eduardo, la señora María se volvió más indiferente y más dura con nosotras; apenas nos hablaba lo estrictamente necesario y empezó a salir casi todos los días a la calle. Nos levantaba temprano, nos daba el desayuno, yo tenía que ir corriendo a desocupar la mica en el muladar y Helena reemplazaba a Eduardo en la traída del agua; a veces yo la ayudaba, pero la jarra y el balde eran muy pesados para mí y derramaba la mitad del agua. Como de costumbre, la señora María nos dejaba encerradas en la pieza todo el tiempo que estaba fuera y a veces solo regresaba a la noche sin preocuparse que nosotras estuviéramos sin comer.

Un día regresó muy, muy tarde; nosotras estábamos llorando de hambre, venía cargada de paquetes y por la primera vez nos trajo unos roscones y bocadillos de guayaba. Nos preparó la

comida e improvisadamente se puso a reír, reír como loca; las lágrimas le caían a chorros, nosotras estábamos asustadas y no sabíamos si reír con ella o llorar; cuando logró calmarse un poco nos dijo dando un golpe con la mano en la mesa:

—Nos vamos de este miserable cuarto, mañana empezamos a hacer los paquetes, vamos a un pueblo lejos y tendremos una grande casa.

Se puso a reír de nuevo y nos ordenó acostarnos pues teníamos que levantarnos temprano.

Por varios días la pieza era un infierno, nada estaba en su sitio habitual, el armario estaba vacío y ella hacía pilas de cosas diversas en todos los rincones. Una mañana salió y compró tres grandes baúles y empezó a empacar la ropa y los platos. Cada plato lo envolvía muy cuidadosamente entre las sábanas y las toallas; en el último baúl empacó las cacerolas, el platón, la jarra y la mica. A la noche en la pieza solo quedaban los muebles, el colchón sin sábanas ni cobijas y varios paquetes en el suelo con cosas viejas. Después de la comida vinieron los vecinos y cada uno tomó lo que quería. La mamá del Cojo tomó la vieja escoba, la

cama se la vendió a un obrero de la fábrica de cerveza. Cuando todos se fueron, en la pieza solo quedaban los tres baúles cerrados en el centro de la pieza y en el suelo el viejo colchón. La mamá del Cojo regresó de nuevo y nos trajo una cobija de ella y una mica.

Cuando nos levantamos todavía estaba oscuro, nos vestimos con los vestidos de domingo que eran los únicos que había dejado fuera, nos mandó donde la vecina para que le devolviéramos la cobija y la mica y también le llevamos la ropa sucia que nos habíamos quitado el día anterior. Cuando regresamos nos esperaba en la puerta; ya se había puesto la mantilla y tenía un grande carriel nuevo, nos encerró en la pieza con los tres baúles y nos dijo que no se demoraba. De pronto sentimos un ruido de caballo, miramos por el hueco de la chapa y vimos a la señora María que bajaba de un coche que había pasado enfrente a la puerta. Los vecinos se precipitaron, entre todos ayudaron a subir los baúles al coche, a mí me sentaron sobre los baúles y Helena estaba de pie teniéndome para que no me cayera.

La señora María, saludaba a todos dándoles la mano; en ese momento apareció el Cojo que venía corriendo. Se acercó al coche y me regaló media naranja que llevaba en la mano, nos miraba con ojos muy tristes. La señora María cerró la puerta con llave y le dio la llave a la vecina, recomendándole de cuidar la pieza.

Yo no vi lo que pasó, solo sentí unos gritos horribles; la señora María estaba tendida en medio de la acera con los ojos cerrados y le salía sangre de la boca, el cochero decía toda clase de palabras groseras. Helena dice que la señora María quiso pasar por delante del caballo para saludar al señor Cura y el caballo levantó la cabeza asustado y le dio un gran cabezazo en la quijada. Del susto ella se mordió la lengua y cayó como muerta en medio de la acera. Trajeron alcohol y pomadas y empezaron a frotarle la frente. Nosotras llorábamos como locas y la llamábamos tirándola de la manga. Finalmente abrió los ojos y poco a poco se fue sentando. Estaba blanca y la boca se le empezaba a hinchar, la ayudaron a levantarse y entramos todos a la casa

de la mamá del Cojo. Le hicieron hacer buches con agua salada, el Cura dijo que lo mejor era friccionarle la cara con Mentholatum. La vecina dijo que era mejor la vela de cera, nosotras seguíamos llorando y el cochero seguía furioso porque estaba perdiendo su tiempo. El obrero que nos había comprado la cama le envolvió un pañuelo que le tenía la quijada y le hizo un nudo en la cabeza. Entre todos la ayudaron a ponerse la mantilla y después de mil recomendaciones y saludos volvimos al coche. Todavía veo a lo lejos los vecinos en medio de la calle con los brazos en alto haciéndonos gestos de adiós. Yo perdí la media naranja que me había regalado el Cojo.

## Carta número 4

Mi querido Germán:

Si es cierto que hay hechos en nuestra infancia que nos marcan para toda la vida, tendré que decir que ese coche famoso, que cortó para siempre nuestra vida de la pieza del barrio de San Cristóbal (patrón de viajeros), era el debut de una vida que tendría por signo y como escuela la inclemencia de los duros caminos de América y más tarde los fabulosos caminos de Europa.

El coche nos llevó a la Estación de la Sabana. Durante todo el viaje la señora María no dijo ni una palabra. Estaba tan pálida y tan triste que yo le pregunté si se iba a morir otra vez; con un gesto de la mano me dijo que no. Pasamos tantas calles grandes, casas con balcones, iglesias, yo no sabía adónde mirar, el susto de haber visto a la señora María estirada en la calle como el General Rebollo en el muladar me había dejado un dolor en el estómago y ganas de vomitar.

En la estación llamó a unos hombres que

bajaron los baúles. Había mucha gente que corría en todas direcciones, todos cargados con maletas, sacos, mochilas; yo me agarré a la falda de la señora María y Helena me tomó de la otra mano. Dimos muchas vueltas; ella habló con muchas personas y a cada rato abría el carriel y daba dinero a cambio de unos papelitos que guardaba en el carriel. Finalmente montamos en el tren, ella se sentó contra la ventana, hizo sentar a Helena junto a ella y a mí me alzó sobre sus rodillas. Era la primera vez que me alzaba. Yo no sabía qué hacer, olía a tantos remedios tan feos y además tenía miedo de tocar su cara con mi cabeza. La gente seguía subiendo a empellones y llenos de paquetes. Entraron unos hombres gritando con tiples y una botella en la mano, empezaron a cantar y yo me quedé dormida antes de que el tren partiera.

Me despertaron cuando ya debíamos bajar, estaba ya oscuro cuando la señora María llamó a la puerta de una casa grande donde salió a recibirnos una señora muy gorda con la nariz roja y vestida toda de negro.

La señora nos llevó a una pieza muy grande que daba hacia un patio donde había muchas plantas que colgaban del techo como si estuvieran sembradas en el cielo. La dueña llamó a un muchacho patojo que tenía un trompo en la mano y le dijo de ir a la cocina y que avisara que había tres personas más para comer. La señora María se puso a hablar con la patrona y le contó lo que le había pasado con el caballo del coche al momento de partir. La patrona le dijo que iba a llamar una curandera que había en el pueblo que curaba todo aplicando sapos calientes sobre la parte enferma. La señora María no quiso aceptar, entonces comimos y nos acostamos.

En ese pueblo, que no supe nunca cómo se llamaba, nos quedamos varios días; la señora María salía casi todos los días y tomó la costumbre de hacerse acompañar de Helena y a mí me dejaban al cuidado del chino patojo que se sentaba junto a mí a jugar con el trompo. Un día me lo puso a bailar sobre la mano y me dio tanto miedo que me puse a llorar; otro día me preguntó si yo tenía papá y mamá, yo le pregunté que qué

era eso y me dijo que él tampoco sabía.

El último día la señora María salió sola muy temprano. Cuando volvió, venía cargada de paquetes, nos llamó al cuarto y nos hizo desvestir, nos había comprado vestidos nuevos. El de Helena era azul —que me gustaba más— y el mío era rosado; los dos con arandelitas de encajes y cintas; eran lindos. Cuando estuvimos vestidas nos hizo salir al patio. Al rato la vimos salir del cuarto y casi no la conocemos; era tan linda y parecía tan joven, había comprado un vestido gris con muchos preses y muchos botones y arandelas, botas negras también con muchos botones y un grandísimo sombrero gris con una especie de velo que anudaba con un lazo debajo del mentón; todos se aproximaron y la felicitaron, la patrona la tocaba por todos lados. Llamaron al patojo para que nos ayudara a llevar los paquetes. Caminamos muchas calles y llegamos a una especie de potrero que estaba lleno de caballos y otros animales miedosos que yo nunca había visto y Helena me dijo que esos animales eran los que hacían la leche que tomábamos con el café al desayuno. Había

grupos y grupos de hombres que llamaban indios porque estaban vestidos diverso a los hombres de Bogotá. La señora María habló con varios, a todos les preguntaba por el señor Toribio.

Toribio era un indio mucho más grande que los otros, fuerte, casi gordo y con ojos tan chiquiticos que casi no se le veían. Toribio dijo que los caballos ya estaban listos, que había solo que esperar a los indios que habían ido por los baúles. Otro indio llegó con los caballos, todos eran grandes y había uno muy chiquito con orejas largas, Toribio dijo que se llamaba Burro.

Burro tenía dos asientos amarrados que colgaban uno de cada lado de su panza. Encima, con unos palos amarrados al espaldar de los asientos, había una especie de toldo con una sábana. Toribio dijo que era para que no nos picara el sol. Nos alzaron y nos instalaron una de cada lado. Como Helena era más grande, el asiento de ella bajaba y el mío subía; Toribio dijo que había que amarrar de mi lado una mochila con piedras para que quedáramos iguales.

A la señora María la ayudaron a subir en un

caballo que era gris como su vestido. Los indios amarraron los baúles en otros caballos que se llamaban mulas. Cuando todo estuvo listo, Toribio montó en un grande caballo de color del café con leche; un indio muy negro con la cara hinchada le puso un lazo a Burro y empezó a tirarlo para que caminara; poco a poco nos fuimos alejando del pueblo hasta que ya no veíamos más ni las casas ni la iglesia.

No recuerdo todo el viaje, porque dormí casi todo el tiempo y cuando me despertaba lloraba porque estaba cansada y tenía ampollas en las piernas, me dolía todo el cuerpo; el último día vomité muchas veces. Toribio era muy cariñoso, bajaba del caballo me alzaba y me hacía caminar un poco.

La última noche la pasamos casi en el mismo sitio, los caballos tenían barro hasta la panza y llovía todo el tiempo. A Guateque llegamos cuando casi era de noche, Toribio estaba furioso con los indios y con Burro porque caminaba muy despacio. En Guateque fuimos directamente a una grande casa de dos pisos que

quedaba muy cerca de la plaza; en la plaza estaba la iglesia y una grande pila redonda con muchos chorros de agua que salían de la boca de unos muñecos que parecía que estuvieran vomitando.

Toribio bajó del caballo y fue a golpear pero nadie salió; esperamos un rato y al final salió una mujer de la casa del frente y dijo que tenía una carta para la señorita María; en el sobre estaba la llave.

Después del portón de la calle había un zaguán de piedritas blancas y un tras portón que daba directamente sobre un grande patio lleno de plantas y árboles. Los corredores eran anchos, con columnas de madera y las piezas tenían todas las puertas sobre el patio. Al frente, la casa tenía dos pisos, el resto era de un solo piso, en el segundo patio, que era de ladrillo, había dos grandes hornos para hacer pan, la cocina y otras piezas. Al solar se podía entrar por atrás, por una grande puerta; en el solar había todo para los caballos. Era grandísimo y también había árboles; un pomarroso, mangos y un guayabo.

Los indios descargaron los caballos y se fueron.

Toribio entró con nosotras a la casa y empezó a abrir puertas y sacó unos asientos al corredor para que nos sentáramos y nos dijo que no entráramos a las piezas porque estábamos acaloradas y las piezas estaban frías, pues hacía varios años que la casa estaba cerrada.

Toribio preguntó si él podía quedarse hasta que llegara el Doctor, la señora María le dijo de sentarse y empezó a preguntarle muchas cosas sobre el pueblo. En ese momento tiraron por sobre la tapia del patio un perrito blanco chiquito que se estrelló en la mitad del patio, tenía el estómago como un tambor y los ojos abiertos. Toribio dijo que no lo tocáramos porque se veía que había estado envenenado. Cuando estábamos todos alrededor del perrito, sentimos una voz de hombre muy ronca que preguntaba si las viajeras de la capital ya habían llegado. La señora María se precipitó para saludarlo, él la abrazó y le daba palmaditas en la espalda. Toribio se quitó el sombrero e inclinó la cabeza delante de él.

—¿Qué tal Toribio? ¿Atendió bien a la señorita y a las niñas? ¿Por qué carajos se demoraron

tanto...?

—Sí, Doctor, metimos un día más por causa de Burro, como dicen las niñas; el páramo con las lluvias estaba jodido y ese burro siempre ha sido un carajo para andar en los malos caminos.

—Está bien, Toribio, vete al estanco y espérame allí. Y nada de hablar de las viajeras en el pueblo, te recomiendo...

—Sí, Doctor.

Cuando Toribio salió, Roberto se sentó en el borde del patio, se quitó la ruana, la puso en el piso y le dijo a la señora María de sentarse junto a él.

Era un lindo hombre, alto, delgado, tostado por el sol, con dientes muy lindos, pelo liso de indio, tenía botas altas de cuero con espuelas, vestido de paño, un pañuelo rabo de gallo amarrado al cuello, ruana blanca y un sombrero que la señora María dijo que se llamaba sombrero de corcho. Siempre llevaba una especie de látigo en la mano con el que se daba golpecitos en las botas cuando hablaba. Cuando la señora María se sentó junto a él, le dijo:

—Usted está muy linda, señorita.

Ella se rió y le dijo:

—Te voy a presentar a las niñas. Vengan, acérquense... Esta es la más grande y se llama Helena.

—Es muy linda —dijo él—. Qué bellos ojos. Ven, acércate, dame la mano. —Helena se acercó y él la sentó sobre sus rodillas—. ¿Y la otra cómo se llama?

—La otra es Emma, la nené, como la llama Helena. La pobre, encima de que es bastante feíta, fíjate que cada día se vuelve más bizca.

—No te preocupes, María, aquí está el doctor Vargas que es un amigo. Él le va a enderezar los ojos.

Yo me puse a llorar.

—¿Por qué lloras? —me preguntó Roberto.

—Porque usted dice que me va a hacer sacar los ojos. —Los dos se rieron.

—China pendeja, enderezar no quiere decir sacar.

A través de mis lágrimas yo volvía a ver el perrito muerto que había caído del cielo, me

precipité sobre él, lo tomé a dos manos y con todas mis fuerzas lo tiré contra las rodillas de Roberto. Ese fue el principio y el fin de nuestras relaciones, nunca más lo volví a ver, pero su sombra quedó para siempre marcada en mi vida.

Jefe:

Tú no me haces correcciones y no sé ni siquiera si lo que escribo es comprensible. Hay momentos que me parece confuso y no sé si en conjunto se puede seguir la historia. Yo no dejo copia pues escribo directamente y ya no me acuerdo de lo que he escrito antes.

Besos para todos.

EMMA  
París, 9/69

## Carta número 5

Mi querido Germán:

Roberto B., que pertenecía a la alta sociedad de Guateque, era además uno de los hombres más ricos de Boyacá. Tenía grandes fincas con cultivos y negociaba en venta de caballos y vacas; estaba casado con una linda joven de Tunja, pero no habían tenido hijos. Cuando se casaron, se instalaron en la casa de Guateque, es decir, la misma donde llegamos nosotras. En esa casa vivieron varios años, mientras construyeron otra bellísima en una de sus fincas a la orilla del río Súnuba. Desde entonces la casa de Guateque se había quedado cerrada sin que nadie la volviera a habitar.

Roberto nunca salía ni viajaba con su mujer, ella solo salía con una criada para ir a la misa en un pueblito cerca al río.

Roberto era el íntimo amigo del papá de Eduardo; habían estudiado juntos en Europa. La señora María lo había conocido en la época en que

tenía relaciones con él, cuando Eduardo estaba recién nacido y por puro azar se lo encontró de nuevo en Tunja, cuando viajó a esa ciudad para abandonar a Eduardo.

Fue él quien le propuso de ir a Guateque y le dio la carta de recomendación para el propietario de la fábrica de chocolate La Especial, para que le dieran a ella la agencia de Guateque.

La agencia del chocolate quedaba en la plaza, a un costado de la iglesia; en esa parte el andén era alto, de casi un metro sobre el nivel del piso de la plaza, de manera que uno estaba siempre como en un balcón, con el dominio total de toda la plaza. El local tenía dos puertas grandes, los estantes iban hasta el techo y el mostrador macizo era muy alto; yo nunca logré mirar por encima. Fuera del mostrador, contra los muros y entre las dos puertas, había unas grandes bancas o escaños donde se sentaban los visitantes. El local pertenecía a la casa de uno de los Montejos, que eran varios hermanos y señores muy importantes en el pueblo. Detrás del estante había un pequeñísimo espacio donde la señora María

instaló una mesita para poder comer sin que la vieran de la calle. Había además una pequeña puerta que comunicaba con la casa de los Montejos para que pudieran ir a hacer pipí en el solar.

Al día siguiente de nuestra llegada, apareció de nuevo Toribio acompañado de una india muy joven que el doctor Roberto nos enviaba para que nos hiciera de sirvienta. Se llamaba Betzabé; chiquita, de cuello muy corto, tan chata que solo se le veían los dos huecos de la nariz, lindos ojos pícaros, buenos dientes, pelo negro y liso peinado con dos trenzas muy tirantes, de alpargatas siempre muy blancas, con lazos negros, una grande falda de lana rústica muy ancha y debajo otras faldas de bayetilla roja. Venía con sombrero de paja y mantilla por debajo del sombrero. Era hija de uno de los campesinos que trabajaban en una de las fincas de Roberto. Ese mismo día la señora María salió con ella para hacer mercado e ir a pedir a los Montejos las llaves de la agencia.

A la semana ya estábamos organizadas como si hubiéramos vivido toda la vida en ese lugar.

Desde que llegamos a Guateque la señora María se hacía llamar señorita María. Para nosotras todo seguía igual, porque no la llamábamos de ninguna manera; solo decíamos sí, señora, o no, señora, y si ella no nos hablaba, nosotras permanecíamos mudas.

La señorita María decidió que Helena tenía que acompañarla todo el día en la agencia por si se le ofrecía algún mandado y para que subiera a los estantes a bajar las libras de chocolate; en cuanto a mí, la orden era que me quedara en la casa con Betzabé, pero con la puerta de la calle con llave; ella no quería que saliéramos ni que tratáramos los otros niños del pueblo de ninguna clase social. Ella tampoco nunca se relacionó con ninguna familia ni tuvo ninguna amiga. Betzabé hacía el almuerzo y a las doce le llevaba un portacomidas y en un canasto los platos y los cubiertos. Se quedaba hasta que ellas comían y volvía con los platos sucios. Entre tanto yo me quedaba encerrada con llave en la casa. Comparado con mi vida en la pieza de San Cristóbal en Bogotá, la casa de Guateque era verdaderamente el paraíso. Al

principio me faltaban los amigos del muladar, pero fácilmente me acostumbré a vivir sola. Betzabé trabajaba todo el día en limpiar la casa y hacer la cocina; yo me paseaba por toda la casa que me parecía y que era en realidad enorme.

La señorita María compró gallinas y un marrano chiquitico que fue mi adoración, parece que lo besaba en la boca y me quedaba dormida con él en los brazos. Poco a poco empecé a aprender a subir a los árboles sin ir muy lejos y con una caña trataba de hacer caer las frutas; naturalmente me di mil porrazos y rasguñones, pero nunca nada grave. Las gallinas tomaron la costumbre de meterse entre los hornos del pan (que nosotras no empleábamos) para hacer los nidos y poner los huevos. Cuando yo veía entrar una gallina al horno, me metía con ella también en el horno y me quedaba quieta por horas, esperando que pusiera el huevo para cogerlo y ponérmelo caliente contra las mejillas. Cuando ya estaba frío, corría y se lo llevaba a Betzabé. Me metía debajo de los árboles, construía ranchitos de paja, cogía flores, hablaba con mi marrano por horas, además él me seguía

por toda la casa como un perro. A la mañana cuando me veía daba grandes chillidos de felicidad; una vez se llenó de piojos y lo tuvimos que pelar y sacarle uno a uno todos los piojos. Yo vivía tan sucia como el marrano, con los brazos, las piernas, la cara llenos de rasguños. Los sábados eran el gran día; ese día tenía que ir con Betzabé para lavar la ropa en el río. Salíamos muy temprano a la mañana. Betzabé se ponía en la cabeza el atado de la ropa y en un canasto llevaba la comida para las dos, yo llevaba el chorote para el chocolate. El camino era largo, a ratos Betzabé me alzaba para ir más rápido. El río Súnuba me parecía enorme, era el primero que veía en mi vida, a las orillas había cantidades de árboles, aguacates, guayabos, naranjos; siempre íbamos al mismo sitio donde el río hacía una curva y desde donde veíamos el puente. Apenas llegábamos, Betzabé jabonaba la ropa y la tendía sobre el pasto para despercudirla al sol, luego nos íbamos a recoger leña y a coger frutas; de regreso prendíamos el fuego y poníamos la olla con las papas y las mazorcas. Mientras se hacía la sopa,

Betzabé juagaba la ropa, yo soplaba el fuego y cuidaba la olla. Cuando terminaba de extender la ropa, nos desvestíamos, ella se ponía un chingue, a mí me dejaba desnuda, me tomaba en los brazos y nos metíamos al río. ¡Qué felicidad! Yo hubiera querido que esos baños no terminaran nunca. Claro que cuando había tempestades y el río estaba crecido no podíamos bañarnos. Una vez fue terrible, estábamos almorzando, nos acabábamos de vestir y de un solo golpe el río subió varios metros; perdimos casi toda la ropa, lo único que Betzabé alcanzó a salvar fueron las sábanas. Con una rapidez increíble, me alzó y me subió sobre un árbol. Yo me agarraba con todas mis fuerzas y sentí que el agua con la fuerza que venía lo hacía temblar desde las raíces, ella corrió por entre el agua agarrándose a las ramas hasta llegar al puente y empezó a gritar; al rato vinieron una cantidad de indios que se amarraron por la cintura con unos lazos y todos unidos bajaron hasta el árbol donde yo estaba agrapada y me bajaron. Naturalmente perdimos la olla y toda la comida, regresamos temprano y muy agitadas. Betzabé lloraba porque

creía que la señorita María la iba a echar de la casa por haber dejado perder la ropa pero, al contrario, se rió enormemente de nuestra aventura y dijo que la ropa no importaba.

Los domingos también abrían la agencia, porque venía mucha gente de los campos y de los pueblos vecinos y compraban chocolate. Yo veía muy rara vez a Helena y la señorita María. Cuando salían temprano en la mañana yo estaba durmiendo y cuando volvían tarde en la noche yo ya estaba acostada. Ella había instalado su cuarto y una especie de salita en el frente de la casa, en el segundo piso, nosotras dormíamos en una pieza al fondo del patio y junto a nosotras en otra pieza chica dormía Betzabé. Al apartamento de la señorita María solo subíamos si ella nos llamaba y eso pasaba muy rara vez.

Al poco tiempo de nuestra llegada, la señorita María se enfermó, estuvo muy grave, el médico venía varias veces al día, a nosotras no nos dejaban subir a verla. Como la agencia estaba cerrada, Helena pasaba el día conmigo, pero ya no podíamos jugar juntas como antes; a ella no le

gustaba el marrano, ni las gallinas, ni subir a los árboles. Por primera vez empezamos a pelearnos, pero si me veía en peligro o me caía, era siempre muy cariñosa conmigo. Por esa época empezaron a venir de Bogotá nuevas remesas de chocolate, venían los arrieros con las mulas cargadas y por dos o tres días dormían con todo y las mulas en nuestro solar; hacían grandes comidas y siempre nos mandaban un gran plato. A la noche tocaban tiple y cantaban y, a escondidas de la señorita María, nos hacían montar en las mulas y nos daban vueltas en el solar; esa era otra gran fiesta para nosotras.

Cuando la señorita María se levantó, estaba muy flaca y muy pálida, iba a la agencia solamente medio día y poco a poco la vida volvió como antes, es decir que yo volví a quedar completamente sola en la casa. Un domingo la señorita María regresó llorando a la casa y le dijo a Betzabé que el cura de la iglesia la había insultado en público porque era la única mujer que iba a la iglesia con sombrero, las otras llevaban o mantilla o rebozo, que era siempre de la capital

que llegaban las malas cosas, los vicios y el pecado. La verdad, la señora María había abandonado para siempre la mantilla y ella misma se hacía sombreros muy extravagantes y ya no se vestía más de negro sino de colores claros. Muchos de esos vestidos y sombreros dice Helena que se los traía Roberto de Bogotá.

Otra vez volvió de nuevo furiosa, ya no lloraba, había decidido ponerse abiertamente en pelea contra el cura y el cura contra ella. El cura le había criticado su comportamiento escandaloso; a partir de las seis de la tarde en la agencia se reunían todos los hombres solos de Guateque. El doctor Vargas, que todavía no se había casado, el ingeniero Camacho, el agente de las máquinas Singer, un abogado Murillo y otros que variaban según los días. Se sentaban en las bancas de la agencia y allí se ponían a discutir de política, de mujeres, a recitar poesías, a cantar, a criticar a los curas y a veces las risas eran tan fuertes que el cura, que vivía del otro lado de la plaza, decía que no podía dormir; esas reuniones duraban hasta las nueve y diez de la noche, hora absolutamente

escandalosa para un pueblo como ese. Y el hecho de que al centro de esas reuniones estuviera ella como única mujer ponía al cura en candela y se propuso hacerle la guerra. Un día de una procesión en la plaza, el cura tuvo el valor de salir de la procesión, dar la zancada para subir el andén y entrar a la agencia del chocolate con la cruz en la mano y un balde de agua bendita que lo derramó todo en el piso, echando bendiciones para que el Diablo saliera de la agencia. Esa acción pública del cura era el último grano que faltaba para que la señorita María fuera definitivamente repudiada por las familias bien del pueblo. Ninguna de las señoras volvió a entrar a comprar chocolate, mandaban las sirvientas o se valían de un indio cualquiera para que les hiciera el mandado y parece que algunas señoras preferían encargarse el chocolate a Tunja.

Helena, que la acompañaba en la agencia en permanencia hasta que cerraban a la noche, decía que todos eran muy respetuosos con ella y que ella era una grande y amena charladora y que los hombres se divertían mucho cuando ella hablaba.

Claro que Helena, que dormía casi todo el tiempo de las visitas, no recuerda nada especial sobre el tema o los temas que se discutían, además que estaba también muy chica para poder juzgar.

Roberto iba solo los días de mercado, pero de preferencia venía a verla a la casa cuando cerraba la agencia, por eso yo no lo volví a ver nunca.

La señorita María se volvió a enfermar, Betzabé decía que era de los disgustos que le había dado el cura; la agencia se cerró de nuevo y el médico venía todos los días. A nosotras no nos dejaban subir.

Una mañana vino Betzabé a buscarnos al patio y nos dijo que la señorita María estaba muy mala y que ella tenía que quedarse todo el tiempo junto a ella, que por esa razón la señorita María había ordenado que nos encerrara con llave en la pieza de los chécheres que era la única que tenía llave.

Nosotras entramos sin protestar, creo que las dos pensamos lo mismo: la época en que vivíamos en la pieza de Bogotá, con la diferencia que la pieza de los chécheres tenía una pequeña ventana por donde entraba la luz y veíamos un pedacito de

cielo. En ese cuarto guardaban también los bultos de papas y de panela. Con gran paciencia rompimos el costal de la panela y cada una nos comimos una panela entera; naturalmente, cuando vino Betzabé a sacarnos, estábamos que nos moríamos de los retorcijones de estómago y ya nos había empezado una diarrea que nos duró varios días.

El médico que venía para ver a la señorita María dijo que nos dieran agua de arroz y agua de cáscara de granada. Cuando ya estábamos mejores, Betzabé nos dijo que la señorita María quería vernos, que subiéramos.

Me acuerdo que subimos y entramos a la pieza a toda carrera.

La señorita María estaba en la cama con su largo pelo suelto, una camisa azul con encajes blancos y en los brazos tenía un niño recién nacido.

Cuando vimos al Niño nos quedamos como paralizadas, Helena me tomó de la mano y me hizo caminar para atrás hasta que dimos contra el muro enfrente a la cama y ahí nos quedamos como

hipnotizadas.

—Me lo trajo de regalo el médico —nos dijo con una voz casi infantil—. Acérquense, vengan a verlo.

Nosotras no nos movíamos, Helena seguía apretándome la mano con todas sus fuerzas. El Niño se puso a llorar y nosotras salimos corriendo; sin habernos acercado a la cama bajamos la escalera sin decir ni una palabra. Yo me fui directamente al patio de atrás y me metí entre el horno, Helena hizo lo mismo. No hablábamos, no llorábamos, no jugábamos, estábamos simplemente acurrucadas entre el horno como si esperáramos que la gallina pusiera el huevo pero ese día no había ni gallina ni huevo, había solo la visión de un niño que estaba arriba en los brazos de la señorita María.

## Carta número 6

Por varios días la señorita María se quedó encerrada en la pieza con el Niño. No recuerdo cómo ni cuándo volvimos a verlo, solo recuerdo que un día Betzabé se puso a desocupar el cuarto de los trastos, el mismo en que nos habían encerrado la noche que la señorita María estaba enferma. El cuarto estaba, si se puede decir, en el centro de la casa, entre el primer patio y el solar. La señorita María, con el Niño en los brazos, dirigía el trabajo. Hizo lavar el piso, que era de ladrillo, bajaron de la pieza de ella una especie de canasto de paja que servía de cuna para el Niño y como muebles solo dejaron una silla mecedora y una mesa vieja donde pusieron las únicas tres camisitas que tenía el Niño. A la mañana siguiente, cuando Betzabé fue a levantarme y vestirme, me dijo que la señorita María y Helena habían vuelto a la agencia. Fue la primera vez que yo pregunté por el Niño. Betzabé me dijo que estaba en el cuarto de los trastos.

Salté de la cama y fui corriendo a la pieza, entré en punta de pies. La cuna la habían puesto sobre una estera en la mitad del cuarto, me senté en el suelo y empecé a mirarlo despacito y por pedacitos. Las orejitas eran chiquitas, perfectas, la carita muy blanca, la boca de labios gruesos, el pelito era negro, los pies largos y finos, las manos eran chiquiticas, no le pude abrir los dedos, los tenía apretados y húmedos, la boca la tenía entreabierta de un lado y parecía que estuviera riendo. Al rato vino Betzabé con una botella de tetero, lo alzó, se sentó en la silla y se puso a darle el tetero. El Niño abrió los ojos. Se parecían a los de Eduardo, negros, enormes. Yo no me cansaba de mirarlo. Le pregunté a Betzabé cómo se llamaba, dijo que la señorita María había dicho que se llamaría José sin Sal, pues no pensaba bautizarlo. Helena y yo lo llamábamos el Niño.

Mi vida cambió; ni el marrano, ni las gallinas y sus huevos, ni los árboles y sus frutas, nada me volvió a interesar fuera de estar junto a él; si estaba despierto, yo estaba sentada junto, hablando y jugando con él, si dormía me sentaba en la puerta

a esperar que se despertara, si lloraba corría, gritando a Betzabé para que viniera con el tetero. La señorita María había prohibido terminantemente que lo sacáramos del cuarto, no quería que los vecinos lo vieran o lo sintieran llorar. Como no tomaba ni aire ni sol, era cada día más blanco transparente, pero crecía y engordaba. Como único vestido le ponían una camisita de bayetilla blanca y una tira larga que le enrollaban en la cintura, que llamaban fajero y que Betzabé decía que no había que quitársela porque se le salía el alma por el ombligo. Yo le pregunté que qué era el alma y ella me dijo que era todo lo que uno tenía por dentro.

Como no tenía ni pañales, ni calzoncito, hacía caca y pipí sobre la cuna que estaba cubierta con un pedazo de caucho rojo. Betzabé me enseñó a limpiarle con hojas de lengua vaca que cogíamos en el solar, pero a la noche, como yo dormía, regularmente a la mañana lo encontraba untado de caca hasta el pelo.

La señorita María volvió a la vida de antes, es decir que salía a las seis de la mañana para la

agencia y volvía tarde a la noche. El único día que veía al Niño era los sábados que Betzabé y yo íbamos al río a lavar la ropa y ella y Helena se quedaban en la casa.

Cuando el Niño empezó a crecer y a moverse mucho, le cambiaron la cuna de paja por uno de los cajones vacíos del chocolate. Eran unos cajones muy profundos y yo ya casi no podía estirar los brazos hasta el fondo para limpiarlo. Cuando Betzabé no me veía, yo me montaba sobre una piedra y me dejaba escurrir entre el cajón, el Niño reía y gritaba de alegría cuando yo me metía en el cajón con él. Igual que el marrano, era mío y nadie se ocupaba de él, yo tenía la impresión que del Niño tampoco se ocupaba nadie y que era solo mío.

A la agencia solo me llevaban cuando había fiestas en la plaza. Un día la señorita María le dijo a Betzabé que a la tarde me vistiera y que fuéramos a la agencia, que iba a haber cohetes y vacas locas. Naturalmente al Niño lo dejamos solo, encerrado en la casa. Cuando llegamos, la plaza, el atrio de la iglesia y los andenes estaban

llenos de gente, a mí me alzaron y me pusieron sobre el mostrador de la agencia, los cohetes ya habían empezado y de todos lados se oían cantos y gentes que tocaban tiple. De pronto sentimos un ruido terrible, un ruido que no se parecía a nada, la gente empezó a correr en todas direcciones, la mayor parte se refugió en la iglesia, otros entraban a las casas, los chicos se subían a los árboles, la agencia, que quedaba de la parte alta del andén, se llenó de gente, el ruido se aproximaba cada vez más. De pronto vimos aparecer por detrás de la iglesia un monstruo negro terrible que avanzaba hacia el centro de la plaza. Los ojos enormes y abiertos eran de un color amarillento y tenían tanta luz que iluminaban la mitad de la plaza. La gente se tiró al suelo de rodillas y empezaron a rezar y a echarse bendiciones; una mujer que tenía dos niños chiquitos los tiró al suelo y se acostó sobre ellos cubriéndolos como hacen las gallinas con los huevos. Unos hombres avanzaron hacia la plaza con unos grandes palos en la mano. El animal se detuvo en la mitad de la plaza y cerró los ojos. Era el primer automóvil que llegaba a Guateque.

Chao.

Esta noche llega el primer hombre a la luna.

Besos.

EMMA  
París/69

## Carta número 7

Mi querido Germán:

La llegada del primer automóvil, los cohetes y las vacas locas fueron el comienzo de una semana de fiestas con motivo de la visita del Gobernador de Boyacá.

Las fiestas terminaban el domingo con una gran corrida de toros. Era la primera vez que Helena y yo íbamos a ver una corrida y para la ocasión, la señorita María nos hizo vestidos nuevos en saraza verde con ribetes rojos y arandelitas, a Betzabé le compró un pañolón con flecos de seda y unas alpargatas nuevas.

Almorzamos en la casa, nos vistieron, le dieron el tetero al Niño y cerraron todas las ventanas y puertas. Dejando al Niño completamente solo, nos fuimos todas a la agencia.

La plaza la habían cercado con palos y guaduas para que los toros no se escaparan. En el atrio de la iglesia habían hecho tribunas de madera y una especie de grande trono cubierto con una tela roja

que era el sitio para el Gobernador. Las ventanas y balcones de las casas estaban decorados con guirnaldas de flores de papel y la bandera nacional.

La banda de música, venida desde Guatavita, ya estaba instalada en el atrio. Poco a poco los balcones de las casas se llenaron de gentes en las esquinas de la plaza y detrás de las barreras estaban apeñuscados indios venidos de todos los pueblos vecinos.

La señorita María, ayudada por Betzabé, instaló una especie de barrera con los cajones vacíos del chocolate para impedir que la gente fuera a entrar a la agencia; de esa forma las dos puertas quedaron bloqueadas. A nosotras nos instalaron sobre las bancas al interior de la agencia. Como el andén en esa parte era mucho más alto que la plaza, quedamos en una especie de balcón que nos permitía la vista sobre toda la plaza. Empezaron los primeros cohetes y la banda empezó a tocar el guatecano. Todo el mundo gritó y aplaudió a los músicos; los cohetes aumentaron y al otro extremo de la plaza vimos aparecer la comitiva del

Gobernador. Adelante venían las hijas de los Montejos, con vestidos blancos largos, coronas de flores en la cabeza y unas alas blancas de papel como las de las gallinas. La señorita María dijo que se llamaban ángeles, que las alas eran para volar al cielo. En la mano traían unas canastas con pétalos de flores que iban regando por el piso para que el Gobernador viera por dónde debía caminar. Detrás de los ángeles venían las señoras Murillos, las Montejos, las Bohórquez, las hermanas del cura y transportaban un grande estandarte con muchas cintas de colores. En el estandarte estaba pintada la Virgen de Chiquinquirá. Detrás de ella venían unos soldados y de último la grande cabalgata que acompañaba al Gobernador. Estaban los maridos de las señoras que traían el estandarte, el Alcalde, el médico, nuestro amigo Roberto en un caballo negro y, junto a él, el Gobernador en un gran caballo blanco. El señor Cura esperaba la comitiva en el atrio de la iglesia, la banda de Guatavita seguía tocando el guatecano, los hombres se quitaron el sombrero y unos gritaban vivas al partido liberal, otros, vivas al partido

conservador.

El Gobernador y la comitiva le dieron la vuelta a la plaza, de los balcones les tiraban claveles y lanzaban vivas al Gobernador. Helena y yo saltábamos de dicha. Cuando la comitiva se acercaba a la agencia, la señorita María corrió y se escondió detrás de una de las puertas, fue en ese momento que Helena y yo vimos que el Gobernador, que estaba junto a Roberto, era el mismo señor que nos había visitado en la pieza de San Cristóbal en Bogotá. Cuando lo vi empecé a gritar...

—Señorita María, venga, venga a mirarlo, es el papá de Eduardo, el papá de Eduardo, el papá de Edu...

Como respuesta solo sentimos unos pellizcos en las piernas que nos hicieron saltar las lágrimas. Yo nunca la había visto tan furiosa, nos agarró del brazo y nos tiró al piso, se quitó una de las botas y empezó a pegarnos por la cabeza, por la cara, por donde caía.

—Lambonas, lambonas, lambonas... —Era la única palabra que se salía de su boca.

Cuando se cansó de darnos con la bota, nos agarró de las trenzas y empezó a darnos golpes contra la pared con la cabeza, la sangre nos escurría por las piernas y los brazos. Betzabé empezó a suplicarle que no nos pegara más. Ella nos empujó detrás del mostrador y nos prohibió movernos. Las dos volvieron a la puerta. La gente seguía gritando vivas al Gobernador, la banda volvía a tocar el guatecano, los cohetes reventaban por todos lados. Cuando los toros empezaron, Betzabé fue a buscarnos y nos llevó a la puerta. La señorita María estaba en la otra puerta hablando con un hombre que le trajo una carta.

El primer toro era como gris y echaba babas de la boca, parecía furiosísimo. El torero era largo y flaco, con unos calzones blancos que le quedaban corticos, en una mano tenía el sombrero y en la otra un trapo rojo con el que llamaba al toro; los cohetes seguían y la banda comenzaba de nuevo a tocar el guatecano, la señorita María se volteó y nos ordenó volver de nuevo al puesto de castigo detrás del mostrador. La corrida siguió y nosotras nos quedamos dormidas en el piso. Me desperté

con unos gritos terribles; sentí que los cajones de la puerta se caían y en un minuto la agencia se llenó de gentes, hombres, mujeres, niños, que huían de un toro que venía detrás de ellos. Un hombre empezó a tomar las libras de chocolate del estante y se las tiraba al toro contra la cabeza. El toro parecía tranquilo, con las dos patas delanteras puestas sobre el mostrador. Finalmente, entre cuatro lo agarraron de la cola y empezaron a tirarlo por atrás. El toro dio dos patadas y salió corriendo detrás de una mujer vestida de rojo. Cuando Betzabé logró sacarnos de detrás del mostrador nos alzó y nos paró sobre un cajón y empezó a señalarnos algo en el fondo de la plaza, toda la gente señalaba y miraba al mismo sitio; al principio solo vi una enorme columna de humo negro, poco a poco empecé a ver las llamas, subían tan alto como las torres de la iglesia, eran bellísimas, todos los rojos, los amarillos, los violetas; las casas y la gente casi no se veían del humo que invadió parte de la plaza, todos corrían y gritaban en todas direcciones.

Los toros también corrían detrás de la gente,

tirando por el suelo a chicos y grandes, hombres y mujeres. De las casas salía la gente con baldes, chorotes, tarros y todos se precipitaban a la pila de la plaza para coger agua, otros hombres con lazos y palos trataban de enlazar los toros que seguían sueltos, las campanas de la iglesia empezaron a sonar con desesperación, las llamas seguían subiendo. Una vieja gordísima con dos chorotes, uno en cada cuadril, fue levantada por los cuernos de un toro. Cuando cayó, cayó en el centro de la pila y casi la dejó sin agua. Otros hombres corrían con ramas verdes y sacos de tierra. El pueblo entero estaba en revolución, cada uno trataba de hacer algo para apagar el incendio, el viento soplaba en la dirección del fuego, las llamas saltaban de un rancho al otro, en la agencia solo quedamos nosotras y yo no podía quitar los ojos de las llamas. Apareció uno de los Montejos y le dijo a la señorita María que el incendio había empezado en el Hospital, un cohete que cayó encendido sobre el techo de paja. Los cincuenta enfermos que estaban adentro murieron entre las llamas, el director, que estaba en la corrida, los

había dejado encerrados con llave y ninguno pudo salir. Por suerte el incendio era de la parte contraria de nuestra casa, es decir la parte baja de la ciudad. Las llamas seguían saltando de una calle a la otra, las mujeres se acostaban en el atrio de la iglesia a rezar y dar alaridos, los hombres seguían pasando ramas, que eran casi árboles y tierra. Tres días duró el incendio, toda la parte baja del pueblo quedó en cenizas. Los muertos y heridos, tanto por el incendio como por los atropellos de los toros, pasaron de cien; por muchos días el cielo quedó de un gris casi negro y el olor del incendio había penetrado a todas las casas y a todas las piezas y se sentía en la ropa, en la comida, en el agua. Yo recordaré ese incendio como el espectáculo más bello y extraordinario de mi infancia. Por mucho tiempo, creí que el incendio era parte de las fiestas en honor del señor Gobernador.

París, octubre/69

## Carta número 8

Mi querido Germán:

Después de las fiestas y el incendio todo volvió a su ritmo normal. Solo una cosa nueva se produjo en nuestra vida y es que la señorita María tomó la costumbre de pegarnos y, como cuando le pegaba a la una, la otra también lloraba, decidió que no importaba cuál había cometido la falta, ella nos pegaba a las dos.

Un día llegó a la casa de muy mal genio. El Niño estaba llorando porque era la hora de su tetero y ella decidió darle ese día un baño. Cuando estaba todo desnudo, lo alzó muy alto y mirándolo a la cara dijo:

—Este desgraciado se empieza a parecer a Eduardo.

Entonces Helena le dijo que hubiera sido mejor guardar a Eduardo que mandar a hacer otro nuevo; Helena no había terminado la frase, que ya ella la estaba reventando a bofetadas. Antes de que terminara con ella, yo corrí a esconderme en el

horno, el único sitio donde ella no podía entrar.

Al día siguiente no fue a la agencia y estuvo todo el día encerrada en la pieza; Betzabé le subió el almuerzo y dijo que no quería comer. Cuando empezaba a estar oscuro nos llamó para que subiéramos a su pieza. Todas las cosas estaban en desorden y en el centro los dos baúles abiertos: había comenzado a empacar la ropa. Nos anunció que volvíamos a Bogotá, nos acusó de ser la causa de todas sus desgracias.

—Sin ustedes mi vida sería otra, nunca hubiera venido a este pueblo miserable. Yo podría estar muy lejos y tener todo en la vida. Pero con ustedes siempre entre los pies, estoy atada como un animal, eso es, atada como una vaca, pero, eso sí, les aseguro que esta situación no puede durar más tiempo, yo les juro y se acordarán de mis palabras que a la primera oportunidad que se me presente las voy a regalar a alguien, no me importa a quién. Y ahora, lárguense de aquí que yo no las vea más, porque las voy a reventar a palos.

Nos tomamos de la mano y bajamos la escalera, fuimos derecho a la pieza del Niño, nos sentamos

junto al canasto y nos pusimos a llorar. El Niño nos miraba con los ojos grandes abiertos y como si hubiera sentido lo profundo de nuestro dolor, las lágrimas le empezaron a caer a chorros, sin dar ni un grito. Solo hacía pucheritos con la boca y sus ojos eran de una tristeza profunda.

Los preparativos de viaje duraron varios días. Como ella no iba a la agencia, estaba siempre en casa y, por un sí o un no, nos gritaba o nos daba fuerte. Fueron días muy largos y muy tristes.

La víspera del viaje llegó Toribio con los caballos y tres indios más, todos durmieron en el solar esa noche, cantaron y tocaron tiple. Toribio me quería mucho y me trajo de regalo un canastico lleno de ciruelas. Esa noche dormimos todos en una sola pieza sobre unas esteras y el Niño siempre en su canasto. Cuando me despertaron estaba todavía oscuro, Betzabé ya tenía hecho el desayuno y la señorita María estaba bañando al Niño, cosa que no hacía casi nunca, pues la única que le limpiaba la cara y la caca era yo. Helena me ayudó a vestirme mientras Betzabé ponía en un canasto los cuatro chiros que representaban la

ropa del Niño. Mientras yo tomaba mi agua de panela con una mogolla, ellas dos envolvieron al Niño en una grande cobija y lo ligaron con una especie de banda blanca. Betzabé bajó para hacerse las trenzas y buscar el pañolón; la señorita María que estaba muy nerviosa empezó a gritarle para que se apurara porque íbamos a llegar tarde.

Betzabé alzó al Niño y el canastico con su ropa, me tomó de la mano y salimos casi corriendo. Cuando salíamos, los caballos estaban relinchando y sentí que Toribio estaba cantando en el solar.

Betzabé me dijo en el camino que íbamos al río, estaba tan oscuro que yo no veía el camino y había tanto viento como el día del incendio. Cuando llegamos al puente, que yo conocía muy bien, en cambio de bajar al pozo donde íbamos siempre a lavar la ropa, ella siguió derecho y luego cruzamos por un pequeño camino que bordeaba el río y que tenía árboles grandes. Al fondo de ese camino vimos una grande casa blanca que no era de paja sino con el techo de tejas. Betzabé me dijo de esperarla junto a un árbol torcido que caía sobre el río. La seguí con los ojos, vi que caminaba como

en la punta de los pies, ligero, ligero, como si quisiera volar. Se acercó a la grande puerta y puso primero el canasto y luego el Niño bien arrimado contra la puerta y cuando empezó a cubrirle la cabecita con la cobija me di cuenta que habíamos ido para abandonarlo; quise gritar y no pude, las piernas me temblaban, como un resorte salté en dirección de la puerta. Betzabé me alcanzó a agarrar de una pierna, yo me tiré al suelo y empecé a dar golpes con la cabeza contra la tierra, sentía que me ahogaba, Betzabé se esforzaba por alzarme pero yo me agarraba a las plantas y me contorsionaba como una lombriz. Casi al oído me suplicaba levantarme, no hacer ruido y correr antes de que alguien se despertara; yo seguía amarrada a las plantas y con la cara pegada a la tierra, creo que en ese momento aprendí de un solo golpe lo que es la injusticia y que un niño de cuatro años puede ya sentir el deseo de no querer vivir más y ambicionar ser devorado por las entrañas de la tierra. Ese día quedará sin duda como el más cruel de mi existencia.

No lloraba, porque las lágrimas no hubieran

bastado, no gritaba porque mi sentimiento de revuelta era más fuerte que mi voz. Betzabé, arrodillada junto a mí, me suplicaba de levantarme. El Niño empezó a llorar, yo sentí que su llanto salía del fondo de la tierra, levanté la cabeza y vi que Betzabé tenía la cara bañada en lágrimas. Perdí toda resistencia, le tendí una mano y ella me levantó en sus brazos, empezó a correr como loca; yo sentía que me apretaba fuerte, fuerte contra ella y sus lágrimas me caían por detrás de la oreja y se deslizaban por mi cuello, casi sin respiración; solo se detuvo cuando llegamos al puente; del resto no me acuerdo, solo recuerdo cuando Toribio me alzó para ponerme en la silla de la mula que debía transportarnos a Bogotá. Helena me cuenta que me quedé tres días sin poder hablar. La señorita María tenía miedo que hubiera quedado muda. El viaje de regreso se pasó como a la ida, solo que Betzabé venía con nosotras y, en cambio de Burro, nos llevaron en una mula que caminaba muy rápida. No recuerdo los detalles porque seguramente no me importaba más la vida. El primer viaje había representado el abandono de

Eduardo y el segundo el abandono del Niño.

Sumercé, estoy triste porque esta carta no me salió como yo hubiera querido, pero no me siento capaz de repetirla.

Besos para toda la familia y no me olviden.

EMMA

París, octubre/69

## Carta número 9

Mi querido Germán:

A Bogotá llegamos a un hotel miserable, que estaba junto a la Estación de la Sabana, teníamos una sola pieza para todas, el techo era de lata y el piso de ladrillo, estaba en el último patio junto al lavadero; no solamente moríamos de frío sino que, además, era tan oscura que durante el día teníamos que encender velas para poder ver. La señora María salía todos los días a la calle y volvía solo a la noche. Para que comiéramos las tres, nos dejaba diez centavos que solo nos alcanzaban para comprar pan y panela. El día lo pasábamos en la pieza o sentadas en el patio cuando había un poco de sol. Betzabé lloraba todo el día, decía que quería volver a Guateque, tenía verdadero terror de salir a la calle, el pan y la panela se los encargaba a dos viejitas que vivían en el mismo patio que nosotras, pues la tienda quedaba a tres cuadras y ella se aterraba de ir tan lejos en esa ciudad tan grande. En el mismo hotel vivía una

mujer que era de Tunja y vivía con un policía, tenía dos niñas mucho más grandes que nosotras, era muy simpática y era la única que nos hablaba un poco. Cuando supo que nosotras solo comíamos pan y panela le dijo a Betzabé que eso era muy malo, que nos iban a dar lombrices y que además era muy poca comida, que ella hacía para ella y sus hijas mazamorra que era de más alimento.

Cuando estaban discutiendo sobre el precio de la mazamorra llegaron las dos viejitas que nos traían el pan y la panela. Yo no sé cómo decidieron que, si nosotras dábamos nuestros diez centavos y las viejitas otros diez, más los diez de la mujer del policía, podríamos hacer una sola mazamorra para todos con carne, con papas y con habas. Había un solo problema, conseguir una olla muy grande, pues, según la mujer del policía, con todo ese dinero podíamos hacer tanta mazamorra que cada una podríamos tomar dos platos, uno al mediodía y calentar el otro para la noche. Betzabé dijo que ella tenía economizados cinco centavos, que ella los daba para comprar la olla, las viejitas dieron cada una un centavo, la mujer del policía

dijo que, como era ella la que tenía la cocina, ella no daba para la olla. Detrás de la estación del tren había un mercado en la calle y decidieron que deberían ir todas juntas para saber cuánto valía una grande olla de barro. La olla valía veinte centavos y solo teníamos los cinco de Betzabé y los dos de las viejitas, es decir siete. Betzabé le habló a la señora María y, después de decir que la íbamos a arruinar, decidió darnos cinco centavos para la olla; a la mañana les dimos la gran noticia, ya teníamos doce. La mujer del policía dijo que bueno, que ella iba a dar los tres que tenía reservados para el jabón. En el primer patio vivía una señora un poco negra con un hijo ya grande que trabajaba en el tren; era el que cargaba el carbón para las máquinas, siempre estaba todo tiznado y a nosotras nos daba miedo mirarlo. La mujer del policía decidió hablar con ellos para ver si querían entrar en la vaca para la mazamorra, ellos aceptaron y el mismo día salieron a comprar la olla. Al día siguiente comimos la primera mazamorra, fue una verdadera fiesta; todos en el patio de atrás colocaron la grande olla entre

muchos trapos en el hueco del sifón del patio y todos alrededor cada uno con su plato; había sagradamente un buen pedazo de carne para cada uno y muchas papas y habas y tallos. La mazamorra era hecha con masa. Era la mujer del policía la que hacía el mercado y era ella la que nos servía a todos. Naturalmente todos se volvieron amigos y Betzabé se hizo muy amiga del obrero del carbón. La señora María nunca participó en las mazamorras, regularmente no estaba, pero si estaba se quedaba encerrada en la pieza; tampoco tenía amistad con nadie, solo decía buenos días y seguía derecho, ella decía que eran gentes muy vulgares, pero le parecía bien que nosotras tomáramos mazamorra todos los días.

Ya hacía como un mes que estábamos en esa casa y las mazamorras eran nuestra única diversión, el segundo plato, ese sí sin carne, lo ponían a calentar a las seis de la tarde; desde esa hora el que iba llegando se sentaba en el patio a esperar la llegada de la olla. Cuando aparecía la olla, todos dábamos un grito de alegría. Fue una tarde justamente que apareció el policía marido de

doña Inés, como la llamábamos todos. Doña Inés empezaba a servir, estaba agachada con el plato y el cucharón en la mano, todos teníamos los ojos puestos sobre la olla. Fue el pum-pum de los dos disparos que nos hizo levantar los ojos, el policía con un revólver en la mano acababa de darle dos tiros a su mujer, que cayó como una piedra sobre la olla de la mazamorra, la olla se abrió en mil pedazos, todo el mundo corrió, Betzabé nos tiró contra la puerta de la pieza y nos encerramos todas tres con llave al interior. La mujer no se murió, pero nunca más volvimos a tener la mazamorra; volver a reunir el dinero para comprar una nueva olla era absolutamente imposible y de la parte nuestra la señora María nos prohibió todo contacto con las gentes de la casa. A los pocos días ella nos anunció que le habían dado la agencia de chocolate de un pueblo que se llamaba Fusagasugá.

Una parte del viaje la hicimos en tren, el resto a caballo, pero el camino no se parecía al de Guateque; era mucho más montañoso y hacía mucho frío. Los indios que nos acompañaron

bebieron chicha todo el viaje y ya no estaba Toribio para cuidarnos. Llegamos a Fusagasugá con una lluvia terrible y nadie sabía decirnos dónde quedaba la agencia. Cuando la encontramos ya estaba oscuro. La agencia estaba en la casa del teatro, era una casa enorme, el frente de dos pisos. Primero había un grandísimo portón de madera que era la entrada al teatro, luego un local donde vendían los billetes, un gran depósito con puertas también a la calle que siempre estaban cerradas y el último local era la agencia; como la de Guateque, también tenía dos puertas. Al fondo, detrás del estante había una puerta que daba al interior de la casa, a la derecha había la escalera para subir al segundo piso. Las dos primeras piezas, exactamente sobre la agencia, estaban reservadas para nosotras, las seis puertas que seguían sobre el corredor todas estaban cerradas y estaban llenas de aparatos de luz y muebles que pertenecían al teatro y las abrían muy raramente, pues solo dos o tres veces al año pasaba por allí una compañía de teatro o un ballet. Abajo estaba el grande patio con bancas sembradas en la tierra

para que el público no las pudiera mover, ese patio era descubierto, si llovía no había función. A la izquierda solo había un grande muro muy alto, a la derecha continuaba la casa; sobre el corredor había otras dos piezas que servían como depósito para las cajas de chocolate. Todas las otras puertas y ventanas estaban cerradas con rejas de fierro. A esa parte de la casa se entraba por una puerta chiquita que también tenía una reja de fierro, ahí solo podían entrar las propietarias de la casa, las señoritas Castañeda, dos hermanas ya viejas que cuidaban al hermano menor que estaba loco, loco furioso. Nosotras nunca entramos pero la vieja sirvienta le decía a Betzabé que al loco lo tenía en el patio amarrado con cadenas, pero como las hermanas lo querían mucho, no lo dejaban llevar al asilo. Las viejitas no salían nunca; yo solo vi un día la cabeza de una. Las únicas personas que entraban y salían eran la sirvienta y un viejo abogado que era el administrador de la casa y del teatro. Al fondo del patio de las bancas estaba el escenario, era una caja enorme hecha con tablas y cubierta con latas de zinc. Atrás del

escenario había dos escaleras, una de cada lado, que daban a otro grande patio donde había varias piezas de madera, esas piezas fueron mi paraíso.

Allí había vestidos de todos los colores, largos, cortos, capas, capuchones, coronas, espadas, abanicos, collares, botas, guantes, sombreros, pelucas de todos colores y mil y mil cosas que yo veía por primera vez en mi vida y que ni Betzabé ni Helena sabían cómo se llamaban ni a qué servían. Cuando llegamos había una compañía española que venía todos los días a ensayar. Yo no entendía nada de lo que decían, pero verlos caminar, entrar, salir, correr, hablar, eso me bastaba como diversión y de ellos aprendí a jugar al teatro. Me vestía de mil formas diversas, subía a la escena e inventaba toda clase de historias. Regularmente imaginaba que hablaba con el Niño o con Eduardo, a veces con los dos, con Helena jugábamos a que ella era la señora María y yo Betzabé. Jugábamos a la mazamorra y doña Inés que caía encima de la olla. Un día quisimos jugar al incendio de Guateque, pero llegó Betzabé y nos quitó los fósforos y nos pegó. La señora María

decidió mandar a Helena a la escuela de las señoritas Mojica para que le enseñaran a leer, a mí no me quisieron recibir porque era muy chiquita. La cocina quedaba en el mismo patio donde estaban los cuartos de los vestidos. Esa casa me gustaba mucho, sobre todo el teatro; lo único que me prohibían era salir a la calle o ir a la agencia a molestar a la señora María. Solo cuando había fiestas en el teatro nos encerraban en las piezas de arriba. Un día que hubo una gran fiesta, dejaron en el escenario un gran mueble y unos cajones con unos rollos de papel que tenían muchos huequitos, yo empecé a desenrollarlos todos y los extendí sobre las bancas en el patio y jugaba a pasar por debajo, cuando apareció el abogado. Cuando me vio, se cogió la cabeza a dos manos y empezó a dar gritos. La señora María, Betzabé, la vieja sirvienta, todos se precipitaron al patio.

—La ruina, señora María, la ruina, vea usted lo que esa patoja ha hecho con todos los rollos de la pianola.

Todos empezaron a enrollar las tiras. Cuando vi que la señora María empezaba a quitarse una bota,

supe que me iba a pegar y corrí hacia la puerta de la calle y salí corriendo. Fui a dar a una grande plaza donde había un mercado; yo miraba para todos lados y no veía a la señora María, así que decidí pasearme por el mercado y una vieja me regaló un mango. En esa plaza estaba la iglesia, vi que en el atrio estaba el cura con muchos niños alrededor, me acerqué, él les estaba preguntando a todos cómo se llamaban:

—Y tú... La pobre es completamente bizca, dime, ¿cómo te llamas?

—Nené.

—¿Nené? Eso no es un nombre.

—Sí, yo soy Nené.

—¿Quién es tu mamá?

—La agencia de chocolate.

Todos se pusieron a reír, pero yo me puse a llorar. El cura le preguntó a los otros si me conocían, ellos dijeron que no, el cura me volvió a preguntar quién era mi mamá.

—La agencia de chocolate.

El cura me tomó de la mano y me llevó a la agencia de chocolate. La señora María le contó la

historia de los rollos de la pianola, el cura entró con nosotros al teatro, subió a la escena, abrió el mueble, puso uno de los rollos y empezó a sonar la música. Yo me quedé como paralizada, miraba ese mueble por arriba, por abajo y no veía los músicos, pregunté si los músicos estaban cerrados entre el mueble, todos se rieron, el cura con grande paciencia me explicó que la música salía de los huequitos del papel. Ese buen cura me enseñó el mejor juego de mi infancia. Yo aprendí a manejar esa pianola a la perfección, lo hacía con tanto cuidado que el abogado no me prohibía tocarla. El cura se volvió muy amigo de la señora María, venía con frecuencia a hablar con ella a la agencia y luego entraban a buscarme al teatro y él jugaba conmigo al teatro. Un domingo hicimos un lindo paseo hasta el río, fuimos todos, el cura, la señora María, Betzabé y nosotras, hicimos el almuerzo junto al río y cogimos muchas flores.

Por la mañana era Betzabé quien abría la agencia y esperaba que la señora María bajara para reemplazarla. Un día cuando ella bajó, la agencia estaba cerrada y Betzabé no aparecía por

ninguna parte. Preguntamos a todos los vecinos, nadie la había visto, fuimos a su cuarto y vimos que toda su ropa también había desaparecido. Todas tres nos pusimos a llorar. La señora María no abrió la agencia y nos fuimos todas tres a la iglesia para contarle al cura que Betzabé había desaparecido. La señora María lloraba desesperada, el cura le prometió averiguar en el pueblo si alguien la había visto; yo me recuerdo que por muchos días la buscaba entre los vestidos del teatro, debajo de las bancas, entre la pianola, subía a la escena y gritaba:

—Betzabé, venga, no nos deje, Betzabé, estamos muy tristes, vuelva, vuelva, Betzabé. — Mis gritos fueron inútiles, Betzabé no volvió nunca más. Más tarde supimos que la habían visto con unos arrieros que iban por el páramo hacia Bogotá.

París, octubre/69

## Carta número 10

Mi querido Germán:

Con la ida de Betzabé nuestra vida cambió completamente. Nuestros juegos en el teatro, mis conciertos de pianola, la escuela de Helena, todo fue abandonado. La señora María decidió que entre las dos teníamos que reemplazar a Betzabé, porque ella tenía que ocuparse de la agencia.

Me enseñaron a barrer y te aseguro que la escoba era más grande que yo (acababa de cumplir cinco años y Helena seis y medio), pelar papas, cargar agua, sacar la basura, la ceniza del fogón, lavar ollas y platos, ayudar a desempacar las cajas de chocolate, lavar pisos. Helena hacía las camas y ayudaba en la agencia los días de mercado. La señora María lavaba la ropa por la noche y preparaba la comida para el día siguiente, así lo único que teníamos que hacer nosotras era prender el fuego y ponerla a calentar. Recuerdo que Helena hacía todo eso subida sobre un cajón porque el fogón de la estufa era más alto que ella.

Una noche me mandaron sola al solar para buscar el balde del agua, yo lloraba del miedo, iba caminando en la punta de los pies y contra las paredes, casi sin respirar, con el oído atento al más mínimo ruido, ya había atravesado el teatro y, cuando estaba pasando las primeras piezas de madera, donde estaban los disfraces, sentí dos manos gigantes que me apretaron de la cintura y me levantaron en el aire. Como cuando abandonamos al Niño, me quedé muda, no me salía ni un ruido de la boca y sentía como una piedra en la garganta que me ahogaba. Al principio tampoco vi nada, sentí que las manos me descendían de nuevo hacia el piso, fue a ese momento que mi cara se encontró frente a frente con la cara del loco; los ojos saltados, una barba negra enorme, la boca abierta, sin un solo diente, me siguió descendiendo dulcemente y vi que su cuerpo estaba completamente desnudo, me acostó muy suavemente sobre el piso y se arrodilló junto a mí y empezó a besarme la cara. Yo sentía que los pelos de su barba me entraban por la boca, la nariz, los ojos, los oídos, trataba de darle puños y

patadas, pero sus grandes manos eran más fuertes que mis piernas y mis brazos. A ese momento vi aparecer una luz contra la puerta del solar, eran las dos hermanas con una lámpara que lo estaban buscando. Cuando las vio se levantó como un resorte, yo seguía tendida en el suelo, ellas se iban acercando muy despacito y lo llamaban con una voz muy dulce, él seguía parado frente a mí, mirándome fijamente. Cuando vio que ya se acercaban, tomó su pipí con las dos manos e hizo pipí encima de mí, rociándome de la cabeza a los pies, como si fuera una planta. Cuando terminó, sin decir ni una palabra se acercó a ellas con una gran sonrisa de alegría.

Una de las viejitas me alzó y me llevó donde la señora María y le dijo que ella no debería dejarnos salir solas en esa casa tan grande y menos de noche, que si ellas no hubieran salido quién sabe lo que me hubiera pasado. Helena se puso a desvestirme y me lavaron toda hasta la cabeza, siempre ayudadas por la viejita que seguía discutiendo con la señora María.

La señora María se aburría mucho en

Fusagasugá. Como en los otros sitios no tenía ninguna amiga ni frecuentaba a nadie, allí no tenía, como en Guateque, la corte de hombres que venían a charlar con ella a la agencia; el único que nos visitaba de vez en cuando era el cura dominicano con el que habíamos hecho el paseo. Sin Betzabé la vida se había vuelto muy difícil para todas. Helena un día que estaba prendiendo la plancha de carbón... Mejor dicho la plancha ya estaba prendida y la había puesto destapada en el suelo y se subió sobre el cajón para bajar los fuelles; no sé lo que pasó, el hecho fue que se cayó del cajón y cayó sentada sobre la plancha en brasas. Pobre, ¡qué pena me daba! En toda la mitad de una de sus nalgas le quedó la fotografía completa de la plancha, se le veía la carne viva; recuerdo que corría por todo el teatro dando verdaderos alaridos. Estuvo tan enferma y vomitaba tanto que la señora María no la volvió a dejar hacer nada ni en la casa ni en la agencia. Fue esa época que descubrí que la señora María tenía una gran preferencia por Helena. Todo el tiempo repetía la misma frase, la más linda, la que yo más quiero,

hubiera preferido que eso le hubiera pasado a Emma, mi pobre Nenita. Nunca la había visto con tanta ternura, parecía sinceramente angustiada de ver a Helena con esa llaga horrible, día y noche acostada boca abajo, porque no se podía ni poner de espaldas ni sentarse. Yo naturalmente no podía hacer el trabajo de las dos. Una noche que Helena estaba con mucha fiebre, ella se puso a llorar y nos dijo que no podía más, que así era imposible seguir, que iba a escribir a Bogotá y que iba a renunciar a la agencia, que ella era una desgraciada sin un hombre al lado que la ayudara a soportar la vida. De nuevo nos dijo que éramos nosotras la causa de todas sus miserias porque ella sola estaría como una reina.

A los pocos días llegó un señor de Bogotá, enviado por la compañía, que venía a revisar los papeles y a buscar el reemplazo de la señora María en la agencia. Se hizo muy amigo de ella. Era un hombre joven, muy alto, moreno, con lindos ojos verdes. Él era muy cariñoso con nosotras y siempre nos traía caramelos. Fue él quien nos regaló las primeras y únicas muñecas que tuvimos

en la vida. Eran de trapo, con pelo negro, motoso, la de Helena estaba vestida de rojo y la mía de rosado, nosotras las adorábamos. El señor Suescún, así se llamaba, ayudó a la señora María a sacar los baúles y empezó el traqueteo de empacar. Ya sabíamos por experiencia que la señora María se ponía de muy mal genio cuando tenía que hacer el equipaje. El señor Suescún nos ayudó mucho, fue el que se ocupó de buscar los indios con los caballos para el viaje de regreso a Bogotá y él dijo que nos acompañaría. La señora María estaba radiante de felicidad.

A ti te parecerá extraño que yo pueda contarte en detalle y con tanta precisión los acontecimientos de esa época tan lejana. Yo pienso como tú, que un niño de cinco años que lleva una vida normal no podría reproducir con esa fidelidad su infancia. Nosotras, tanto Helena como yo, la recordamos como si fuera hoy y la razón no te la puedo explicar. Nada se nos escapaba, ni los gestos, ni las palabras, ni los ruidos, ni los colores, todo era ya claro para nosotras.

Llegó el día del viaje, nos levantaron al

amanecer, por una razón que nunca supimos decidieron que a nosotras no nos llevaran a caballo sino a lomo de hombre. Compraron dos sillas de mimbre, les hicieron un toldo y amarraron cada silla a la espalda de un indio, luego nos alzaron y nos sentaron encima.

La señora María y el señor Suescún partieron adelante, detrás de ellos iban dos indios con las mulas del equipaje y, de últimos, los dos indios que nos llevaban. A los indios les dieron un canasto donde había comida para nosotras. Los dos indios estaban borrachos, cada uno llevaba un grande calabazo lleno de chicha; el que cargaba a Helena, que tenía la cara llena de viruelas, tenía diarrea y cada rato se quitaba el pantalón y se sentaba a ensuciar haciendo unos ruidos espantosos; el mío se paraba junto, muerto de risa, diciéndole:

—Beba más chicha compadre, solo la chicha es güena pa' las churrias.

La señora María y el señor Suescún seguían adelante y al llegar al páramo ya no los vimos más; los indios seguían tranquilos, contando

cuentos que nosotras no entendíamos; el de la diarrea cada vez iba peor; de pronto se sentó en una piedra y dijo que no seguía más; el otro, el mío, le dijo que si no nos apurábamos íbamos a perder el tren, que la señora María había dicho que nos esperaba en la estación. Nos dieron un pan y un plátano a cada una, ellos siguieron tomando chicha y se detuvieron en un rancho para que les llenaran los calabazos que ya estaban vacíos. En ese rancho se demoraron mucho tiempo hablando con otros indios. Cuando salieron ya no caminaban, iban en zigzag de lo borrachos que estaban; entonces se pusieron a pelear. Uno sacó un cuchillo y el de la diarrea le dijo:

—No te puedo matar porque tengo que cagar.

Se bajó el pantalón y se acurrucó; el otro guardó el cuchillo y se puso a cantar. Ya estaba oscureciendo, Helena empezó a llorar y se puso a llamar a la señora María a gritos, yo empecé a gritar al tiempo con ella, hasta que nos cansamos y nos dormimos. Nos despertamos cuando los indios nos estaban descargando en la estación del tren. Es curioso que ninguna de las dos se acuerda del

nombre del pueblo donde se tomaba el tren. Recordamos la estación, el hotel y la iglesia, pero ninguna calle. Cuando llegamos, el tren ya se había ido hacía mucho tiempo y la señora María y el señor Suescún también se habían ido sin esperarnos. Los indios le preguntaron al hombre de la estación y a otras personas si no habían visto a una señora joven de vestido y sombrero gris acompañada de un cachaco de Bogotá. Todos los habían visto tomar el tren; poco a poco la gente empezó a rodearnos. Helena y yo nos miramos, las dos pensamos lo mismo; a las dos nos saltaron las lágrimas al mismo tiempo, a las dos nos salió de la boca una sola frase:

—Nos abandonó, nos abandonó.

Nuestras manos y nuestras cabezas se juntaron y nuestro llanto se volvió mudo. La gente en torno nuestro seguía aumentando, cada uno nos preguntaba lo mismo:

—¿Tú cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Para dónde van?

Nada nos interesaba, a nadie respondíamos, los veíamos sin verlos, los oíamos sin oírlos, solo ella y yo sabíamos lo que era en ese momento nuestra vida. Alguien fue a llamar al cura de la iglesia. Gordo, barrigón, con la nariz como una bola y roja, llegó y se sentó en cuclillas junto a nosotras, empezó a darnos palmaditas en las mejillas y nos preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Adónde iban?

Nosotras seguíamos mudas. Los indios que nos habían llevado desaparecieron, nadie los volvió a ver, la gente se fue alejando poco a poco hasta que quedamos solas con el cura y un soldado, o policía, nos tomaron de la mano y nos llevaron al hotel. La dueña era muy seria, toda vestida de carmelito con el pelo blanco cogido atrás por un moño. El soldado se quedó con nosotras en el patio y el cura se retiró a hablar con la dueña:

Helena entendió que el cura le decía:

—Guárdelas aquí, es seguro que en el tren de mañana va a volver la mamá a recogerlas, yo vendré mañana después de la misa.

El comedor del hotel tenía puertas de vidrios que daban todas a la calle. Cuando nos hicieron sentar en una mesa, vimos que de nuevo la gente estaba apeñuscada contra las puertas, algunos tenían las caras aplastadas contra los vidrios para podernos ver más de cerca, todos discutían y nos señalaban.

La señora nos hizo servir la comida y se sentó en medio de las dos y nos cortó la carne y las papas en pedacitos chiquitos, pero ninguna de las dos quisimos comer; algunas personas que estaban en el comedor se acercaron a la mesa y nos rogaban de comer al tiempo que nos preguntaban:

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Adónde iban?

Nos llevaron a una pieza donde había dos camas

y nos acostaron a cada una en una. Cuando la señora salió y cerró la puerta con llave, Helena se bajó de su cama y se acostó en la mía, nos abrazamos fuertemente y nos quedamos dormidas.

El cura y el soldado volvieron a la mañana siguiente, cuando la señora del hotel nos estaba peinando, nosotras seguíamos sin hablar. Nos llevaron a la estación, sentimos el pito del tren y lo vimos entrar en la estación. Cuando la gente empezó a descender, el soldado alzó a Helena y el cura a mí y teniéndonos muy alto nos mostraban a toda la gente que pasaba. La gente terminó de bajar y se fueron alejando. Desconsoladas nos pusieron de nuevo en el suelo y nos llevaron al hotel, donde pasamos el día metidas entre la cama... Creo que dormimos, porque ninguna de las dos hablaba. A la tarde que llegaba otro tren volvieron el cura y el soldado y se repitió la misma escena en la estación. Nosotras ya sabíamos que ella no volvería a buscarnos. Así pasaron tres días, los tres días a la mañana y a la tarde se repetía la misma escena en la estación del tren. El cura parecía preocupado y discutía con el soldado y la

señora del hotel. Al cuarto día ya no nos llevaron a la estación, el cura vino con dos monjas vestidas de negro y blanco, una era vieja de anteojos y la otra muy joven y muy alegre, nos alzaba, nos besaba, nos acariciaba la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Para dónde iban?

Nos llevaron a un convento que quedaba en el campo, entramos a un grande patio con muchas flores donde había una estatua de un cura. Apenas llegamos empezaron a aparecer cantidades de monjas que salían de todas partes y empezaban a rodearnos:

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Para dónde iban?

Estas preguntas se repetían en todos los tonos de voz, fuertes, menos fuertes, agudas, chillonas,

autoritarias, cariñosas. De pronto el silencio fue total, en torno nuestro solo veíamos un muro negro de las faldas de las monjas apeñuscadas las unas contra las otras. De pronto sentí la voz de Helena que me pareció fortísima y decía:

—Yo me llamo Helena Reyes y mi hermanita se llama Emma Reyes.

Me tomó de la mano y, empujando con la cabeza las faldas de las monjas, me llevó hacia el fondo del jardín donde había una jaula con muchos pajaritos. Las monjas se habían quedado como petrificadas, solo nos seguían con los ojos, cuando estuvimos junto a la jaula, lejos de las monjas, Helena me dijo:

—Si tú hablas de la señora María yo te pego.

Y ese silencio duró veinte años, ni en público ni en privado volvimos nunca a pronunciar su nombre ni a hablar de los años pasados con ella, ni de Guateque, ni de Eduardo, ni del Niño, ni de Betzabé. Nuestra vida empezaba en el convento y ninguna de las dos traicionó jamás ese secreto.

Mil recuerdos y besos. Escriban.

EMMA

París, noviembre de 1969

## Carta número 11

Mi querido Germán:

En ese convento no había niñas, era un convento donde hacían monjas; las había muy jóvenes pero eran todas novicias y a nosotras no nos permitían estar con ellas. Solo teníamos derecho a estar en el primer patio, que era el de la portería y donde estaban las salas de las visitas. Junto a la puerta de entrada había dos piezas, una en que dormía la portera que era muy viejita y caminaba con los pies hacia fuera y hablaba sola todo el día, en la segunda, donde había muebles y paquetes, nos arreglaron una cama para las dos porque Helena no quiso que yo durmiera sola. En la pieza de la portera había una grande mesa y ahí nos traían la comida al mismo tiempo que a ella.

Por las mañanas jugábamos solas y ayudábamos a la viejita a rociar las matas; era un patio enorme con muchas flores y grandes árboles, más la jaula de los pajaritos; hablábamos por horas con ellos. A la tarde venía la monja joven que fue a

recogernos al hotel y que nosotras llamábamos nuestra amiga. A veces venían grupos de novicias que se paraban en la puerta del segundo patio, nos miraban y nos hacían risitas pero no podían hablar con nosotras. Lo primero que nos enseñó la monja joven fue a jugar a las cruces, que ella llamaba persignarse. Nos enseñó que cada dedo tiene un nombre, pero solo los de las manos, los de los pies, como el Niño, no tienen nombre; para jugar a persignarnos había que cerrar toda la mano y dejar levantado el dedo que se llama Pulgar. Con Pulgar teníamos que hacer tres cruces como si fueran dos palitos cruzados el uno sobre el otro, la primera cruz se hace en la frente, la segunda en la boca, con la boca cerrada, y la tercera en el centro del pecho; luego había que abrir rápidamente todos los dedos y con la mano bien estirada hacer una sola grande cruz con la punta de todos los dedos, primero en el centro de la frente, en el centro del pecho, en el hombro del lado izquierdo, luego en el hombro derecho y terminar dándole un beso chiquito en la uña a Pulgar, siempre con la boca cerrada. Ese juego me divertía mucho, porque

siempre me equivocaba y se me enredaban todas las cruces, a veces comenzaba en el pecho y terminaba en la frente o empezaba en la boca y, en cambio de besar a Pulgar, besaba al meñique, porque me daba lástima que era tan chiquitico. La monja se ponía furiosa y me hacía volver a comenzar mil veces.

Otro día nos contó la historia de un niño que se llamaba Jesús, la mamá de ese niño también se llamaba María, eran muy pobres y habían viajado en burro, como nosotras cuando fuimos a Guateque. Pero ese niño Jesús tenía tres papás, uno que vivía con su mamá, que se llamaba José y que era carpintero; el otro papá era viejo con barbas y vivía en el cielo entre las nubes y ese papá sí era muy rico. La monja nos dijo que él era el dueño de todo el mundo, de todos los pajaritos, de todos los árboles, de todos los ríos, de todas las flores, de las montañas, de las estrellas, todo era de él. El tercer papá se llamaba Espíritu Santo y no era un hombre sino una paloma que volaba todo el tiempo. Pero como la mamá vivía solo con el papá pobre, no tenían ni casa en qué vivir y

cuando nació el niño Jesús tuvo que ir a nacer a la casa de un burro y de una vaca. Pero el papá viejo, rico, que vivía en el cielo, mandó una estrella donde unos amigos de él, que también eran muy ricos y que se llamaban Reyes como nosotras, esos señores vinieron a visitar al niño Jesús a la casa de la vaca y el burro y le trajeron tantos regalos y oro y joyas y entonces ya no fue más pobre sino rico. Yo le pedí que nos llevara a donde estaba ese niño; dijo que el Niño ya no estaba en la tierra, que se había ido a vivir con su papá rico que estaba entre las nubes, pero que si éramos buenas y obedientes lo veríamos en el cielo.

Nosotras pasábamos horas mirando al cielo para ver si lo veíamos. Helena me dijo un día que si pudiéramos subirnos a un árbol de los más grandes ella estaba segura que lo íbamos a ver, que no lo veíamos porque éramos muy chiquitas. Esperamos que la vieja portera se durmiera después del almuerzo y nos subimos al árbol. Cuando las monjas vinieron, estábamos agarradas a las últimas ramas y era tan alto que no oíamos lo que nos decían y no podíamos más bajar. Las

monjas corrían en todas direcciones y nos hacían señas de esperar; trajeron unas escaleras que las amarraron juntas, llamaron a un hombre que estaba vestido de militar, que subió y nos bajó. La vieja que llamaban madre superiora nos pegó por la cabeza y las piernas, pero cuando le dijimos que habíamos subido al árbol para ver si veíamos al niño Jesús en el cielo todas se pusieron a reír y se lanzaron sobre nosotras y nos llenaron de besos la cara, la cabeza, las manos. La vieja portera lloraba y decía:

—Son dos angelitos, dos angelitos...

En ese convento estuvimos muy pocos días. Una mañana vino una monja nueva cuando nos estábamos levantando y nos tomó las medidas con unos pedazos de tela gris muy gruesa y nos hicieron dos vestidos muy feos; eran largos como los de las novicias, con cuello alto, mangas largas y muchos pases, eran tan raros que yo no conocía más a Helena y Helena no me conocía más a mí. También nos compraron alpargatas y esas sí eran lindas. Nos peinaron para atrás con trenzas tan tirantes que casi no podía cerrar los ojos. La

madre superiora trajo unos trapitos blancos pegados a un cordón carmelita que llamaban escapularios, nos los puso por la cabeza y dijo que nunca nos los debíamos quitar, que era para que la gente supiera que éramos hijas de la Virgen María y de Dios. Cuando las monjas se fueron, yo le pregunté a Helena quién le había dicho a la superiora que éramos hijas de la señora María y del señor Dios. Helena no contestó nada y me dio una palmada en la boca.

Al rato salieron de nuevo todas las monjas, una traía un canasto cubierto con un paño blanco. Una a una empezaron a besarnos y nos hacían cruces en el aire con las manos abiertas. Nuestra amiga y la superiora nos tomaron de la mano, la joven tomó el canasto y salimos del convento. Apenas estuvimos en la calle, empezamos a llorar. Fuimos directamente donde el cura que ya conocíamos; la superiora habló con él, paseándose en el jardín, cuando pitó el tren nos tomaron de la mano y salimos todos corriendo a la estación. Cuando vimos el tren, empezamos a dar verdaderos alaridos y decíamos:

—¡No! ¡No! ¡No!

Pero no sabíamos a qué le decíamos no. Yo me agarré a las piernas del cura y no quería subir al tren, finalmente nos obligaron a subir; cuando vimos que las monjas también viajaban con nosotras nos tranquilizamos un poco. Nos dijeron que le besáramos la mano al señor Cura y el tren partió. Nadie habló durante el viaje; Helena y yo nos apretábamos bien la una contra la otra, yo veía en su cara una angustia terrible, los ojos se le habían agrandado, abría la boca para respirar como si le faltara el aire. La superiora miró el reloj y le dijo a la joven que era la hora de comer, destaparon el canasto; había huevos duros, papas, pedazos de gallina, nosotras solo nos comimos un plátano. Cuando llegamos a Bogotá, tomamos un coche de caballo como el que habíamos tomado con la señora María cuando salimos de la pieza de San Cristóbal. En el coche empezamos a llorar de nuevo, tal vez las dos pensábamos en ella.

El coche se detuvo en una calle angosta, enfrente a una grande puerta que estaba cerrada; por un huequito salía un pedazo de alambre, la

superiora tiró la punta del alambre y oímos sonar una campana. Sentimos ruido de cadenas, llaves, palos, aldabas y finalmente se abrió la puerta.

—Buenos días, hermanitas, la superiora las está esperando; pasen, pasen, por aquí.

Yo no veía nada, todo era de una oscuridad de miedo.

Alta, pálida, casi transparente, manos muy largas, de una dulzura y una bondad extraordinarias, la madre Dolores Castañeda se inclinó y nos preguntó el nombre y el nombre del papá y el nombre de la mamá.

—No sabemos.

—Helenita, usted que es tan bonita y que ya es una niña grandecita, dígame, cuénteme, ¿cómo es tu mamá? ¿Tú te acuerdas cómo se llama...? ¿Y tu papá...?

Las dos nos pusimos a llorar.

—Díganos, madre, ¿ustedes no han logrado saber quiénes fueron los hombres que las abandonaron?

—No.

—¿Ni de dónde venían?

—No. Madre, el señor Cura ha ido a todos los mercados a hablar con los indios, en la misa de los domingos ha pedido a los fieles que si alguien sabe algo se lo comuniquen, pero hasta ahora no hemos podido saber nada. Si las niñas se recordaran de algo, podrían ayudarnos, pero como usted ve, cada vez que uno les pregunta o se ponen a llorar como ahora o se enmudecen. Yo le prometo, madre, que tanto nosotras como el señor Cura seguiremos averiguando y si algo descubrimos se lo comunicaremos inmediatamente.

La madre Dolores Castañeda parecía muy preocupada.

—Madre, sí, yo insisto y le suplico de no agotar esfuerzo, no es exactamente porque nos interese encontrar o saber quiénes son los padres de estas criaturas, lo que a mí me preocupa es no poder saber si han estado bautizadas o no. Si son hijas legítimas o si son hijas del pecado. Ustedes se imaginan que bajo el techo de esta santa casa no podemos tener dos niñas que estén en pecado, nosotras tenemos la obligación ante Dios de salvar sus almas. Yo tendré que consultar con el Obispo

lo que se puede hacer.

Si te puedo repetir con tanta precisión esta conversación es porque la misma, sin cambiar de gravedad, nos la sentimos repetir por años; de vez en cuando volvían a mover el problema, o porque teníamos la visita del Obispo o de la superiora general que venía de Roma, o porque llegaba la Semana Santa o la Navidad. Cada vez que venía alguien importante de la Iglesia, nos sacaban a la sala y nos sometían a las mismas preguntas, con los mismos argumentos: Tenemos que salvar sus almas. Las dos superiores siguieron discutiendo sobre la importancia de salvar nuestras almas. Cuando sonó una campana, nos dijo de besar las manos de la superiora y saludarlas. La vieja y la joven nos hicieron cruces, las dos agacharon la cabeza y salieron sin decir nada. Sentimos de nuevo el ruido de las llaves y de las cadenas; cuando la puerta se abrió entró un rayo de sol en el salón, en el piso se veía la sombra de las dos monjas que se alejaban. La puerta se cerró detrás de ellas y a nosotras nos separó del mundo por casi quince años.

Un abrazote para todos.

EMMA

París, enero de 1970

## Carta número 12

Mi querido Germán:

Tres chapas, dos grandes candados, una cadena y dos gruesas trancas de madera cerraban la primera puerta que nos separaba del resto del mundo. La segunda puerta solo tenía una chapa y un candado; entre la segunda y la tercera estaba el zaguán donde daban las puertas de las salas de visita. Cuando la superiora se aseguró que todas las puertas estaban bien cerradas, nos tomó de la mano y nos llevó por una escalera interior a la capilla. En el centro del gran altar había una grande estatua de la Virgen con el Niño alzado. Nos hizo arrodillar enfrente, y en voz alta, detrás de nosotras, le pidió que nos bendijera, que nos aceptara como hijas y que nos perdonara nuestros pecados. A la salida metió la mano en una pila de agua bendita y nos hizo cruces en la frente. Volvimos a bajar la escalera y por otra puerta chiquita salimos al primer patio, el de María Auxiliadora. En el centro, sobre una columna

blanca, estaba la Virgen, también blanca, con el Niño en brazos, se parecía a la que estaba en la capilla. El patio completo estaba lleno de plantas y flores, los corredores en torno al patio eran de ladrillos muy anchos y con grandes columnas. Una sola persona vivía en ese patio, era la señorita Carmelita. La superiora nos llevó donde ella, le contó toda nuestra historia, cómo nos habían abandonado y de nuevo discutió con ella la profunda preocupación que tenía de no saber si estábamos o no en pecado.

—Usted sabe bien que aquí lo único que exigimos es que toda niña que tomamos debe presentar su fe de bautismo y de estas niñas no saben nada, absolutamente nada. Tenemos que pedir a Dios que nos ilumine y nos ayude a encontrar una solución, una luz, un indicio.

Entre tanto la señorita Carmelita nos miraba de arriba abajo, a través de los gruesos vestidos nos tocaba los brazos, las espaldas, la cintura.

—Pobres, están muy flacas... Se ve que las han alimentado mal, la grande es muy bonita, la chiquita, ¿usted ha visto?, tiene los ojos torcidos.

¿Y qué vamos a hacer con ellas? Son demasiado chiquitas, no han de poder trabajar...

—Ese es otro problema, Carmelita. ¿En qué las vamos a ocupar si son todavía tan chiquitas...? Tal vez podríamos empezar por meterlas a la cocina para que ayuden a la limpieza y a cargar el agua, además en la cocina las pueden cuidar.

Mientras ellas discutían, Helena y yo no quitábamos los ojos de la señorita Carmelita, nunca habíamos visto una persona tan gorda, piensa en la persona más gorda que hayas visto y dóblala por cuatro más.

La superiora nos dejó con ella y desapareció por una puerta del fondo. Nos preguntó si sabíamos cantar; con gran dificultad se levantó de la silla, entre ella y la silla se formó una especie de ventosa de aire que hizo por tres veces pluc, pluc, pluc, nosotras nos toteamos de la risa, ella también se sonrió.

La señorita Carmelita no era monja, se había inventado un hábito negro con cofia y velo también negros y parecía una monja, pero de otra comunidad, el día lo pasaba sentada en una enorme

silla de cuero y era tan gorda que no podía entrar a la capilla y tenía que oír la misa desde afuera de la puerta; el cura salía a la hora de la comunión y le llevaba la hostia donde ella estaba.

Todas las niñas conocían su historia y ella formaba una parte muy importante en nuestra vida; poco a poco te explicaré cómo y por qué. Por ahora te voy a contar su historia: la señorita Carmelita (nadie conocía su apellido) pertenecía a una de las familias más ricas y más distinguidas de Medellín. A los quince años tuvo un novio muy bello y muy rico que la pidió en matrimonio y dio tres años de plazo. Pero puso una condición: que solo se casaría si Carmelita engordaba, parece que era tan flaca que la llamaban alambre.

Los padres la hicieron ver de los mejores médicos de Medellín y Carmelita no engordaba, viajaron con ella a Bogotá, nuevos médicos, nuevos tratamientos y Carmelita no engordaba. Les informaron que en Panamá había un famosísimo médico alemán y se embarcaron con Carmelita y llegaron a Panamá y la vio el médico y prometió que en tres meses la haría engordar, pero, como lo

que tenía era mal de ojo, Carmelita no engordó. De Panamá a Cali, de Cali a Quito, ya faltaban seis meses para vencerse el plazo de los tres años y Carmelita seguía siendo alambre. Desesperados regresaron a Medellín y le ofrecieron una promesa a la Virgen de Chiquinquirá si hacía el milagro de engordarla. Tanto ella como la familia estaban en el colmo de la desesperación. Carmelita estaba cada día más enamorada de su novio y el novio cada día más firme en su decisión, Carmelita engorda o yo no me caso con ella. Exactamente el domingo de ramos, saliendo de la misa se encontraron con Paquita, una vieja amiga de la familia. Paquita les informó que a Pácora había llegado un mago que curaba todo, todo, todo... La esperanza iluminó los ojos de toda la familia, a la mañana siguiente salieron de viaje para Pácora. El mago la miró larga y profundamente a los ojos, le hizo sacar la lengua, le dio tres golpecitos en la espalda y después de largos segundos de silencio declaró que Carmelita tenía dos enfermedades: lombrices y mal de ojo. Para el mal de ojo le dio varias hierbas acompañadas de varias oraciones y

para las lombrices dos grandes botellas de un líquido marrón violáceo.

—Usted va a ver, mi señora, que su niña será gorda en solo treinta días, al momento de la luna llena los malos espíritus le abandonarán. En cuanto a las lombrices, en una semana comenzará a ensuciarlas, examinen las deposiciones de la niña y se convencerán de mis palabras.

Nadie supo si los espíritus malignos habían salido del cuerpo de Carmelita, en cuanto a las lombrices, salían por docenas y Carmelita engordaba y engordaba a una velocidad tal que, cuando vino el novio a visitarla, no la conoció más y, como seguía engordando, él dijo que ya no la quería porque se la habían cambiado por otra. Cuando la familia volvió donde el mago para saber por qué la niña seguía engordando, el mago tuvo que confesar que se había equivocado de botellas; que le había dado las botellas que eran para hacer engordar las vacas flacas. Y así fue como Carmelita abandonó el mundo y se encerró en el convento. Como seguía enamorada de su novio, no podía ser monja, pero regaló toda su

fortuna al convento para que la dejaran vivir allí.

Cuando llegamos al convento, la señorita Carmelita ya estaba muy vieja y cuando en el convento la veían adelgazar, todas las niñas y monjas pasaban el día rezando por ella para que volviera a engordar. Según contaban, desde hacía algunos años había tenido una enfermedad muy grave que se llamaba cinturón, que se manifestaba por una mancha negra alrededor de la cintura y cuando esa mancha se unía, es decir, cuando las dos puntas se encontraban, uno se moría. Por esa razón, la señorita Carmelita pasaba el día comiendo; en la cocina había en permanencia una niña que se ocupaba todo el día exclusivamente de preparar sopas, chocolate, pasteles, compotas, más o menos cada hora había que llevarle algo de comer, para evitar que las dos puntas se encontraran.

Vivía en las dos únicas piezas que daban sobre el patio de la Virgen; en la pieza más pequeña estaba la cama gigante que habían hecho especial para ella; como la de las monjas, estaba rodeada de un toldo de tela blanca. En el mismo cuarto

había un gran platón, una jarra y un balde. En la segunda pieza dos grandes baúles de cuero con clavos dorados. Las niñas contaban que esos baúles estaban llenos de monedas de oro y joyas preciosas; en un ángulo había un grande piano, adoraba la música, ella inventaba la música de todo lo que cantábamos en la capilla y, para el santo de la superiora, inventaba cada año una pieza de música con cantos. A pesar de que sus manos eran dos bolas, a nosotras nos parecía que tocaba divino. Era de muy mal carácter y nos trataba muy mal. Sin moverse nunca de sus dos piezas, sabía primero que las monjas todo lo que pasaba en el convento; ella sabía los nombres y la vida de cada una de nosotras. Todos los problemas, graves o no, la superiora los consultaba con ella. Nosotras solo teníamos derecho a verla, de una en una, los sábados y los domingos en la tarde. Sentada en su silla de cuero con una mesa de ruedas junto a ella; en esa mesa comía, escribía y componía su música. Desde esa silla y esa mesa dirigía en una forma casi mágica el destino de cada una de nosotras. Era igualmente

fanática en sus simpatías como en sus antipatías, pero en línea general nos veía como pobres miserables hormigas. En todos sus gestos se veía el profundo desprecio que le inspirábamos. A las monjas también las dividía en dos clases, las de buena familia y las otras. La única que verdaderamente consideraba a su altura era la madre superiora; entre las dos existía una verdadera y profunda amistad. La superiora, como ella, tocaba el piano y el armonio y ese era ya un punto de unión profunda. Ahora comprenderás por qué la superiora, después de presentarnos a la Virgen, nos presentó a la señorita Carmelita y por qué la superiora necesitaba de su aprobación para descargar su conciencia de haber violado en dos puntos el reglamento del convento, primero la prohibición absoluta de recibir niñas sin la fe de bautismo y, segundo, recibir niñas menores de diez años. Esa no era una casa de huérfanas, era una casa donde tomaban niñas pobres, con o sin familia, para enseñarles a trabajar. La pensión era de diez pesos mensuales, pero en ese punto eran más elásticas. Éramos muchas las que no

podíamos pagar los diez pesos. Pero lo que producíamos con nuestro trabajo era todo para las monjas y te aseguro que producíamos miles de pesos.

Me aburre terriblemente hablarte de la organización, pero tendré que hacerlo poco a poco para que puedas darte una idea real y precisa de nuestra vida. Fue sor María Ramírez que vino a recogernos de donde la señorita Carmelita, que en pocos minutos la puso al corriente de nuestros nombres y de lo que sabían de nuestra vida. Sor María nos llevó al dormitorio del niño Jesús, era el dormitorio de las más pequeñas, la puerta, como todas las puertas de esa casa, estaba con llave. Nuestras camas las habían instalado junto al toldo de la cama de sor María. Nos hizo quitar los vestidos grises que nos habían hecho las otras monjas, abrió un grande armario y empezó a probarnos unos delantales viejos que habían pertenecido a otras; esos delantales eran el uniforme obligatorio, de presnes largos, de mangas también largas, cuello alto, la tela de cuadritos muy chiquitos blancos y azules. Nos hizo quitar las

alpargatas, dijo que todas menos las viejas tenían que estar descalzas, como nosotras estábamos acostumbradas no nos importaba. Dijo que le pidiéramos a ella lo que nos hiciera falta y que a ella debíamos decirle todo lo que nos pasara, pues ella era la que se iba a ocupar de nosotras. Helena dijo que ella no me dejaba dormir sola, que una cama bastaba para las dos, que ella tenía miedo de perderme mientras dormía. Sor María la tranquilizó diciéndole que ella le iba a ayudar a cuidarme.

Salimos del dormitorio que cerró de nuevo con llave y fuimos al segundo patio, este era tres veces más grande que el de la Virgen, pero no había ni una flor, ni árbol, era de ladrillo y, como el primero, con corredores y columnas alrededor y muchas puertas y ventanas, pero las puertas estaban cerradas y los vidrios de las ventanas estaban pintados de blanco y no se veía nada; el silencio era total y no veíamos a nadie, yo le pregunté dónde estaban las otras niñas, dijo que estaban en los salones de trabajo. Helena le preguntó si había muchas niñas.

—Muchas, muchas —dijo sor María.

—¿Muchas? ¿Como cuántas? —dije yo.

—Muchas... Como ciento cincuenta.

—¿Y cuántas son ciento cincuenta?

En ese momento sonó una campana detrás de nosotras, con tal fuerza que las dos saltamos del piso. Al minuto empezaron a abrirse las puertas del segundo piso y empezaron a salir niñas de todas las puertas, bajaban las escaleras en verdadero tropel. Parecía más una manada de vacas; la escalera, todas las escaleras, tenían puertas y estaban en permanencia cerradas con llave, pero las puertas de las escaleras eran de rejas y no subían hasta el techo, de manera que por transparencia uno veía quién estaba del otro lado. Sor María corrió hacia la puerta, tomó de su cintura el grande llavero y les abrió la escalera; casi no alcanza a sacar la llave, en bala se lanzaron afuera, apenas si se pudo recostar contra la pared para evitar que la atropellaran. Helena y yo quedamos perdidas entre un mundo de faldas, piernas, pies descalzos, manos que no se sabía de qué brazo colgaban; los cuadritos azules y blancos

desfilaban frente a nuestros ojos a una velocidad de vértigo, yo gritaba llamando a Helena, una gorda, tal vez la única que me vio, me alzó y me recostó contra una columna, tal vez para que no me espicharan. Cuando la avalancha pasó, Helena y yo estábamos cada una a un extremo del patio. Instintivamente corrimos la una hacia la otra y nos abrazamos llorando.

—Emma, mi nenecita —gritaba Helena—, nunca más te voy a dejar de la mano, si nos perdemos entre todas esas niñas, ¿qué vamos a hacer...?

—Si se pierden, yo las voy a encontrar —dijo sor María, que ya había cerrado de nuevo la escalera.

Las niñas habían desaparecido todas por otra puerta que había en el fondo, se sentía que gritaban; sor María dijo que fuéramos donde ellas, nosotras temblábamos de miedo.

—No se asusten, que no las voy a dejar solas.

A la entrada del tercer patio, de cada lado de la puerta, había dos monjas, una era sor Teresa Carvajal, la coja que se ocupaba de la cocina. La

otra era sor Inés Zorrilla la que dirigía la lavandería. Con ellas, dos niñas ya grandes, cada una con un grande canasto; en uno había pedazos de panela cortados, casi igualitos y en el otro mogollas negras. A cada niña que pasaba le daban un pedazo de panela y una mogolla. Sor María les dijo nuestros nombres, las niñas ya parecían más tranquilas, estaban divididas en grupos, comiendo cada una su panela y su mogolla. Con una sola mano teníamos la mogolla y la panela y con la otra nos teníamos fuertemente; comíamos mirando fijamente hacia el patio para ver lo que hacían las otras; unas hablaban, otras se paseaban, las más chicas corrían. Ese tercer patio era tan grande como el segundo, pero el piso era de piedras y una parte del patio estaba cubierta para refugiarnos cuando llovía a las horas del recreo. La campana volvió a sonar, Helena reaccionó como un resorte, me tiró del brazo y se metió conmigo detrás de la puerta, de miedo a que nos volvieran a pasar por encima. Sor María vino a sacarnos de allí y nos dijo que teníamos que ir a hacer la fila. Las filas se hacían de acuerdo a la estatura, cada fila era de

a dos. No tuvieron que medirnos, éramos las más chiquitas, nos paramos de primeras en la primera fila.

Los primeros días sufrimos mucho, todo era extraño para nosotras, todo lo que decían las monjas era incomprendible para nosotras; las niñas nos daban miedo y no hablábamos con ninguna. Ellas tampoco se acercaban a nosotras, cuando alguien tenía que decirnos o enseñarnos algo llamándonos por nuestros nombres, nos decían las «Nuevas». A las horas de recreo todas jugaban a muchos juegos diversos; nosotras no sabíamos jugar a nada. En la capilla las otras rezaban y cantaban y nosotras no sabíamos qué era eso ni para qué lo hacían, las monjas hablaban del pecado, el Diablo, el cielo, el infierno, salvar nuestras almas, ganar indulgencias, arrepentirnos de nuestros pecados, agradecer a la Virgen de la gracia que nos hacía de tenernos en su casa. Todo eso no tenía ningún significado para nosotras y fue en esos días que aprendimos lo que era la profunda soledad y el abandono de todo afecto. Hacíamos esfuerzos terribles por entender lo que

en lenguaje moderno llaman la perfecta incomunicación.

Las monjas parecían seriamente preocupadas. Nosotras teníamos miedo que nos abandonaran por estar en pecado. ¿Qué será el pecado...? Y el Diablo que se lleva las niñas en pecado, ¿quién será ese Diablo?

Un abrazote y besos para toda la familia.

EMMA

## Carta número 13

Mi querido Germán:

Nosotras veníamos de un mundo tan lejano al del convento, que nuestra adaptación fue muy lenta y difícil. Obedecíamos, escuchábamos, pero comprendíamos muy poco de todo lo que pasaba alrededor nuestro. Esa falta de adaptación y comprensión nos impedía comunicar con las compañeras, que nos inspiraban más miedo que amor. Nosotras teníamos todo que aprender y ellas aprovechaban nuestra ignorancia para ser crueles con nosotras. Nadie nos decía por nuestro nombre, todas se dirigían a nosotras llamándonos las «Nuevas». «Que las Nuevas laven los platos, que las Nuevas rompieron, que las Nuevas robaron»... Eso sin contar las que al pasar junto a nosotras nos pisaban los pies, nos pellizcaban, nos tiraban del pelo o simplemente nos sacaban la lengua. Hacía ya muchos días que habíamos llegado y un día, a la hora del recreo, sor Teresa mandó a Helena a barrer la panadería y a ayudar a recoger un saco

de harina que se había roto. Yo estaba sola, muy cerca, parada contra el muro esperándola. Había un grupo en el que, todas cogidas de la mano, jugaban a la rueda. Yo no sé cómo me encontré de pronto en medio de la rueda que empezó a cerrarse, cerrarse contra mí, al tiempo que todas me gritaban:

—¡China cochina, cagada, cagada, cochina!...

La rueda se cerró y me tiraron al suelo y me quitaron mi único pedazo de calzón que poseía. Claro que estaba sucio, era todavía el calzón que me había puesto la señora María cuando salimos de Fusagasugá. Una muy gorda y bizca, como yo, ensartó mi calzón en un palo de escoba y, marchando adelante con la escoba en alto, hicieron una larga fila que desfiló por todos los patios mientras gritaban en coro:

—Los calzones cagados de la Nueva chiquita, los calzones cagados de la Nueva chiqui...

Helena alcanzó a sentir la última frase y salió como una loca, corriendo y llamándome, yo estaba escondida en uno de los inodoros temblando del miedo. Por suerte sonó la campana y terminó el

recreo. Sor Teresa preguntó qué era ese trapo en la escoba y en coro le contestaron:

—Los calzones cagados de la Nueva.

Sor Teresa se puso furiosa porque era falta de modestia dejar una niña sin calzones. El mismo día le ordenaron a sor María que me hiciera dos pares de calzones.

El reglamento era muy duro, cada hora del día estaba destinada a una acción fija, determinante, invariable. A las cinco y media de la mañana tocaban la campana para levantarnos; sentadas en la cama nuestra primera acción era la de ofrecerle a Dios y a la Virgen María todas y cada una de nuestras acciones del día que comenzábamos, para que ellos, con su infinita misericordia, nos perdonaran nuestros pecados, nos librasen de morir en pecado mortal y nos dieran la luz y la fuerza de marchar solo por el camino del bien, para ser dignas de entrar con ellos al Reino de los Cielos. ¡Dios!... Cuántas y cuántas palabras que para nosotras no tenían ningún sentido. Helena y yo nos mirábamos, encogíamos los hombros y nos reíamos.

Para vestirnos, tender la cama, hacer la toilette y, lo que era más difícil, hacer pipí, porque solo teníamos media hora. Hacer pipí era todo un tour de force. Cuando nos abrían las puertas de los dormitorios, salíamos como verdaderos potrancos, a toda velocidad para llegar de primeras a los cinco únicos inodoros que había. Nadie respetaba a nadie, en las escaleras se tiraban las unas sobre las otras para ganar la delantera. Naturalmente las que llegaban de últimas no alcanzaban a hacer la toilette; la media hora la pasaban en la cola, era casi cómico verlas saltando en un solo pie, en pata de gallo, como decíamos, para contener las ganas mientras les llegaba el turno. Naturalmente yo, con todo y el miedo que les tenía, no podía esperar y terminaba haciendo pipí en el piso delante a todas, que me trataban de sucia, cochina... india salvaje. La palabra india era considerada palabra de insulto.

A las seis daban un solo toque de campana para hacer la fila para entrar a la capilla. Entrábamos de dos en dos y, al pasar enfrente al altar en medio de la capilla, teníamos que hacer la genuflexión,

tocando el piso con la rodilla derecha, al tiempo que hacíamos la señal de la cruz. Parada como un soldado detrás de nosotras, estaba siempre sor Teresa, la más furiosa, cruel e inhumana de todas las monjas. Ella era la directora de la lavandería, de la ropería, enfermera y vigilante de filas y, como tal, debía ocuparse de nuestro aspecto personal. Ella controlaba si nos habíamos peinado, si teníamos los pies limpios (todas, con excepción de alguna vieja, vivíamos descalzas) y si el delantal de ir a la misa no estaba sucio, roto o mal aplanchado. Controlaba también si la genuflexión estaba bien hecha, si alguna no doblaba la rodilla hasta tocar el piso la levantaba de las trenzas y la hacía repetir la genuflexión tres y cuatro veces. En la capilla, como en el refectorio, los puestos eran fijos, las chicas éramos las más próximas al altar. Las monjas tenían cada una un reclinatorio y un asiento que instalaban estratégicamente en los pasajes de entrada, de manera que podían controlar todos nuestros movimientos y gestos.

Las oraciones que rezábamos eran todas en latín, que las aprendíamos de memoria sin que

nadie nos hubiera explicado nunca el significado de lo que decíamos, lo importante era recitarlas con devoción y en el tono fuerte o dulce suplicante o dramático que ellas nos habían enseñado.

Todos los días sin excepción venía un padre para decir la misa, regularmente era el mismo. Cuando llegamos, el capellán era el padre Bacaus, así lo pronunciábamos nosotras, pero era alemán. Largo y flaco como un clavo, siempre sucio y mal peinado, de su cuerpo salía un fuerte olor de tintura de yodo, Mentholatum revuelto al olor del incienso y la cera quemada. Ese era el único hombre y la única persona venida del mundo que teníamos el derecho a ver. El padre Bacaus decía la misa a una velocidad de huracán, corría tanto de un lado al otro del altar, que cuando se volteaba para el dominus bobiscum o para dar la bendición, las chiquitas que estábamos junto del altar sentíamos el viento que provocaban la casulla y el alba cuando volaban en el aire. No solamente decía la misa a gran velocidad, sino que era tan brutal que no había día que no tumbara o un florero o un candelabro o el misal, que caía del atril, o las

vinagreras que se volteaban sobre el altar. La suela de uno de sus zapatos estaba siempre desprendida y, sin excepción, se enredaba en la alfombra cada vez que entraba; con las dos manos teniendo el copón lo veíamos inclinarse hacia delante, casi hasta tocar el suelo, pero siempre al último momento lograba enderezarse y recuperar el equilibrio, naturalmente nosotras nos moríamos de la risa. Él sí hacía las genuflexiones tocando el piso con la rodilla, con tal violencia que el altar y las aureolas de los santos quedaban temblando por varios segundos. Las monjas habían pedido muchas veces que lo cambiaran, pero les respondían que había escasez de curas.

Los domingos nos explicaba el Evangelio en alemán españolizado, hablaba tan rápido como se movía.

Después de la misa daba la bendición con el Santísimo; cuando usaba el incensario casi lo mandaba hasta el techo, nosotras cerrábamos los ojos y bajábamos la cabeza esperando el golpe.

Durante la bendición, las niñas que pertenecían al coro se levantaban y se paraban alrededor del

armonio que tocaba la directora, sor Dolores. Los cantos también eran en latín, ese era el momento que más me gustaba y no podía controlarme de mirar para atrás para ver cómo cantaban. Naturalmente sor Teresa me llenaba los brazos de pellizcos. Como era la más chica, mi puesto era junto a ella para que me enseñara todo lo que tenía que hacer.

Cuando sonaba el órgano no podía contener las lágrimas que rodaban por mis mejillas y caían sobre mis manos que debía tener enlazadas sobre el banco. Ese armonio me recordaba siempre la pianola del teatro de Fusagasugá y me parecía que esa época era más feliz porque era libre y hacía lo que quería, el convento me parecía terriblemente triste y las compañeras no me interesaban para nada.

Salíamos de la capilla a las siete, cambiábamos los delantales de la misa por los de trabajo y hacíamos la fila para entrar al refectorio. De desayuno nos daban una taza de agua de panela, que regularmente estaba fría y una mogolla negra para cada una. La que iba terminando iba saliendo

para empezar los oficios, es decir, la limpieza de la casa.

El primero de cada mes leían la lista de los oficios para todo el mes. Las que se habían portado bien durante todo el mes las premiaban dándoles los oficios más fáciles: barrer un corredor o una de las cuatro escaleras, limpiar las barandas, los vidrios, barrer el salón de bordados o barrer los dormitorios. A las grandes bordadoras también les designaban oficios fáciles para que no se dañaran las manos. El oficio que era el premio máximo era el de la sacristía y la capilla, a ese puesto solo llegaban las más grandes y a condición de una conducta impecable. Los oficios de castigo eran la cocina, lavar las enormes ollas de la comida, lavar los tarros de la basura, lavar de rodillas los patios y corredores, pero el peor de todos, que era reservado a las más indisciplinadas, era lavar los inodoros. Como te decía había solo cinco para casi doscientas personas que además solo podían usarlos a las mismas horas, ese espectáculo no te lo puedo describir. Los cuartos eran muy pequeños, sin agua corriente, eran huecos

en el piso, el piso de cemento sobre el hueco, pegado al cemento unos cajones cuadrados con un hueco redondo en el centro. La mayor parte de las niñas venían de los campos y se portaban como se portaban en los campos. Las monjas, seguramente por pudor, no hacían nada para educarnos en ese sentido, así que, además de los excrementos, había pilas de trapos de todos los colores. Te aseguro que es lo más asqueroso que he visto en mi vida. Y cada día naturalmente había que recoger todos esos trapos y porquerías y lavar a grandes aguas y escoba y hacer rodar toda la porquería hasta el sifón del patio próximo, luego preparar tarros de agua caliente con creolina adentro para desinfectar los cuartos y el patio. Los oficios de la casa, a excepción de los inodoros, tenían que ser terminados al toque de las ocho, que era la hora de entrar a los talleres de trabajo. Los talleres eran cuatro, el más importante y el que producía más dinero al convento era el taller de bordados a mano. El segundo, de corte, modas y costura en máquina, también estaba, como el de bordados, en el segundo piso. En la planta baja, distribuidos en

patios diversos, estaban el salón de ropería, zurcidos y tejidos y en el cuarto patio, junto al solar, la lavandería y la planchería.

Nuestras vidas estaban dirigidas a dos únicos fines que marchaban al mismo tiempo: trabajar al máximo para ganar lo que nos comíamos y, según las monjas, salvar nuestras almas, protegiéndonos de los pecados del mundo, pero el precio que pagábamos por salvar nuestras almas representaba para nosotras diez horas de trabajo por día. No importaba ni la edad, ni las capacidades, para todas había siempre un trabajo. Nosotras no veíamos nunca a las personas que llevaban los trabajos, eran las monjas las que hablaban con ellas. De nombre conocíamos algunas clientas, porque las monjas nos hablaban de ellas para decir que eran muy exigentes y que examinaban en detalle cada trabajo. Había una señora Sierra que comisionaba sábanas y manteles bordados, pero las mejores clientas eran unas señoras que llamaban las turcas; ellas llevaban piezas y piezas de los más bellos linos para que les hiciéramos manteles y sábanas. Los trabajos de las turcas eran

los más importantes, ellas mismas llevaban los dibujos que siempre eran complicadísimos; de los manteles no quedaba un centímetro de lino que no fuera trabajado. También encargaban ropa interior de seda y camisas de noche bordadas hasta los pies. Para los matrimonios elegantes de Bogotá, Cali y Medellín, nos encargaban los ajuares completos, igual para los grandes bautismos. De las iglesias y otros conventos comisionaban casullas, capas, albas, roquetes, manteles para los altares. Una de las especialidades del convento era los brocados en oro. En el bordado en oro, no solamente es muy difícil y delicado el manejo de los hilos y canutillos, sino que muy pocas tenían las manos buenas... Es decir, que a muchas se les volvía el oro negro en las manos. Las monjas llamaban a eso malos humores; la que tenía malos humores no podía tocar el oro, aunque supiera manejarlo, porque perdía todo el brillo. El ejército nos enviaba mucho trabajo de banderas y escudos para las fiestas y desfiles, cada regimiento necesitaba una bandera con el nombre del batallón bordado en oro y sus insignias correspondientes.

Las asociaciones católicas de San Vicente, San Antonio, Carmelitas, Hijas del Corazón de Jesús, Hijas del Corazón de María, etc., etc., todas encargaban estandartes para las procesiones. De la Casa Presidencial también teníamos trabajos.

Para ti, querido Germán, todo esto te puede parecer muy claro, pero para nosotras, que nunca vimos ni la punta de la nariz de las personas que llevaban los trabajos y que ignorábamos todo de todo, esa mezcla de trabajos, las personas turcas, los oficiales de infantería, las Hijas del Corazón de María, la banda para el Presidente de la República, la mitra para el Obispo, los pijamas bordados de los señores diplomáticos, todo ese palabrerío unido a las oraciones en latín y la frase permanente como una música de fondo «en el mundo», «para el mundo», «viene del mundo», porque todo lo que pasaba en el convento no pasaba en el mundo... No. Todo era en el mundo menos nosotras... No teníamos derecho a pedir explicaciones de nada, lo del mundo era pecado y punto; por eso en nuestras oraciones, tanto a la hora de empezar a trabajar como a la noche,

siempre decíamos unas cuantas avemarías por nuestros clientes pecadores que nos beneficiaban con sus trabajos para que nosotras pudiéramos comer y salvar nuestras almas.

Naturalmente esa insistencia sobre el mismo tema había terminado por convencernos de que éramos los seres más afortunados y felices. Por esa razón nunca se nos ocurrió ni protestar, ni reclamar justicia. Nuestras vidas no tenían porvenir y nuestra sola ambición era la de pasar del convento derecho al Cielo sin tocar el mundo. En el Cielo nos esperaban, con los brazos abiertos y cánticos celestes, los santos, ángeles, arcángeles y querubines, que entre nubes nos conducirían para la eternidad al reino de Dios y de la Virgen María.

Nuestro único enemigo era el Diablo. Del Diablo sabíamos todo, sabíamos más del Diablo que de Dios. Conocíamos todos sus trucos, todos los medios de los cuales se servía para hacernos caer en el pecado. El Infierno también lo conocíamos hasta su último rincón. Teníamos la impresión de que podríamos recorrerlo con los ojos cerrados, conocíamos cómo eran las pailas de

aceite hirviendo donde el Diablo metía los pecadores desnudos y luego los sacaba y les quitaba la piel a pedacitos. Tenía enormes tenedores de hierro con los cuales movía las almas en los pozos de fuego, como si fueran pedazos de carne dentro de una olla. Poseía millones de cadenas con que lo amarraba a uno para arrastrarlo por caminos y montañas que estaban sembrados de pedazos de vidrio y espinas. El Diablo era grande, muy ágil, podía dar saltos de varios metros, estaba siempre vestido de rojo o de un verde fosforescente, su pelo estaba siempre de punta hacia arriba y tenía además cuernos como los toros, sus ojos eran amarillos y lanzaban llamas, las uñas eran larguísimas y verdes, los dientes largos como los de los burros y cuando abría la boca salían olores terribles de azufre. El Infierno era lleno de cavernas oscuras donde tenía encerrados animales terribles que nosotras no conocíamos pero que se llamaban leones, serpientes, caimanes y muchos otros, grandes y chiquitos, pero todos terribles. Si uno había pecado con los ojos, el Diablo le sacaba a uno los

ojos con unas agujas calientes y, si había pecado con la boca, él le cortaba a uno la lengua en pedacitos. Nada ignorábamos del Diablo, además no nos lo dejaban olvidar... Si tirábamos las hebras de hilo nos decían que el Diablo las iba a recoger para torturarnos con ellas en el Infierno, igual si botábamos algo de comer. Si no nos confesábamos y si comulgábamos en pecado, nuestro cuerpo se llenaría de llagas inmundas donde el Diablo depositaría gusanos verdes, rojos y amarillos que nos devorarían.

La hermana Dolores Castañeda era la superiora. Alta, muy fina, de piel blanca, casi transparente, unas manos divinas que tenía siempre entrelazadas sobre el pecho apretando el Cristo que pendía de su cuello con una cadena, era ella la que tocaba el armonio en la capilla. Nunca nos pegó, nunca nos gritó, nunca nos humilló, en sus labios había siempre una sonrisa angelical llena de bondad. Nosotras la adorábamos. Esa angelical criatura nos daba cada noche (antes de entrar a la capilla para las últimas oraciones de la noche) una especie de charla o conferencia, nosotras la

Llamábamos «las buenas noches de la directora».

Muy derecha, con un paso elegante y su eterna sonrisa, salía de su cuarto hacia el corredor donde, en filas de a seis, la esperábamos cada noche. «Buenas noches, hermana superiora», gritábamos todas en coro; ella levantaba su blanca y lindísima mano y nos daba la bendición. Esperaba que estuviéramos en silencio perfecto y empezaba su conferencia. Si durante el día alguna o algunas habían cometido una falta grave, hablaba sobre eso, recriminándolas al tiempo que nos aconsejaba y nos dirigía con una bondad extraordinaria. Si al día siguiente era la fiesta de un santo importante, San José, San Antonio, o San Ignacio, o San Juan Bosco, entonces nos hablaba de esos santos y nos contaba anécdotas de sus vidas. Si era el mes de María nos hablaba de la Virgen; si se acercaba la Navidad, nos hablaba de cómo había nacido el niño Jesús; si era la Semana Santa, de la pasión de Cristo. Pero cuando no pasaba nada, que era la mayor parte del año, entonces nos hablaba de su tema preferido: el Diablo.

¡Qué prodigio de imaginación! Por veinte

minutos cada vez, nos hablaba de él sin jamás repetirse; siempre encontraba nuevos ejemplos, nuevas formas y colores para explicarnos cómo era el Infierno. Cada vez nos descubría más y más medios de tortura, los unos peores que los otros. Sin duda el Diablo era su personaje y su rol predilecto. Sus capacidades de gran actriz dramática llegaban a lo sublime en su rol de Diablo; su boca se torcía en mil direcciones para imitar los rugidos y bramidos más macabros; sus ojos, dulces habitualmente, saltaban de sus órbitas y giraban en todas las direcciones; su voz tomaba todos los matices, las pausas eran largas, sus lindas manos se transformaban en atroces instrumentos de tortura y nosotras la escuchábamos sin parpadear y casi sin respirar, con el corazón que nos saltaba de espanto. Recuerdo que una noche, durante una de sus más famosas descripciones del Diablo y su Infierno, justo al momento más macabro del relato, los dos gatos que siempre tenían encerrados en la panadería se habían escapado y, a gran velocidad, el uno persiguiendo al otro, pasaron como locos por entre

nuestras piernas. Naturalmente nadie vio los gatos ni pensó en ellos, todas pensamos en el Diablo y se produjo el pánico; en avalancha nos tiramos todas sobre la superiora, que cayó por tierra, sin velo, ni Cristo, con las mangas en pedazos porque cada una le había arrancado un pedazo de algo para defenderse del Diablo. Ella era para nosotras la santidad y la única forma de salvarnos era tomando un pedazo de ella, todo eso entre alaridos, gritos y pedazos de oraciones diversas. Cuando las otras monjas vinieron a salvarla de abajo de nuestras piernas, la pobre estaba más muerta que viva. Durante tres días no la vimos más.

Y no me regañes, porque si tú crees que basta tener las ideas, yo te digo que si uno no sabe cómo escribirlas para que sean comprensibles es igual que si uno no tuviera ideas. Mi cabeza es como un cuarto lleno de trastos viejos donde no se sabe más lo que hay ni en qué estado. Si no tuviera en vista el premio de ir con sus mercedes a Rusia, te juro que no seguiría. Pero no se ponga triste, porque de la gente triste también se aprovecha el

Diablo.

Besos para las Gabrieluchas y un abrazote,

EMMA

París, 28/2/70

## Carta número 14

Mi querido Germán:

Cada taller de trabajo estaba dirigido por una monja especializada en la materia. Sor Carmelita, la única santa que he conocido, era la que dirigía el taller de bordados. Tenía manos de ángel, todo lo que ella hacía era perfecto. No había un problema que ella no pudiera solucionar, era ella quien inventaba los dibujos y los calcaba sobre las telas. Nosotras recibíamos las costuras ya listas para empezar el bordado; inventaba monogramas para sábanas, pañuelos, pijamas de una belleza y una elegancia extraordinarios. Si alguna cometía un error al bordar o rompía las costuras, lo que pasaba muchas veces, era ella quien las arreglaba. Conocía más de trescientas puntadas diversas que aplicaba a su gusto según las formas del dibujo y las calidades de las telas. Con la costura recibíamos el dibujo correspondiente y, como no sabíamos leer, en cada forma nos dibujaba en azul la forma de la puntada que quería que hiciéramos.

Muchos años más tarde yo la reemplacé en casi todas sus funciones, porque la pobre estaba ya casi ciega. El taller de corte y modistería lo dirigía sor Trinidad, una antioqueña fuerte como un toro y de una dureza y desprecio que era casi inhumana. Era ella la que más nos maltrataba porque éramos hijas de la calle, porque éramos pobres, porque éramos estúpidas y seres despreciables dignos de lástima. Pero era una modista extraordinaria y claro que, como todas, tenía sus preferencias.

Sor Teresa, la más vulgar, ordinaria, con alma de verdugo, dirigía la ropería y la lavandería. El trabajo de la lavandería era gigantesco, después de los bordados era lo que producía más dinero. Cada semana llegaban ciento cincuenta sacos de ropa para lavar, aplanchar y remendar. Había mucha ropa delicada de iglesia o manteles que había que almidonar y aplanchar a la perfección. Sor Teresa dirigía todo lo referente a la ropa, pero en la sala de plancha estaba sor María Ramírez, la monja que yo más amé y que era la responsable del salón. Las planchas, que eran a carbón, las había de todos los tamaños, algunas pesadísimas y

grandes, otras tan chicas que parecían de juguete. Sobre una mesa de cemento había en permanencia más de veinte planchas, todas calientes, listas para ser empleadas.

En el segundo patio estaba el taller de tejidos, zurcidos y remiendos; era sor Inés la directora, la pobre, nunca la tomamos en serio, la considerábamos igual a nosotras y nadie le obedecía; las mismas monjas tampoco la respetaban, parece que venía de una familia muy humilde de Boyacá y entre las monjas las diferencias de clases sociales eran terriblemente marcadas.

Sor Honorina era nuestra diversión. Italiana, hablaba malísimo el español, bastante vieja, pero de una agilidad y nerviosidad que parecía un trompo, siempre estaba agitada, era de mal carácter pero llena de bondad y una calidad humana extraordinarias. Lo primero que nos hacía reír de ella era su nombre, Honorina, luego su idioma y su bufonería, había algo en ella de payaso napolitano. Ella dirigía la cocina y la panadería. Quince niñas estaban en permanencia

bajo sus órdenes. Ella era la única que salía al mundo para hacer el mercado, acompañada de dos viejas que hacía treinta años estaban en el convento y que todos los treinta años los habían pasado en la cocina. Ellas no eran consideradas como nosotras, no seguían el reglamento ni participaban en nada, tenían una pieza para ellas solas, encima de la panadería. Nunca hablaban con las niñas.

Tú comprendes que, en esa variedad infinita de trabajos, las monjas siempre terminaban encontrando en cada una de nosotras la forma de podernos emplear. Por estúpido que uno fuera, siempre servía para algo, aunque solo fuera para soplar las planchas, desenredar hilos, descoser, enhebrar agujas, torcer ropa, separar la ropa sucia. Recuerdo una chica de edad indefinida, medio mongólica, que pasó diez años en el convento haciendo por diez horas al día bolas de jabón; para lavar la ropa empleaban un jabón negro que se llamaba de tierra y otro amarillo que se llamaba de pino. Había que mezclar los dos y hacer bolas del tamaño de la mano.

El primer oficio que me dieron fue el de barrer con una escoba chiquita las montañas de espuma de jabón que se formaban en los sifones de la lavandería y que impedían salir el agua. Por varios meses pasé diez horas al día pasando de un sifón al otro sin el derecho de sentarme un momento. En la lavandería empleaban de una parte las más fuertes físicamente y de otra las más retrasadas mentalmente. Mi segundo trabajo, que representaba ya subir de categoría, era en el salón de bordados, pasaba el día enhebrándoles las agujas a las bordadoras. Solo me decían diez, seis, ocho, tres de hilvanar, de gusanillo, de alma, de caminos, cada palabra de esas representaba una clase determinada de hilo. Ese trabajo me encantaba. Pasaba el tiempo sentada en un asiento chiquito, enfrente a una larga mesa donde estaban impecablemente arreglados todos los hilos y en una almohadilla azul mil agujas de gruesos diversos, para cada hilo correspondía una aguja o más gruesa o más delgada. Cuando me picaba los dedos con las agujas y me salía la sangre, sor Carmelita me decía que por el hueco se me iba a

salir el alma, lo que producía un miedo terrible. La carrera de bordadora empezaba por aprender a sacar la aguja. Las costuras delicadas en olanes de cristal y especialmente las de raso o muaré, que eran bordadas en hilos de oro o plata, no se podían enrollar en los bastidores porque se chafaban; había que templarlas a su tamaño natural. Naturalmente los ojos y los brazos de las bordadoras no alcanzaban a más de cuarenta centímetros del borde. Para hacer el centro tenían que ponerse de pie y servirse de otra niña que era la que sacaba la aguja. Debajo del bastidor instalaban unos cajones y la que sacaba la aguja se acostaba completamente horizontal, con la cabeza exactamente debajo del pedazo a bordar y en esa posición recibía la aguja y esperaba que la bordadora le indicara por medio de un hueco, hecho con una aguja más gruesa, el lugar exacto donde uno tenía que devolverle la aguja; era un trabajo terriblemente fatigoso y que exigía una atención permanente. Cuando uno salía de debajo, después de cuatro o cinco horas de trabajo, salía caminando como los borrachos de las cantinas.

Ese fue mi tercer trabajo. Por mala suerte para mí, llegué a tal habilidad que no necesitaban picarme para devolver la aguja, había aprendido a bordar al revés lo que representaba un avance fabuloso en el trabajo y por varios años no logré que me cambiaran de oficio, naturalmente eso contribuyó terriblemente a que mis ojos, ya bizcos desde chiquita, se me volvieran peores. Ya nadie podía saber para qué lado estaba mirando.

Después de varias discusiones, las monjas decidieron poner remedio a mi bizquera y decidieron ponerme anteojos. Anteojos hechos por ellas, naturalmente. Fue la directora misma que me los hizo; eran muy simples, dos cuadrados de cartón negro, bastante fuertes, amarrados con alambres, en el puro centro de cada cartón había un único hueco hecho con una aguja. Si yo quería ver, tenía que mirar por el hueco, si no, no veía nada.

Maravilloso remedio; yo estaba feliz, porque me sentía diversa a las otras, cuatro años soporté sobre mi nariz esos cartones, pero no creo que ningún oculista en el mundo me hubiera curado

mejor.

Durante las horas de trabajo estaba estrictamente prohibido hablar. Solo podíamos preguntar en voz muy baja lo referente al trabajo. En cada bastidor o costura importante había una niña que era la responsable de la costura y que dirigía a sus ayudantes.

Lo único que nos era permitido era rezar en voz alta. Cualquiera podía encabezar un rosario o unos réquiem por las almas del purgatorio o una hora santa. Y como siempre estábamos llenas de deudas, tratábamos de rezar lo más que podíamos durante el trabajo. En este sentido, la señorita Carmelita tenía el rol más importante en nuestra vida. Como ninguna de nosotras tenía dinero, todos los regalos que hacíamos, que eran muchos, los hacíamos en ramilletes espirituales.

Para el santo de la directora, un ramillete. Para el santo del capellán otro ramillete... Para enviarle al Papa a Roma el día de San Pedro un ramillete; para el santo de la monja con la que trabajábamos, a la Virgen en el mes de María, al niño Jesús en Navidad, a San Juan Bosco nuestro patrón, a la

madre Carolina Mioletti, directora general de la comunidad; al Obispo el día de su fiesta, a nuestras amigas el día de su santo... Es decir, casi no pasaba un mes que no tuviéramos que regalar un ramillete. Entre nosotras no creo que había más de diez niñas que supieran escribir, el resto éramos analfabetas. Y era justamente la señorita Carmelita la única persona que podía ayudarnos. Como no tenía obligaciones con el convento, disponía de todo su tiempo. No sé cuándo le nació esa vocación, el hecho es que ella era la secretaria y contabilista de todas nosotras.

Cuando teníamos que hacer un regalo, a la hora del recreo íbamos donde ella de una a una en orden alfabético. Ella no aceptaba que fuéramos dos al mismo tiempo. Junto a ella, sobre una mesa, estaban en permanencia los grandes libros de la contabilidad y en una caja de lata tenía ya listos los papeles en varios colores donde nos escribía los ramilletes o las cartas a los santos o al niño Jesús en la Navidad. La fórmula de los ramilletes era la siguiente:

Yo, Emma Reyes,

Ofrezco con mucho cariño y respeto a la hermana superiora (o a la persona que fuera) el siguiente ramillete espiritual con motivo de su santo:

- MISAS (Aquí en números la cantidad)
- COMUNIONES 50
- HORAS DE SILENCIO 20
- ROSARIOS 20
- RÉQUIEM POR SUS PARIENTES MUERTOS 100
- MORTIFICACIONES 25
- ACTOS DE HUMILDAD 25

Los ramilletes de Navidad para el niño Jesús eran diversos, porque teníamos que hacerle la ropa para que no llegara desnudo al mundo, eso estaba redactado así:

Yo, Emma Reyes,

Ofrezco al niño Jesús para su nacimiento las siguientes cosas:

- Seis camisitas de lana a pagar con 6 misas.
- Una docena de pañales a pagar con 12

comuniones.

- Un gorrito para la cabeza en lana azul (nosotras éramos libres de escoger la cantidad, el material y las diferentes prendas)

- El gorro de lana azul a pagar con 10 horas de silencio.

- Dos pares de patines con borlitas rosadas y azules a pagar con 20 actos de humildad...

Y así seguíamos hasta hacerle el ajuar completo.

Cada ramillete era firmado «su humilde» o «su indigna hija, Emma Reyes».

Terminado el ramillete, lo doblaba en cuatro y nos lo daba para que nosotras lo diéramos a la persona interesada. Luego tomaba uno de los grandes libros donde estaba nuestro nombre y anotaba las cantidades, hacía las sumas y nos preguntaba cuánto le llevábamos para pagar.

—Pues he pagado diez misas.

—¿Diez misas? Pero no es posible, usted debe ya trescientas misas, a ese paso no va a terminar de pagar nunca. ¿Y qué más?

—Pues quince rosarios.

—Bien.

—Y cien réquiem... Y nada más.

—¿Cómo nada más?

—Y las horas de silencio y los actos de humildad...

Y ahí empezaban las discusiones más terribles. Nos insultaba, nos trataba de deshonestas ladronas; no pagarle a Dios lo que le debíamos era el robo más atroz que podíamos cometer.

—Si la próxima vez usted no me paga lo que me debe —ya no era a Dios sino a ella—, yo no me ocupo más de sus cuentas.

Pero no solo olvidaba la próxima vez, sino que al momento de hacer el ramillete era ella que nos forzaba a dar más, tratándonos de avaras, impías, egoístas; los calificativos no le faltaban.

Había una chica del Tolima que hacía veintidós años estaba en el convento y debía tanto que la señorita Carmelita tenía un libro solo para ella. Era el santo de la directora y ella fue donde ella para que le hiciera el ramillete. La señorita Carmelita se puso furiosa y le dijo que no se le volviera a presentar, que era una deshonestas,

mentirosa, ladrona de Dios y que la iba a acusar con la hermana superiora. Pobre Consuelo, era una buena chica que cantaba muy lindo y que las chiquitas especialmente la queríamos mucho, porque era muy maternal con nosotras. La pobre lloraba todo el día, así que decidimos que, por una semana, todas íbamos a ofrecer nuestras misas, comuniones, rosarios, horas de silencio, todo para pagar por Consuelo. Había una chiquita de doce o trece años que la adoraba. Todos los recreos estaba pegada a ella. Se llamaba Inés Peña.

Un día estalló el escándalo; las compañeras de banco la acusaron ante la superiora de que hacía una semana la veían levantarse dos veces a la hora de la comunión para ir a recibir la hostia. La pobre lo había hecho para ayudarle a su amiga a pagar las miles de comuniones que debía. Las monjas gritaron: «¡Sacrilégio, sacrilégio!». La privaron de comunicación y la encerraron en una pieza oscurísima que quedaba debajo de una escalera. De esa pieza contaban que hacía muchos años una mano peluda había hecho desaparecer a una niña que estaba en pecado mortal.

Inés duró más de diez días encerrada, hasta que vino el Obispo acompañado del padre Bacaus. Con un incensario y una grande cruz en la mano, el Obispo y el capellán, seguidos de las monjas, la llamaron por tres veces, a nosotras nos encerraron en el patio de atrás, pero sor María nos contó toda la ceremonia. El Obispo la llamó por tres veces y en nombre de Dios le gritó de acostarse por tierra. La puerta seguía cerrada. Rezaron varias oraciones echando agua bendita contra la puerta. Terminadas las oraciones, la superiora abrió la puerta, le ordenaron de aproximarse de rodillas junto al Obispo, el Obispo puso la cruz sobre la cabeza de Inés y con una voz firme ordenó al Diablo salir del cuerpo de Inés. Cuando pensaron que el Diablo ya se había ido, la rociaron con agua bendita, le hicieron besar el Cristo y, tomándola de la mano, el Obispo la condujo a la capilla donde la confesó él mismo. La pobre no duró mucho tiempo en el convento, le hizo escribir a una tía, la única familiar que tenía, y la tía vino y se la llevó. Pero te imaginas el ejemplo para todas nosotras.

Yo no puedo decir que amábamos a la señorita

Carmelita; al contrario, nosotras sabíamos que muchas cosas de las que hacíamos, las monjas las sabían por medio de ella, que tenía sus adeptas que le llevaban todos los chismes.

Cada una de nosotras tenía una razón personal para no quererla, pero cuando sabíamos que estaba enferma o que había perdido el apetito y no quería comer, nos invadía una angustia terrible. Todas en coro rezábamos rosarios y rosarios para que la Virgen no fuera a permitir que se le uniera el cinturón. Porque, si la señorita Carmelita se moría, nosotras sabíamos todas que nadie fuera de ella hubiera podido ocuparse de nuestras deudas con Dios.

Un abrazote,

EMMA

París, 28 de marzo de 1970

## Carta número 15

Mi querido Germán:

Con el nombre de Nuevas pasamos más de un año, hasta que un día llegó otra Nueva, ese mismo día recuperamos nuestros propios nombres.

Ya habíamos empezado a adaptarnos, pero el hecho de sentirnos llamar con el nombre con que nos habían llamado la señora María y Betzabé produjo en nosotras un cambio total. Yo empecé a tomar el valor de separarme de Helena y de conversar con otras niñas. En nuestros largos meses de observación, ya teníamos una idea de las calidades de nuestras compañeras, ya sabíamos cuáles eran las más malas y cuáles nos eran más simpáticas o antipáticas.

De todos los grupos, el que más nos gustaba era el grupo de Ester. Eran seis, un poco más grandes que Helena, pero nos parecían simpáticas y menos vulgares y groseras que las otras. Nunca nos habían hablado, pero ninguna de ellas nos había hecho ningún mal. Cuando me quitaron los

calzones ninguna de ellas había participado. Eran muy alegres y siempre vivían inventando nuevos juegos. Ester no era la más grande pero era la jefa del grupo. Tal vez tenía once años y era muy bonita, rubia con ojos grises, siempre muy limpia y todo lo que hacía lo hacía bien. Era la que mejor saltaba al lazo, la que mejor jugaba a la pelota, cantaba lindo y tenía una voz muy dulce, reía sacando siempre la punta de la lengua y tenía una cara de pícara y una simpatía arrolladora. Su padre era un marino francés que ella no conoció, que la tuvo de una chica de Santa Marta que murió ahogada en el mar cuando Ester tenía solo tres años; del padre nunca se volvió a saber nada y una familia la recogió y la llevó a Bogotá al convento. Un día tuve la suerte de que me pusieran con ella en la misma costura, era un mantel de iglesia lleno de calados y a las dos nos pusieron a sacar los hilos de estos. Un día tomé valor y le dije que yo quería pertenecer a su grupo, que si me aceptaban. Ese mismo día, a la hora del recreo, habló con las otras y me recibieron en el grupo después de hacerme jurar en nombre de Dios que no las

traicionaría; yo no sabía exactamente lo que eso significaba, pero me arrodillé en un rincón y juré que no las traicionaría. Helena, por su parte, había comenzado a hacer amistad con una chica que se llamaba Bárbara y que era mucho más grande que ella.

Las compañeras de Ester eran: Estela, quien tenía dos hermanas mucho más grandes que estaban en otros grupos y de ellas contaban que eran hijas de un señor muy rico del Tolima y que su mamá era la sirvienta de la casa de ese señor; era un poco pretenciosa y vanidosa, pero tenía muy buenos modales y era muy inteligente. Rosario, por otra parte, era una chica normal que las monjas la humillaban mucho porque su mamá tenía un puesto de verduras en la plaza de mercado y, como las otras, tampoco tenía papá. Teresa era la boba del grupo y era la que más nos hacía reír, era gorda redonda y la llamábamos barril, su mamá trabajaba en una grande panadería y cada semana le mandaban sacos llenos de pan que eran una delicia y que ella sagradamente distribuía entre todas las del grupo. Inés era la romántica, siempre

estaba en la luna, era la única del grupo que había ido a una escuela y había aprendido a leer, tenía una memoria prodigiosa y nos contaba página por página los libros de cuentos que había leído; más que contarlos los recitaba. De ella no se sabía nada. Una señora muy bien de Bogotá, de apellido Uribe, era su acudiente y la iba a visitar dos o tres veces al año, le llevaban ropa, pero no sabía quién era su papá ni su mamá. Yo les conté lo que habíamos convenido con Helena: yo no sabía quién era mi papá ni mi mamá y del pasado no recordaba nada. Como te dije ya, nuestro secreto no lo traicionamos nunca.

Yo no sé cuánto tiempo hacía que la Nueva había llegado, en todo caso yo ya formaba parte activa en el grupo y comenzaba a sacar las uñas, como decían las monjas, es decir que ya comenzaba a organizar picardías con mi grupo.

La Nueva, como todas las nuevas, seguía sola, ningún grupo la había adoptado; era la niña más triste que he visto en mi vida: tendría diez años, muy flaquita, de una palidez de cera, con una cabeza muy grande que parecía desproporcionada

con su cuerpo raquítrico, además tenía muchísimo pelo muy crespo que le caía a los hombros en cachumbos, las monjas no habían logrado que se hiciera las trenzas como las otras, cada vez las deshacía y se volvía a hacer los cachumbos. Sus ojos eran inmensos, no sé por qué me recordaban los del Niño. Negros, enormes, con pestañas larguísimas, pero sus ojos daban la impresión de ver más allá, más hondo, más profundo que los ojos de las otras. Caminaba como en el aire, como si no pusiera los pies en la tierra y toda su tristeza se reflejaba en su boca. No sé...

No te lo puedo explicar, era una boca que pedía ayuda, que tenía siempre el gesto de un profundo dolor. Yo la había examinado mucho, porque en la capilla la habían puesto junto a mí para que sor Teresa le enseñara a comportarse en la capilla y, a pesar de que era mayor que yo, de cuerpo era casi de mi estatura. Los sábados a la tarde era el único día que teníamos libre, para ocuparnos de nuestra ropa; era el día que lavábamos, remendábamos y aplanchábamos lo nuestro. Sor Teresa nos regalaba pedazos de trapos viejos o ropa vieja que no sé de

dónde la sacaban y que nosotras la remendábamos y la adaptábamos. Los delantales de uniforme eran iguales para todas. Cuando uno llegaba le daban dos, uno nuevo que era solo para ir a la capilla y las fiestas y otro regularmente viejo que era para todos los días y que lavábamos los sábados para volverlo a poner el domingo, es decir que el sábado era el solo día que podíamos circular sin uniforme, nos poníamos los pedazos de vestidos viejos que ellas nos regalaban. Claro que había muchas que tenían familia o acudientes que les llevaban ropa, pero las que no teníamos a nadie eran las monjas las que nos vestían con lo que recogían o les llevaban los que ellas llamaban los benefactores del convento.

Uno de esos sábados sor Teresa había tirado desde el segundo piso un saco lleno de trapos para que cada una tomara lo que necesitara para remendar y naturalmente nos lanzábamos como chulos sobre un cadáver a tomar entre batallas terribles un pedacito que nos sirviera para remendar un calzón o una combinación. Era un día terriblemente frío y gris, en el aire se sentía que se

preparaba una tormenta; empezaron los truenos y relámpagos y de un golpe empezó a caer un verdadero diluvio. Sentíamos que los truenos rascaban los tejados del convento. Educadas como estábamos, en el terror del Infierno, de la muerte, del pecado y del Diablo, las tempestades nos llenaban de terror.

Rezando en voz alta y echándonos bendiciones a cada trueno, corrimos a refugiarnos en el único patio cubierto que había; era un patio muy pequeño debajo del salón de bordados. Allí estaban los armarios donde guardábamos las bolsas de la toilette. Cada bolsa tenía el nombre de cada niña y estaba colgada de un clavo y, sobre las tablas, unos platonos miserables de lata donde nos bañábamos la cara y los pies.

Yo estaba tan asustada con los truenos, que corrí por entre las piernas de todas y me metí entre uno de los armarios. A gran sorpresa mía, entre el armario encontré a la Nueva que estaba ya instalada y que, sin parpadear, con los ojos muy abiertos le caían chorros de lágrimas. Instintivamente empecé a pasarle la mano por la

cabeza y con un pedazo de mi delantal le limpiaba las lágrimas que le caían. En ese momento cayó un rayo en el solar del convento, todas sentimos la casa que se estremecía y una llama roja, verde, azul, amarilla iluminó todo; la Nueva y yo nos abrazamos fuertemente, nuestras caras una contra la otra. Nuestras lágrimas se mezclaron, no sé cuánto estuvimos enlazadas, tal vez mucho tiempo, porque la tempestad seguía con la misma violencia. Poco a poco la tempestad fue calmando, pero los patios se habían convertido en lagos, las monjas nos dijeron de esperar que el agua bajara. Yo empecé a hablar con la Nueva. Le pregunté su nombre. Se llamaba María, me dijo que no tenía papá sino mamá y una hermana mucho más grande que estaba casada y que tenía dos niños y que ella tenía un hermanito; cuando yo le pregunté dónde estaba el hermanito se puso a llorar. Yo volví a acariciarle la cabeza, me encantaba tocar sus cachumbos. De pronto se puso muy seria y de una voz muy firme me preguntó:

—¿Tú eres mi amiga?

—Sí, soy tu amiga y te quiero —le respondí yo.

—Si te cuento algo, ¿me juras no decirlo a nadie?

—Sí, te lo juro.

—¿Por quién me lo juras?

—No sé, te lo juro por la Virgen... Sí, por la Virgen, juro que lo que me diga la Nueva...

La Nueva me interrumpió:

—No, María.

—Juro a la Virgen que lo que me diga María no lo diré a nadie.

—Bese la cruz —me dijo.

Yo hice una cruz con mis dos dedos y la besé.

—Acércate bien a mí... Aquí... Más... Así y pon bien tu oído cerca de mi cara. Así: ahora te voy a decir. Yo te dije que tengo un hermanito; sí, bien, ese hermanito yo lo traje al convento, él está conmigo.

—¿Y dónde lo tienes escondido?

—Espera, te voy a contar. Cuando mi hermanito nació, nació tan chiquitico que mi mamá no lo vio cuando nació y yo se lo robé; desde entonces siempre lo llevo conmigo, pero ahora, desde que estoy en el convento, el pobre siempre tiene

hambre, porque lo que nos dan no alcanza para los dos y cuando no le doy de comer no va al mundo y si él no va al mundo yo no sé nada de mi mamá ni de mi hermana casada, ni de los amigos que yo tenía en el mundo. ¿Tú me vas a ayudar? Sí, dime, ¿tú me vas a ayudar a alimentar a Tarrarrurra?

—¿Quién es Tarrarrurra?

—Es el nombre de mi hermanito.

—Pero yo lo quiero ver. ¿Dónde está?

—Aquí, aquí, espera.

Y empezó a levantarse el delantal; amarrada a la cintura tenía una bolsita de terciopelo roja, sacó la bolsita, la abrió muy lentamente y del interior sacó un muñequito minúsculo, no tenía más de cinco centímetros, en porcelana blanca, con los brazos pegados contra el cuerpo y las piernas también juntas y pegadas. Estaba tan gastado que casi ya no tenía ni nariz, ni boca y los ojos tenían un puntico negro en el centro.

—Míralo, tócalo, pero pasito para que no le hagas mal. Yo le voy a preguntar si quiere que tú seas nuestra amiga.

Muy suavemente puso a Tarrarrurra junto a su

oído, debajo de sus lindos cabellos y empezó a sonreír; su cara se había transformado completamente, era radiante, sus ojos brillaban y parecía que miraran más lejos que los muros, de vez en cuando inclinaba la cabeza y decía:

—Sí, sí, seguro, le diré, pero a una condición: que tú nos prometas que todas las noches, mientras nosotras dormimos, tú vas a salir por la ventana y vas a ir al mundo y nos vas a traer muchas noticias. Sí, tú tienes que contarnos todo lo que pasa en el mundo. ¿Qué? ¿Que tú quieres ir a hacer pipí? Pero si está lloviendo, no te puedo llevar, porque no me dejan atravesar el patio. Sí, te prometo apenas pueda te llevo, sí. Ahora te voy a guardar y duerme mientras yo puedo llevarte a hacer pipí.

El diálogo terminó; con la misma calma, con los mismos movimientos lentos, guardó a Tarrarrurra en el saco, volvió a amarrar la bolsa a la cintura y bajó su delantal arreglando uno a uno cada preñe. Yo estaba completamente encantada y fascinada, mi admiración y mi amor por la Nueva y su hermanito habían comenzado a invadir todos mis

pensamientos, yo no quería perderlos como había perdido a Eduardo, al Niño, a Betzabé y a la señora María. Ya estaba decidida a que los protegería y los guardaría para mí.

—Dime qué come Tarrarrurra.

—Él come de todo —me respondió tranquilamente.

—¿De todo de todo?

—Sí, de todo de todo, solo que come mucho; todo el día me está pidiendo comida.

—Yo te voy a ayudar, yo te prometo que yo le daré parte de mi almuerzo y de mi comida, pero si no le alcanza y no quiere ir al mundo, pues vamos a tener que contarle a mis amigas para que ellas nos ayuden. Somos seis, tú las conoces.

—Sí, yo las he visto contigo, pero ¿tú crees que ellas no le dirán nada a nadie?

—Eso yo te lo aseguro, porque todas hemos jurado entre nosotras que nunca contaremos a las otras nada de nuestro grupo.

—¿Y si ellas no me quieren en su grupo? ¿Y si ellas no quieren a Tarrarrurra?

—Yo te aseguro que lo van a adorar, tú vas a

ver, yo voy a hablar con Ester y, si ella está de acuerdo, todo el grupo estará de acuerdo.

—Pero mientras tú hablas con ella, ¿esta noche a la comida tú me vas a dar algo para Tarrarrurra?

—Sí, te juro, a la salida del comedor espérame, aquí, aquí, enfrente al armario.

—No —me dijo—, mejor en la fila frente al inodoro, porque Tarrarrurra no puede comer delante de las otras. Para darle de comer tengo que encerrarme en el inodoro.

—Bien, yo te busco frente al inodoro. Yo llevo mi bolsa de tejidos y te doy la bolsa; entre la bolsa yo meto la comida.

Hizo una inclinación de cabeza y salió corriendo al inodoro.

La comida que nos daban era bastante miserable. A la comida, como al almuerzo, había siempre una mazamorra clara con tallos, luego una cucharada de arroz para cada una, un mísero pedazo de carne dura que era siempre hervida entre la mazamorra y que nosotras llamábamos chimbo de carne, que no era más grande que una nuez, dos papas que muchas veces eran llenas de

gusanos y, para terminar, un plátano biche. Esa noche yo escondí mi carne y el plátano, para dárselos a la Nueva. Como habíamos convenido, me estaba esperando enfrente a los inodoros, tomó la bolsa y se encerró en el inodoro; yo corrí a buscar a Ester, la llevé a un rincón junto a los tarros de la basura y le conté todo de Tarrarrurra. Estaba tan encantada como yo. Fuimos a buscar a la Nueva y le pedimos que nos mostrara a Tarrarrurra. Nunca nos lo dejaba tocar, nos lo mostraba en la mano pero no nos lo daba, solo le podíamos tocar la cabecita con la punta de los dedos y muy suavemente. Ester habló con el grupo y todas aceptaron ayudar con comida para que Tarrarrurra no fuera a morir de hambre y, sobre todo, para que pudiera ir al mundo a traernos noticias. Era siempre enfrente de los inodoros, cada una llevaba un saquito donde había depositado parte de su comida para dársela a la Nueva.

La costumbre de llevar sacos de tela en la mano era muy corriente; la mayor parte de las niñas no jugaba en los recreos, aprovechaban para hacer

pequeños trabajos para ellas. Hacían mucho lo que llamábamos dechados, que eran muestrarios de las diferentes puntadas de bordado, o muestras de punto de cruz o dechados de calados; otras hacían monogramas en punto de cruz para marcar la ropa o carpetitas en crochet, es decir, que era corriente tener una bolsa en la mano, por eso nadie se daba cuenta de nuestro truco. La Nueva tomaba las bolsas y desaparecía en el inodoro. Nosotras la esperábamos en el patio sentadas en el suelo, la veíamos venir con su paso lento como en el aire, sonriente, con sus grandes ojos fijos sobre nosotras. Se sentaba en el medio y cerrábamos el grupo. Era en ese momento que nos contaba lo que Tarrarrurra había visto durante la noche en el mundo. Era maravilloso. Yo no recuerdo ahora ninguna de sus historias exactamente, pero recuerdo con los detalles maravillosos que nos describía de su casa, donde había un gato negro que cogía los ratones y los devoraba cuando todavía estaban vivos. Nos contaba de una vaca que tenían los vecinos que, según Tarrarrurra, la vaca había tenido una vaca chiquita linda, linda

que la habían bautizado con el nombre de Campana. Nos contaba que Tarrarrurra había encontrado a su hermana que jugaba en la cama con el policía de la esquina y que los dos estaban completamente desnudos y que el uno le tocaba al otro el pipí. Contaba largas historias sobre los amigos de su mamá y sobre un jardín que tenían. Naturalmente las historias eran interrumpidas varias veces, siempre que hablaba tenía a Tarrarrurra en la mano contra el oído y cuando se interrumpía era porque Tarrarrurra le estaba hablando, unas veces le pedía de ir al inodoro, otras decía que no seguía contando, porque Tarrarrurra no quería que contara eso. Otras veces no nos contaba nada, porque Tarrarrurra no había salido al mundo, porque había tenido dolor de muela o dolor de estómago. Tarrarrurra era para nosotras un ser viviente que comía, que dormía, que le dolían los dientes o el estómago, que podía ir al mundo y ver lo que nosotras no podíamos ver. Así que estábamos dispuestas a vivir por él y para él.

La Nueva nos hizo saber un día que Tarrarrurra

no quería más comer papa porque le daba mal de estómago, que mejor le diéramos más plátanos y pan y carne. Nosotras obedecíamos ciegamente. La felicidad de escuchar a la Nueva contándonos lo que Tarrarrurra le decía al oído merecía todos esos sacrificios. Nunca nos repitió la misma historia. Las aventuras que le pasaban en el mundo eran fabulosas, a veces entraba a las casas de los ricos donde nos decía que todos los platos y tazas eran de oro o de plata, nos describía las señoras y señores ricos vestidos con vestidos de terciopelo y de rasos maravillosos. Yo creo que en todo ese período no volvimos a pensar ni en el Diablo, ni en el pecado, ni en el Infierno. Solo las historias de Tarrarrurra llenaban nuestra vida.

Recuerdo que era un domingo. La mañana, como todos los domingos, la habíamos pasado en el salón de fiestas repasando de memoria el Catecismo y la historia sagrada. De la historia sagrada nos habían enseñado cuando Dios había echado del paraíso a Adán y Eva, todos desnudos sin saber adónde iban y Dios y todos los ángeles con espadas de fuego en la mano, que los

empujaban para que se fueran, porque habían desobedecido comiéndose una manzana que era de Dios y que les había prohibido tocarla, porque el paraíso estaba lleno de árboles frutales y ellos podían comerse todas, todas las frutas, menos las manzanas. Nunca habían visto a Dios tan furioso como ese día y, desde ahí, los hombres empezaron a cometer pecados.

Salimos de la clase a las doce, yo estaba realmente preocupada por Adán y Eva, que me los imaginaba desnudos caminando y caminando por los campos sin saber adónde ir; de la clase fuimos derecho al comedor. Yo había guardado mi carne para Tarrarrurra, tenía tanta hambre que no fui capaz de guardarle también el plátano. A la salida fui derecho al inodoro. La Nueva esperaba. Ya Ester le había dado su talego. Detrás de mí venían Teresa y Rosario con sus talegos, después pasó Estela, las dos últimas fueron Inés y Julia. Nadie había visto a la hermana superiora que estaba junto a una columna exactamente al frente de los inodoros. Cuando la Nueva, ya con todos los talegos en la mano, fue a abrir la puerta del

inodoro, una mano la tomó por el brazo; era la superiora. Enfrente a nosotras, no dijo ni una palabra. Le quitó todos los sacos, la tomó de la mano y muy lentamente, sin decir nada, atravesaron los tres patios y las vimos desaparecer por la puerta que conducía al patio donde estaba la señorita Carmelita.

Fue la última vez que vimos a la Nueva. El mismo día sor Honorina la llevó donde la mamá. Ni la superiora ni ninguna monja nos dijeron nada. Nosotras esperábamos todos los días que la directora nos llamara, o que tal vez nos castigaran, nosotras mismas no podíamos saber si lo que habíamos hecho era bueno o malo. El hecho de que hubieran expulsado a la Nueva como a Adán y Eva del paraíso nos hacía pensar que tal vez habíamos cometido pecado, aunque nadie nos decía nada y nosotras no dijimos nada, nuestra vida nunca volvió a ser igual. Con la Nueva se había ido una parte de nosotras, no sabíamos cuál era, como si de un golpe nos hubiéramos vuelto viejas... Sí, como si nuestra niñez se hubiera terminado con Tarrarrurra. Pasaron muchos meses y ya no

hablábamos de Tarrarrurra, porque cada una de nosotras lo había guardado en lo más íntimo de nuestros recuerdos de infancia. Nuestro grupo seguía sólidamente unido, unido en la complicidad y en la gran soledad y esterilidad de nuestra vida interior.

Creo que ya hacía cinco o seis meses que la Nueva había sido expulsada y, como de costumbre, nos reunimos en el corredor de las Buenas Noches, antes de las últimas oraciones en la capilla. La superiora parecía preocupada o de mal humor. Primero nos habló de la fiesta de san José. Nos habló de él, pobre y humilde en la carpintería, cortando tablas, clavando como un obrero cualquiera. Él, elegido para ser el padre adoptivo de Jesús. Nos dijo de tomar su ejemplo de humildad y luego hizo una grande pausa.

—Y mañana —nos dijo— la misa será de Réquiem. Les pido que la ofrezcan por el alma de una de sus compañeras que ha muerto ayer. La mayor parte de ustedes solo la conocieron de vista, ni siquiera su nombre lo aprendieron, la llamaban la Nueva. Pero un grupo muy pequeño sí

sabe bien quién era María. La pálida y transparente María, flaca, raquítica; su familia, cuando nos la trajeron, no nos dijeron que la niña era enferma, la pobre estaba loca. Se había metido en la cabeza la idea de que un muñeco que cargaba siempre era su hermanito. Hace dos días su familia la llevó a un paseo al río Bogotá. Ella quiso bañar su muñeco y se le deslizó de las manos y se fue al fondo. Cuando la familia se dio cuenta, ella ya se había echado de cabeza toda vestida a salvar su muñeco. Desgraciadamente no la alcanzaron a salvar. Solo ayer lograron encontrarla. En su mano tenía fuerte, fuerte apretado su muñeco...

Chao.

Saludos. Abrazos.

EMMA

## Carta número 16

Mi querido Germán:

La misma noche que la hermana superiora nos anunció la muerte trágica de Tarrarrurra y de la Nueva, esa misma noche yo hice pipí en la cama mientras dormía. Eso no me había pasado nunca. En ese sentido la señora María nos había educado muy bien, además cuando llegué al convento las monjas me dieron una bacinilla que estaba siempre debajo de mi cama. Los dormitorios los cerraban de noche con llave, si alguna se sentía mal tenía que pedir la llave a la monja que dormía en cada dormitorio, pero como nos daba un miedo negro de bajar solas atravesando todo el convento, si no era un caso verdaderamente grave, pues aguantábamos hasta que tocaran la campana. Pero, como yo era la más chiquita, por los tres primeros años tuve el privilegio de tener mi vaso de noche. Las camas eran todas de madera con tablas y los colchones de paja, forrados con una tela gruesísima que cambiaba de color en cada dormitorio. Los

colchones del dormitorio de María Auxiliadora eran todos azules, los de Don Bosco amarillos, los de Santa Teresa verdes y los del dormitorio del niño Jesús, que era el mío, eran rojos y con el pipí la tela destiñó y manchó todo. Yo no dije nada a nadie y tendí la cama rápidamente para que la monja no viera las manchas en la sábana, pero cuando fui a hacer la genuflexión en la capilla, sor Teresa vio que tenía las piernas todas pintadas de rojo, en eso yo no había pensado y con la oscuridad a las cinco y media de la mañana ni Helena ni mis amigas se habían dado cuenta. Yo sentí que sor Teresa me levantaba de las trenzas.

—Salga y espéreme afuera.

Salí con las rodillas que me temblaban de miedo. Cuando las niñas terminaron de entrar ella salió y, sin darme tiempo de abrir la boca, empezó a darme bofetadas y puños por todos lados, luego me tomó de una oreja y, tirándome, marchando a largos pasos, me llevó hasta el dormitorio y me hizo destender la cama. El olor de la paja mojada de orines me penetró por la nariz, sor Teresa me tomó de nuevo de las trenzas y empezó a frotarme

la cara contra el colchón, igual como hacían con los gatos de la panadería cuando hacían pipí fuera del cajón. Cuando entramos a la capilla ya la misa había empezado, todas las cabezas se voltearon para mirarme, yo lloré durante toda la misa. Después del desayuno me mandaron a sacar el colchón y las cobijas para tender todo en el solar para que se secara. Ester y Teresa me ayudaron, también me ayudaron a frotar con estropajo y jabón mis piernas pintadas de rojo.

Pero a la noche siguiente me volvió a pasar lo mismo y a la tercera y la cuarta y la quinta. Hacía esfuerzos desesperados para no dormirme, pero el sueño me vencía y en cuanto me dormía, hacia pipí. El colchón seguía soltando tinta roja y el olor de la paja se volvía insoportable. Yo sentía que ese olor me perseguía todo el día, lo llevaba conmigo, lo que no me dejaba olvidar mi tortura. Sentía llegar la noche con verdadero terror, les suplicaba al niño Jesús y a la Virgen que me concedieran la gracia de no hacer pipí. Pero ningún santo escuchó mis súplicas y las monjas multiplicaban los castigos. Empezaron por

hacerme oír la misa arrodillada sola en el centro de la capilla, no tenía derecho a sentarme ni a ponerme de pie. En los bancos teníamos un listón de madera donde nos arrodillábamos y hacía una gran diferencia de tener las rodillas directamente sobre los ladrillos. Al tercer día empezaron a darme vértigos y caía tendida en el suelo como muerta con la frente bañada en sudor frío, seguramente me había debilitado de la angustia y de los esfuerzos terribles que hacía de noche, para no dormirme. El colchón no alcanzaba a secarse durante el día y tenía que dormir sobre la humedad de la paja. Como los síncope en la capilla se empezaron a repetir diariamente, decidieron cambiarme de castigo. Durante todas las horas de recreo me ponían mi colchón sobre la cabeza y ninguna podía hablarme ni acercarse a mí, no solamente no tenía más el derecho de jugar y hablar con mis compañeras, sino que las otras, las malas, que eran la mayoría, se divertían a insultarme y a taparse la nariz cuando pasaban junto a mí. Ya no podía más, me había enflaquecido y no podía trabajar más sacando la

aguja, porque me daban vértigos y como lloraba todo el día me dolían terriblemente los ojos. Todos los castigos fueron inútiles, yo seguía haciendo pipí todas las noches. La directora comenzó a alarmarse y me llamó un día a su despacho. Me dio caramelos (desde la época de la señora María no habíamos vuelto a ver un caramelo). No recuerdo de qué me habló, pero me acarició la cabeza y me dio palmaditas en las mejillas y me regaló una medalla del niño Jesús parado sobre una bola que me dijo que esa bola era el mundo; con un cordoncito de seda negra me la colgó al cuello y me dijo de ir a la enfermería que sor Teresa me iba a dar un remedio para curarme de ese mal vergonzoso. Tres veces por día sor Teresa me daba una grande taza de una especie de caldo negro, un poco grasoso pero sin sal y con un gusto un poco amargo. Además por la noche sor María me envolvía en una gruesa cobija de lana de la cintura para abajo.

Pasaron muchos días sin que el remedio me hiciera ningún efecto y cada día me sabía más feo. Un día le pregunté a sor Teresa de qué era el caldo

que me daba y muy seriamente me contestó que era caldo de ratón.

—¿Ratón? ¿Esos animales negros que corren por el piso en la panadería y la cocina?

—Sí —me dijo—. De esos animales negros que corren por el piso de la panadería y la cocina.

No había terminado la frase que yo ya estaba vomitando. Vomité por tres días, pero nunca más volví a hacer pipí en la cama. Como premio, me dieron un colchón nuevo, de tela roja como el viejo. Desde entonces guardo una grande simpatía por los ratones.

En el mes de septiembre eran los ejercicios espirituales; cada año a la misma fecha interrumpíamos todos los trabajos por cinco días. Durante esos cinco días no teníamos derecho a hablar ni una palabra durante todo el día, hasta los recreos eran en silencio y no podíamos jugar. Para esos días venía un padre nuevo, regularmente era el padre Beltrán. No solamente hablaba maravillosamente, sino que era de una belleza de morir. Creo que no había una sola niña grande o chica que no estuviera enamorada de él. Tenía

unos ojos verdes de morir, alto, muy delgado, con una voz fuerte pero llena de tonalidades y bemoles que nos envolvía como en una nube. El viejo padre Bacaus venía para la misa y el bello venía a darnos dos charlas por día a las once de la mañana y a las cinco de la tarde. El tema principal era el pecado; el objeto principal de los ejercicios espirituales era el de hacer una vez al año una confesión general y minuciosa de todos nuestros pecados del año. En esos cinco días debíamos buscar en los más oscuros rincones de nuestra conciencia los pecados que se nos habían escondido y el padre Beltrán tenía como misión ayudarnos a encontrarlos.

Cada día a la mañana y a la tarde tomaba como tema los mandamientos y nos los analizaba por el derecho y por el revés. En el mandamiento que ponía más pasión era en el sexto, que era justamente el que nosotras entendíamos menos. Sobre todo las más chiquitas le preguntábamos a gritos que qué era fornicar y con una sonrisa maliciosa nos decía:

—Son todos los pecados contra la modestia, por

ejemplo desvestirse delante de las compañeras, o mostrarse una a otra, partes del cuerpo.

Y de ahí partía a hablar sobre la pasión que la comparaba con las tempestades del mar, él había nacido junto al mar y nos lo describía en una forma tan violenta, que nosotras, que no lo conocíamos, teníamos la idea más terrible y monstruosa del mar. Esas charlas eran una verdadera felicidad para nosotras. Ese cura era un genio; imitaba los ruidos, el canto de los pájaros, los aullidos de los diablos en el Infierno y era tan bello que, aun cuando no entendíamos lo que quería decirnos, de solo verlo estábamos felices.

El día entero lo pasábamos en la capilla, solo salíamos para comer y pasearnos diez minutos en los patios, pero sin hablar. Lo que no me gustaba era la hora santa. Era la directora misma que la leía. Tenía una voz muy dulce y leía muy bien, pero había cosas tan macabras que todavía me asusto de pensarlas. Era una descripción detallada de todo nuestro cuerpo en el momento de la muerte. Cuando nuestros ojos vidriosos empiecen a perder la vista... Cuando nuestros labios trémulos y

amoratados... Cuando nuestros pies fríos y entumecidos... Y así nos describía todos los días con términos verdaderamente macabros la hora de nuestra muerte.

El cuarto día era una especie de repetición general para la confesión, ese día teníamos derecho de ir donde la señorita Carmelita para que ella nos escribiera en un papel los pecados principales para que no se nos fueran a olvidar. Esos papeles se los dábamos por la ventanilla al padre al momento de pasar a confesarnos. Así la confesión iba más rápida, porque el quinto día el pobre padre Beltrán tenía que confesarnos a todas en un solo día. El pobre terminaba a las ocho de la noche muerto de fatiga y nosotras, por la ilusión de hablar lo más largo posible con él en el confesionario, nos inventábamos toda clase de dudas y de pecados inexistentes y el pobre tenía que explicarnos que eso no era pecado. La confesión empezaba por las más grandes, las últimas éramos las chicas.

Ya llevábamos tres o cuatro años en el convento y las monjas no sabían cómo resolver nuestro

problema. No lograron saber nunca si habíamos o no estado bautizadas, así que seguíamos sin confirmación y sin comunión, éramos solo cuatro las que no comulgábamos, las dos hermanitas Santos y nosotras. Las Santos hicieron la primera comunión primero que nosotras, pues lograron conseguir la Fe de Bautismo. Yo no podía resignarme a no confesarme como las otras, la oportunidad única de poder hablar sola, sola con el padre Beltrán me parecía maravillosa. Como las chicas eran las últimas y a esa hora ya las monjas estaban cansadas de cuidarnos, mandaron a sor Honorina, la italiana que tanto nos divertía. La vieja se sentó cerca al confesionario con su breviario y se quedó dormida, yo pasé por detrás de ella y me arrodillé temblando en el confesionario. De pronto sentí una voz muy baja que pasaba por encima de mi cabeza:

—Diga sus pecados, hija mía.

Yo levanté los ojos y me di cuenta que, si no me ponía de pie, no podía hablar con él porque de rodillas no alcanzaba a llegar a la ventanilla.

—Acúsome, padre, que este año he hecho

muchas veces pipí en la cama.

Por entre los huequitos redondos de la ventanilla vi que se puso una mano en la boca y carraspeó.

—Acúsome, padre, que no he hecho la primera comunión porque las hermanas no saben si somos de Dios o del Diablo... Acúsome, padre, que me estoy confesando sin permiso de las monjas.

No resistió más y se puso a reír.

—¿Tú eres la chiquita de los anteojos negros?

—Sí, padre.

—¿Cómo te llamas?

—Emma.

—¿Emma qué?

—Reyes, como los Reyes Magos.

—¿Cuántos años tienes?

—Nadie sabe, pero yo digo que más de diez.

—Vete tranquila, hijita, yo voy a hablar con la hermana directora para ver cómo se hace para que hagas tu primera comunión. Yo me voy a ocupar. Recibe la bendición.

Cuando me levanté, había tres monjas paradas detrás de mí. Sor Teresa, sor María y sor Honorina

que se había despertado. Sor Teresa me agarró de un brazo, yo me agarré del confesionario y sin darme cuenta tiré de la cortina morada, el padre Beltrán se dio cuenta de lo que pasaba y sacó la cabeza y con una cara bravísima les dijo:

—Por favor, hermanas, no castiguen a esa niña, ella tenía necesidad de hablar conmigo y ha hecho muy bien en venir al confesionario. ¡Dejad a los niños que vengan a mí! Las tres monjas se derritieron en sonrisas y no me volvieron a decir nada.

Los ejercicios siempre terminaban en domingo. Ese día y el del santo de la superiora eran los solos días de gran fiesta que teníamos en todo el año. La capilla la arreglaban con los ornamentos y los manteles de lujo, llenaban de floreros el altar, iluminaban a todos los santos y prendían el doble de cirios que de ordinario. La misa de clausura la hacía el padre Beltrán, con los ornamentos era todavía más bello. Antes de la comunión nos hacía un sermón de preparación a la comunión, nos decía que él veía sobre nuestras cabezas una aureola de pureza después de los magníficos ejercicios que

habíamos hecho y que esperaba que durante todo el año guardáramos nuestras almas tan puras como ese día. Luego daba la comunión y todas cantábamos llenas de fervor el Tedeum de agradecimiento a tantos dones como Dios nos colmaba. Ese día era el único en el año en que las monjas desayunaban con el padre en una sala preparada especialmente y ese día nosotras teníamos permiso de hablar durante el desayuno, que era con chocolate muy clarito, pero era chocolate. Nos daban un pedacito de queso y una mogolla más. ¡Qué día maravilloso! Después de cinco días sin hablar, gritábamos como locas, agitadísimas, naturalmente el tema principal era todo lo que nos había dicho el padre Beltrán durante las charlas, tan lindo, tan bello, se sentían risitas nerviosas de todos lados del comedor. El domingo entero lo teníamos libre para nosotras.

## Carta número 17

Mi querido Germán:

Hacia más o menos dos semanas que habíamos terminado los ejercicios espirituales y la superiora nos hizo reunir un día en el primer patio a la hora del recreo, para presentarnos una nueva monja que venía con el cargo de Ecónoma; era un nuevo título. Hasta entonces era la directora la que hacía las cuentas y sor Honorina hacía las compras y el mercado.

Lo primero que nos dijo la directora era que sor Evangelina Ponce de León pertenecía a una de las más grandes y distinguidas familias de Colombia. Que había renunciado a la riqueza y los honores para dedicarse a la humilde vida de religiosa. Que debíamos dar gracias a la Virgen de habernos enviado una religiosa tan distinguida a tomar la triste responsabilidad de ocuparse de los intereses económicos de nuestra humilde casa.

Sor Evangelina Ponce de León era de estatura media, un poco gorda, de una palidez de cera de

iglesia, todas las facciones de su cara iban hacia abajo. Sus ojos pardos caían en punta, la nariz se doblaba hacia abajo en una especie de gancho que caía, los labios finos y apretados se arqueaban hacia el piso, solo su fuerte pecho y su gordo trasero iban hacia arriba como haciéndose paso y estableciendo una distancia entre ella y las otras; toda su pretensión se reflejaba en esas dos partes de su cuerpo. Los dientes eran blanquísimos, pero también estaban clavados hacia abajo y cuando hablaba parecía que los iba a escupir. Sus manos eran dos garras huesudas de dedos muy largos. Hablaba muy despacio, con la cabeza siempre muy alta, mirándonos siempre desde arriba. Cuando tenía que tocarnos para hacernos una observación o para hacerse paso entre las filas o en los salones de trabajo, nos tocaba únicamente con la punta del dedo índice; como quien toca una cosa sucia o contagiosa. Cuando las monjas se dirigían a nosotras en público o en privado nos llamaban «niñas». Sor Evangelina nos llamaba «muchachas» y, cuando estaba brava, «chinas».

Cuando la directora nos la presentó, ella

también nos habló; nos prometió que iba a hacer varios cambios en la comida y algunas variaciones en la distribución del trabajo para que pudiéramos producir más dinero.

—No olviden que ustedes están aquí de caridad y que tienen que trabajar para pagar lo que se comen, ustedes no piensen que en el mundo nos regalan la comida que les damos, no; tenemos que pagarla con dinero y ese dinero tenemos que ganarlo todas con el trabajo.

Nos prometió que para el año próximo tal vez nos iban a hacer unos uniformes nuevos para las fiestas.

—También hemos pensado con la hermana superiora que debemos ocuparnos más de ustedes, en cuanto a su educación. Todas ustedes deben aprender a leer y escribir aun cuando sea sus propios nombres. También les enseñaremos un poco de aritmética, en la vida hay que saber contar. La geografía, ¿cuántas de ustedes saben lo que es geografía? Seguramente ninguna. Un día u otro ustedes tendrán que volver al mundo y en el mundo la geografía es muy importante.

Al mes siguiente empezaron las lecciones. Ella venía media hora cada día a los salones de trabajo y, sin que nosotras interrumpiéramos el trabajo, ella nos empezó a enseñar de memoria los números. Primero nos enseñó a contar hasta veinte, luego nos enseñó que uno más uno hacía dos y dos más uno hacían tres y tres más uno cuatro y así seguíamos hasta llegar a veinte. Eso se llamaba sumar, luego nos enseñó a multiplicar. Si a dos lo multiplicamos por dos hacía cuatro, a mí me parecía que era igual sumar que multiplicar, para mí era igual decir dos más dos son cuatro que decir dos multiplicado por dos son cuatro. Los lunes era la aritmética, los martes repetíamos los nombres de las letras de la A a la Z. Nos enseñó que solo había dos letras que eran dobles: la elle y la erre. Los miércoles era la geografía, ella adoraba la geografía. Nos enseñó lo que era un río y la diferencia que había entre un río y una laguna, entre una laguna y el mar, la diferencia entre una montaña y una loma. Decía que las ciudades, como las personas, cada una tenía un nombre y nos enseñó el nombre de las ciudades más importantes

de Colombia.

Los jueves nos enseñaba historia patria. Nos habló de un señor que se llamaba Simón Bolívar y que era el padre de nuestra patria. Nos enseñó a cantar un verso sobre Bolívar que decía:

«Cien años aquel héroe inmensamente triste  
murióse junto al mar. Bolívar es nuestro padre, es  
nuestra patria, nuestra nación».

Nos enseñó la oración que dijo Atanasio Girardot cuando subió una loma entre las balas de sus enemigos: «Permitid, Señor, que yo plante esta bandera en la cima de aquel monte y si es vuestra voluntad que yo muera en esta jornada, dichoso moriré». Y ¡pum!... una bala atravesó su corazón y cayó muerto envuelto en la bandera nacional.

La bandera nacional eran tres pedazos de tela cocidos juntos, uno amarillo, otro azul y otro rojo, el amarillo significaba el oro y las riquezas de nuestro suelo; el azul, el agua de los océanos que rodean nuestro país, y el rojo, la sangre derramada por nuestros héroes en los campos de batalla.

Los viernes la clase era en el patio grande y nos la hacía a la hora del recreo, todas reunidas en

filas de diez; era la clase de gimnasia física, para que creciéramos y no nos quedáramos raquílicas. Empezábamos levantando fuertemente los brazos hacia arriba, luego los poníamos en cruz, luego hacia delante, luego doblados hacia el pecho, de nuevo arriba, rápido hacia atrás, de nuevo hacia delante y terminábamos con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, con las manos bien abiertas. Pero esos ejercicios iban acompañados y coordinados con unos versos que gritábamos en coro:

¡Ánimo, niñas,  
fuera pereza!,  
que trabajando con ilusión,  
pronto tendremos  
fuerzas bastantes  
para ser niñas  
dignas de honor.

Desgraciadamente hasta ahí llegó nuestra cultura. Sor Evangelina se enfermó y nunca más ni ella ni ninguna otra nos volvieron a dar clases. El primer día que nos dio la clase de gimnasia, salió

de la puerta del claustro acompañada de sor Honorina que la seguía detrás, llevando en las manos una especie de banqueta en madera acolchonada y forrada en terciopelo rojo. Sor Evangelina le indicó con el dedo índice en qué sitio debía ponerle la banqueta y, apoyándose de la punta de los dedos contra el hombro de sor Honorina, se subió en la banca. No solamente podía ver hasta la última de atrás, sino que así nos podía hablar de arriba para abajo. En la primera fila, como siempre, estábamos las más chiquitas. Yo era la primera, junto a mí, las hermanitas Santos, junto a las Santos las dos hermanas Vaca, Teresa y Asunción Vaca; después de las Vacas estaba Helena. Durante toda la clase de gimnasia, sor Evangelina la miraba todo el tiempo. Cuando terminó la clase, levantó la mano lentamente y con el dedo índice apuntado sobre Helena le ordenó de acercarse. Yo la vi salir de la fila con la cara de susto de los momentos difíciles.

—Acérquese, muchacha.

Desde arriba le miró la cabeza y le preguntó si tenía piojos. Helena le dijo que no, que era su

hermanita la que tenía (y era cierto, los piojos me perseguían sin descanso). Ella apoyó la mano sobre la cabeza de Helena y descendió de la banqueta, con el dedo índice le ordenó levantar la banqueta y marchar detrás de ella. Desde ese día Helena se convirtió en la esclava de sor Evangelina, la tenía que seguir todo el día con la banqueta y, cuando estaban en la pieza, Helena le hacía todos los oficios, hasta embetunarle los zapatos, sacarle el balde del agua sucia, cargar agua limpia, ir mil veces a la cocina para llevarle té y caldos y braseros con carbón encendido para que se calentara los pies.

En el patio de las Flores, el de la señorita Carmelita, debajo de la capilla, había tres grandes piezas que las tenían de depósito de telas y decorados para la capilla. Sor Evangelina hizo desocupar esas tres piezas y ahí instaló su casa, ella no seguía el reglamento como las otras monjas, ella tenía todos los privilegios, casi más que la superiora, porque la superiora comía en el claustro con las otras monjas; solo sor Honorina nos acompañaba en el comedor. Pero sor

Evangelina la mayor parte de las veces comía sola en su apartamento; era Helena la que le llevaba la comida. Los primeros meses, los meses de las lecciones, Helena seguía durmiendo en el dormitorio del niño Jesús, el mismo mío, pero cuando sor Evangelina se enfermó le hizo llevar el colchón y la hacía dormir en el suelo junto a la cama de ella, así la podía llamar a cualquier hora para que le alcanzara un remedio o un vaso de agua o lo que necesitara. Los domingos en la tarde venían las amigas y parientas de sor Evangelina para visitarla y era el único día que no guardaba a Helena con ella, después del almuerzo la mandaba a donde estábamos las otras.

Helena nos contaba a mí y a mis amigas que sor Evangelina era muy buena con ella, que le daba la mitad de su buenísima comida, que ya había hecho dos camisas nuevas de dormir y que cada día le daba lecciones. Ella ya sabía contar hasta mil y sabía las tablas de multiplicar hasta la del diez. Le enseñó a leer perfectamente y la ponía a que le leyera la vida de los santos o la pasión de Cristo. Un día nos contó que estaban leyendo la historia

de una santa muy joven y muy linda que le habían sacado los dos ojos con unas cucharas y le habían cortado los dos senos y que todo junto lo habían puesto sobre un grande plato de plata y se lo habían ofrecido a un grande señor muy rico y poderoso, pero que por la noche los ángeles habían bajado del cielo y se habían llevado la santa al paraíso. El hombre rico, que era muy malo, se había vuelto ciego por castigo de Dios. Otra vez nos dijo que le había regalado un libro que se llamaba el Lector colombiano que tenía muchas historias, pero cuando venía con nosotras no le dejaba sacar nada.

En mayo, el día de la fiesta de la Virgen, las hermanitas Santos hicieron la primera comunión, yo no sé quién les llevó unos vestidos blancos largos bellísimos, en la cabeza tenían unos velos de punto transparentes sostenidos por unas coronas hechas de florecitas azules y rosadas. Como eran rubias de ojos claros, se veían lindísimas, todo el día las dejaron llevar los vestidos y fueron de salón en salón para que las admiráramos. Yo las miraba y las tocaba con una envidia terrible, como

ellas, me imaginaba que eran los ángeles que estaban con Dios en el cielo.

Un día Helena vino a buscarme al salón de costura porque la superiora quería hablarnos. Fuimos al despacho y nos dio la llave del dormitorio para que fuéramos a ponernos los delantales de ir a la misa, que nos laváramos los pies, la cara y las manos y que nos peináramos. Cuando Helena me estaba haciendo las trenzas apareció sor Evangelina, me dijo que me quitara esos horribles anteojos negros y nos dijo que íbamos a ver al Obispo, que cuando nos acercáramos a él debíamos arrodillarnos y besarle la mano.

El Obispo nos esperaba con la superiora en el mismo salón donde entramos el primer día cuando las monjas nos llevaron al convento. Cuando me arrodillé vi que la sotana y las medias del Obispo eran rojas y me puse a llorar, nadie entendía por qué lloraba, el Obispo me quiso tocar y yo me puse contra la pared. La directora le empezó a contar cómo unos indios nos habían abandonado en la estación de un tren y que otras monjas y un cura

nos habían recogido y nos habían traído donde ellas. De nuestra familia no se sabía nada y, lo más grave, no se sabía si estábamos o no bautizadas. Siguieron discutiendo mucho rato, luego empezaron a llegar las otras monjas, todas muy agitadas. Sor Carmelita viéndome llorar se acercó y me preguntó por qué lloraba.

—Porque ustedes nos van a dar al Diablo.

—¿Cuál Diablo?

—Él...

Y con el dedo señalé al Obispo. Todas se quedaron mudas, el Obispo me preguntó muy dulcemente por qué yo pensaba que él era el Diablo.

—Porque yo lo conozco por el vestido rojo.

Todas se pusieron a reír, menos Helena que me dio una palmada en la boca. Ella ya sabía qué quería decir obispo.

Nos llevaron a la capilla y él nos dio la confirmación, luego nos regaló a cada una una medalla de plata con la imagen de la Virgen. A sor Evangelina le dio un billete y le dijo que para que nos compraran algo que nos hiciera falta. Sor

Evangelina nos compró tela blanca para hacernos calzones y a Helena le hizo además un corpiño, porque le estaban saliendo los senos y había que apretárselos porque se veía inmoral.

Fue sor Evangelina quien se encargó de prepararnos para la primera comunión. Todos los días después de las once Helena venía a buscarme e íbamos al apartamento de sor Evangelina. Ella se sentaba en una grande silla de raso verde oscuro y Helena le ponía la banqueta de terciopelo rojo debajo de los pies. Nosotras nos sentábamos en el suelo, Helena junto a ella y yo más lejos.

Fue en esa época que me di cuenta que sor Evangelina quería mucho a Helena. La hacía trabajar como su sirvienta, pero la quería; todo el tiempo le acariciaba la cabeza y todo lo que Helena decía o hacía, ella lo encontraba maravilloso.

Yo me aburría a morir en esas lecciones de catecismo y las explicaciones de qué eran los sacramentos y, de nuevo, los mandamientos y los pecados y que en la hostia recibíamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La mayor parte del tiempo no

entendía nada de lo que nos explicaba. Helena ya podía leer y estudiar el catecismo, yo tenía que aprender todo de memoria y, como me aburría y me distraía, no se me quedaba nada.

Helena tenía una memoria y una facilidad para aprender las cosas que era prodigiosa. Sor Evangelina decía que era la china más inteligente y más bonita de todo el convento. Esa superioridad de Helena me fue creando un verdadero complejo. Todo lo que era aprender lo detestaba, solo me gustaba inventar yo misma las historias, imaginar cosas; en cambio del catecismo y la aritmética hubiera preferido que me dejaran tocar el piano y el armonio, ir al solar y subir a los árboles, prefería pensar en las historias de Tarrarrurra que en las historias de la historia sagrada. Los bordados me gustaban porque podía inventar nuevas puntadas y nuevas formas de realización. Por eso era la preferida de sor Carmelita, que decía que yo sería la única que podría reemplazarla más tarde. No sé si lo decía en serio, pero el destino quiso que se realizara, pues la pobre se volvió casi ciega.

Volviendo a la primera comunión, sor Evangelina no pudo soportar más mi estupidez y además yo sentía que me detestaba sinceramente. Un día me dijo:

—No la soporto más y no vuelva. Yo detesto la gente fea y la estúpida y usted tiene las dos.

Fue sor María Ramírez que se hizo cargo de prepararme para la primera comunión. Helena siguió su preparación con sor Evangelina.

Si tú me preguntas cuál fue el primer amor de mi vida, tengo que confesarte que fue sor María. Era un amor rarísimo, era como si fuera mi mamá, mi papá, mi hermano, mis hermanos y mi novio. Ella reunía para mí todos los tipos de amor y todos los matices de la ternura. Alta, muy delgada, de movimientos ágiles y elegantes, la piel tostada, ojos negros penetrantes y al mismo tiempo un poco tristes. Todas las facciones de su cara eran perfectas como en equilibrio, pero sus facciones no eran ni femeninas, ni masculinas, yo diría que no tenía sexo. Era la belleza y el equilibrio perfecto por encima del sexo. A veces parecía un poco dura o masculina y otras veces era de una

ternura y dulzura extraordinarias. No debía ser muy inteligente ni muy instruida. El hecho de que fuera la directora del salón de plancha probaba su nivel cultural, además ella me contaba que su familia era muy pobre, ella era la número trece de dieciocho hermanos. Había nacido en un pueblito cerca de Cali. Como yo estaba en el salón de bordados, el salón de las privilegiadas, no la veía casi nunca. Ella dormía en nuestro dormitorio, pero, fuera de las oraciones de la mañana, no tenía nada que ver con ella.

Solo empecé a quererla cuando me estaba preparando para la comunión. Yo bajaba todas las tardes al salón de plancha, salíamos a pasearnos solas por los patios y el solar, ella me tomaba de la mano o yo me colgaba de su cintura. No es que con ella aprendiera más que con sor Evangelina, no, pero como me hablaba más simplemente y además sentía que me quería, pues me parecía más fácil y más claro.

Dos meses duró la preparación, ella me traía cada día algo escondido en sus bolsillos, o un caramelo o una fruta o la estampa de un santo. Yo

robaba flores, las más chiquitas, en el solar, se las ponía entre sus manos y le pedía de guardarlas todo el tiempo en su bolsillo para que se acordara de mí cuando yo no estaba con ella. Cuando pasábamos las puertas o los sitios donde ella estaba segura que nadie nos veía, me abrazaba fuertemente y me llenaba la cara de besos, yo le besaba los ojos y la punta de cada dedo de sus manos. Cuando en horas distintas a las lecciones la veía atravesar un patio o un salón o simplemente entrar a la capilla o pasar a comulgar a la hora de la misa, mi corazón se ponía a saltar y la respiración se me detenía. Cuando no la veía, estaba todo el tiempo hablando con ella mentalmente e inventaba historias para contarle. Ella fue la única que durante toda mi infancia me dijo que yo era muy inteligente, naturalmente no le creí, para mí la sola inteligente era Helena.

La directora decidió que la mejor fecha para que hiciéramos la primera comunión era la noche de Navidad en la misa de gallo, a la misma hora en que nacía el niño Jesús. Yo le dije a sor María que ella tenía que ayudarnos a conseguir unos vestidos

blancos como los de las niñas Santos, porque yo no quería hacer la comunión sin vestido blanco. Se puso muy triste y me dijo que ella no podía hacer nada, que las únicas que podían eran la directora y sor Evangelina. Ese día me di claramente cuenta de que en el convento, como más tarde lo comprendí en el mundo, la humanidad se dividía en clases sociales y el poder solo lo podían tener los de las clases privilegiadas. Sor María Ramírez nunca hubiera podido hacer la vida que llevaba sor Evangelina. Ella vivía tan ignorante de lo que pasaba entre sor Evangelina, la señorita Carmelita y la directora como nosotras. Ella, como sor Honorina y sor Inés y sor Teresa, era simplemente la esclava de las otras y esa visión se me fue aclarando y confirmando cada día más. Esas tres señoras representaban la aristocracia y el resto éramos la chusma.

A Helena no la veía desde hacía muchos días, pero, como era el momento de hacer los ramilletes para el niño Jesús y las cartas para pedirle lo que queríamos de Navidad, decidí ir donde la señorita Carmelita para que me escribiera una carta rápida

para el niño Jesús pidiéndole a él los vestidos. Ella me la escribió sin hacer ningún comentario. Me escapé por la escalera de las monjas, que era prohibida para nosotras y fui a la capilla a poner junto al altar la carta para el niño Jesús. Cuando ya había puesto la carta, me volteé y vi que la directora estaba inclinada en su reclinatorio rezando. Me miró y no dijo nada, yo salí corriendo.

Los días pasaban, la Navidad se acercaba y el niño Jesús no nos enviaba los vestidos. Tres días antes vino el padre Beltrán para confesarnos. Yo le dije que le había escrito al niño Jesús pidiéndole un vestido blanco y solo faltaban tres días y los vestidos no llegaban, que yo no quería hacer la comunión sin vestido. Se puso furioso y me dijo que eso era un pecado de vanidad, que me arrepintiera y no pensara más, que lo único que tenía que tener blanco era mi alma y no el vestido. El mismo día de Navidad por la mañana vino de nuevo el padre Beltrán para hacernos la última confesión y para prepararnos para la comunión. Yo estaba triste y de mal genio, no creo que escuché

lo que nos decía. A las seis de la tarde sor Teresa vino a buscarme, fuimos a la lavandería donde había una grandísima alberca de quince metros de larga y dos de ancha, alrededor estaban los lavaderos de la ropa. A esa hora ya nadie estaba lavando. Sor Evangelina llegó con Helena, nos hicieron desvestir y nos pusieron unos chingues o camisolas largas grises. Sor Evangelina lavó a Helena la cabeza y sor Teresa a mí. Nos hicieron frotarnos los pies, la cara, los brazos y las piernas con un estropajo, luego empezaron a tirarnos baldados de agua helada. Yo creía que me iba a morir del frío, no podía ni respirar. Nos secaron bien el pelo y nos llevaron al dormitorio y nos hicieron acostar sin haber comido nada; dijeron que como íbamos a comulgar a medianoche no podíamos comer sino hasta después de la misa de medianoche; que ellas vendrían a despertarnos a las once de la noche. Cerraron con llave el dormitorio y se fueron. Yo me puse a llorar por el vestido y Helena me dijo que yo era una china pendeja, que las niñas pobres no hacían la primera comunión con vestido blanco.

—¿Y las Santos? ¿Las Santos son ricas?

—No, pero las protegen los ricos.

Me volteé y me dormí.

A las once de la noche vino sor Teresa a despertarnos. Se sentían los gritos de las otras niñas que estaban en recreo esperando la hora de la misa. Yo me moría del sueño. Nos pusimos los delantales de la misa y salimos del dormitorio. Sor Evangelina nos estaba esperando en el corredor.

—Vengan conmigo. —Tomó a Helena de la mano, yo iba detrás.

Cuando llegamos al apartamento de ella, yo vi sobre la cama dos vestidos blancos maravillosos, mucho más lindos y lujosos que los de las Santos. Los ojos se me llenaron de lágrimas de la felicidad.

—Son de mis sobrinas que me los han prestado para ustedes. Por caridad no los vayan a dañar ni a manchar.

Sor Teresa llegó corriendo y entre las dos empezaron a vestirnos. Sor Teresa hablaba todo el tiempo de la belleza de los vestidos, las coronas no solo tenían flores sino también perlas que

brillaban. Cuando nos fueron a poner los zapatos, yo me moría de la risa, eran los primeros zapatos que me ponía en mi vida y me quedaban grandísimos, en cambio los de Helena le quedaban chiquitos, la pobre caminaba como patoja, yo caminaba arrastrando los pies para que no se me salieran. Cuando nos terminaron de vestir, sonó la campana para la misa, nos hicieron subir a la capilla por la escalera de las monjas y entramos por la puerta donde la señorita Carmelita oía la misa. Cuando nos vio, nos hizo acercar y dijo que los vestidos eran bellísimos. En la mitad de la capilla, junto al altar, habían puesto dos reclinatorios para nosotras. Cuando entramos a la capilla sentíamos que todas las niñas hacían «¡jjjah!!!», pero al hacer la genuflexión yo perdí uno de los zapatos, todas se pusieron a reír y yo también reí.

Empezó la misa a las doce en punto de la noche. El padre Beltrán levantó el velo que cubría el niño Jesús que estaba acostado sobre una cuna de raso rosada y la cuna estaba entre nubes de algodón. La capilla estaba toda iluminada y llena de flores. La

directora se levantó y se acercó a nosotras y nos hizo pasar y arrodillarnos en todo el centro de la mesa de la comunión. Yo estaba emocionadísima y creo que en ese momento estaba amando de verdad al niño Jesús que iba a recibir por medio de la hostia. En la misa cantamos villancicos y la directora tocó lindo el armonio.

Cuando la misa se terminó, nosotras nos levantamos para salir por la puerta de nuestras compañeras, pero la mano de sor Evangelina nos detuvo, nos hizo salir por la puerta por donde habíamos entrado, nos hizo bajar la escalera privada, nos llevó a su apartamento, nos hizo quitar los vestidos, nos pusimos nuestros viejos delantales, sacamos los pies de entre los zapatos y nos dijo de ir con las otras al comedor para comer algo. Yo solo comí mis propias lágrimas.

Felices Pascuas.

EMMA

## Carta número 18

Faltaban seis meses para la fiesta de San Pedro y la madre superiora, como todos los años, reunió a las monjas en su apartamento para decidir con ellas qué clase de regalo le iban a enviar al Papa a Roma el día de su santo. Todas estuvieron de acuerdo en hacerle un alba bordada. Alba es esa especie de camisa larga hasta el piso que se pone debajo de la casulla para decir la misa. La tela que eligieron fue un olán cristal finísimo y blanco como una nube.

Sor Carmelita pasó más de un mes haciendo el dibujo. El motivo principal eran espigas de trigo, ramos de uvas y en el centro en la parte de adelante había un grande cáliz del que salía una hostia con rayos y sobre los rayos con las alas abiertas una paloma que representaba el Espíritu Santo. Terminaba la parte baja en varios calados en forma de encajes y remataba con un borde de frivolidad hecha en hilo de crochet. Las mangas también iban bordadas hasta los codos, el cuello y

los hombros eran de una riqueza de detalles extraordinaria. Creo que la madre superiora no exageraba cuando nos dijo que sería la más bella alba del mundo.

Era un período de mucho trabajo. La Turca, la mejor clienta que tenía el convento, había llevado a bordar tres manteles de lino para una mesa de cuarenta personas. Cada servilleta tenía un metro por un metro de grande. Cada mantel tenía cuarenta canastas, en uno las canastas eran llenas de flores, en el otro de frutas y el tercero era lleno de pájaros y mariposas que volaban sobre ramos de violetas. El dibujo daba vuelta al mantel en forma de guirnalda sostenida por lazos de cintas. En el centro de cada mantel también entre flores el inmenso monograma M. G. R.

El salón de bordados estaba lleno de bastidores pegados uno contra otro. Cuando alguna tenía que ir al inodoro o a lavarse las manos, tenía que salir en cuatro patas por entre las piernas de las otras. Todas las niñas capaces de bordar bien o mal estaban ocupadas en los manteles o en las servilletas de la Turca. Nos habían aumentado de

una hora el tiempo de trabajo, que era tiempo que nos lo quitaban de los recreos. En cada bastidor había una grande bordadora que dirigía y enseñaba a las otras y era responsable del material de trabajo. Debía controlar la limpieza de las manos para que no ensuciaran la tela o los hilos con el sudor. Había algunas que les sudaban tanto que la aguja chillaba cada vez que entraba o salía de la tela; para esos casos había junto de los lavamanos una pared con cal fresca en la que frotábamos las manos mojadas y el resultado era fantástico.

Lo más difícil de enseñar era que durante el trabajo no debían ni meterse los dedos a la nariz ni a los oídos, ni rascarse la cabeza ni tocarse los pies ni meter las manos en los bolsillos sucios, esa era la disciplina más difícil para las principiantes. Elvira Cubillos, por ejemplo, era muy buena bordadora y trabajaba a una rapidez de máquina de coser pero tenía el defecto de que se le escurrían las babas encima del bordado. A la pobre teníamos que amarrarle una toalla alrededor de la boca y el cuello, lo que le impedía hablar. Cuando terminaba el día, la toalla quedaba de torcer. Con

las que les escurrían los mocos el problema era peor, porque tenían que frotarse la nariz cada rato contra la parte alta de la manga del delantal.

La madre superiora y sor Carmelita decidieron que fuera yo la que hiciera el alba para el Papa. La única cualidad que las monjas me reconocieron siempre fue la de ser la mejor bordadora, tal vez porque me habían formado desde muy chiquita, y no solamente conocía todos los secretos y mañas que exigía cada tela, cada tipo de bordado y el empleo de los hilos según su consistencia, sino que, además, era la única que tenía el don natural del dibujo, es decir, que al momento de bordar no lo deformaba, sino que, al contrario, lo perfeccionaba, esa cualidad les daba la seguridad que no había que estar detrás de mí controlándome y que cada trabajo que hacía salía casi perfecto.

La Turca pagaba muy bien y daba mucho trabajo al convento, pero el alba para el Papa era más importante que todo el resto y por lo tanto tenía que ser hecha por las mejores manos. También representaba una especie de premio y honor. Trabajar para el Papa era casi tener el cielo

asegurado y la conducta de las que trabajaban cada año para él no podía ser la misma que se tenía cuando se trabajaba para la Turca, que según las monjas era una atea y era mucho lo que nos hacían rezar cada día al comienzo del trabajo para que Dios la iluminara y le diera la luz de la fe cristiana.

Yo sabía lo que me esperaba con ese trabajo; a la menor falta salía a relucir el Papa. Yo era indigna de trabajar para él, una pecadora, no podía tocar una cosa que el Papa iba a poner sobre su cuerpo. El Papa es la encarnación de Cristo en la tierra. Todo lo del Papa era sagrado como era sagrada la hostia de la comunión... Ese discurso y otros ya los sabíamos de memoria, lo que no impedía que cada año a la misma fecha nos los repitieran de nuevo.

Sor Carmelita había dibujado el alba completa sobre la pieza de olán. Ayudadas por ella, armamos el enorme bastidor que instalamos al fondo del salón, donde no había el tráfico de las otras niñas, no solamente para evitar accidentes, sino para mostrar que no era una costura como las

otras. Alrededor de ese bastidor no podían pasar sino las monjas y la niña o las niñas que trabajaban en él. Sor Carmelita calcó el dibujo de la parte baja del alba, que era el más importante y yo calqué el dibujo de las mangas, los hombros y el cuello; cubrimos todo con papel de seda y lo enrollamos sobre los palos hasta dejar solamente una banda de un metro de ancho, luego templamos el bastidor. Cubrimos todo con dos sábanas, dejando descubierto solo un pedazo de veinte centímetros donde aparecía la primera parte del dibujo. Preparé los hilos de acuerdo al número de grosor, las agujas, las tijeras, los punzones y el papel, que servía para darle brillo al bordado. Cuando todo estuvo listo, sor Carmelita llamó a la madre superiora, que vino con el balde de plata donde estaba el agua bendita de la capilla, le echó la bendición al bastidor y mientras rezábamos diez padrenuestros por la salud y la vida del Papa, ella echaba agua bendita alrededor del bastidor. Luego me hizo arrodillar y me dio la bendición, con ese rito quedaba autorizado el principio del trabajo.

Por dos meses yo estuve sola como una reina en

mi grande bastidor. Ese período de trabajo coincidió con una crisis mística que combinaba con mi amor por sor María. Nunca he amado más a Jesús; lo amaba chiquito recién nacido, lo amaba ayudando a San José en la carpintería, lo amaba hablando con los discípulos, lo amaba en la cruz, en la resurrección y en el cielo. Cuando me acercaba al altar para recibir la comunión, me temblaba el cuerpo entero de amor. Durante la misa miraba fijamente los ojos del Sagrado Corazón y varias veces tuve la impresión que sus labios se movían o que me sonreía. Un día que vino el padre para confesarnos, yo me arrodillé junto al altar y escrupulosamente buscaba en lo más profundo de mi mente todos mis pecados con miedo de olvidar alguno. Mirando siempre los ojos del Sagrado Corazón, le suplicaba me perdonara y me ayudara a ser más buena para poder estar más cerca de él. Las lágrimas rodaban por mis mejillas, me sentía tan pecadora; de nuevo había dicho mentiras, de nuevo había sentido odio por sor Teresa, de nuevo había peleado en el recreo porque me querían quitar la pelota, de

nuevo le había sacado la lengua a sor Inés porque no me dejaba subir a los árboles. Deseaba tanto ser buena, que pensé que si me hacía monja tal vez sería más fácil y tal vez podía llegar a ser santa como Santa Teresa. En un minuto tomé la decisión. Sí, yo sería monja. Pasé al confesionario, le dije mis pecados al padre y, cuando terminó de darme la penitencia, le dije que había tomado la decisión de hacerme monja, que si él me ayudaba, que yo sabía que para ser monja había que dar una dote y yo no tenía dinero.

El padre Beltrán saltó dentro del confesionario como si lo hubiera picado una culebra, tosió, se frotó las narices de abajo para arriba, se rascó una oreja, metiéndose el dedo meñique y acercando bien la cara contra la reja del confesionario, me dijo:

—Yo creo, hija mía, que debe quitarse esa idea de la cabeza. Soy yo quien se lo ordeno, no piense más en eso.

—Pero, padre, yo sé que lo único que quiero ser es monja. ¿Es porque no tengo dinero?

—No, hija, no es por el dinero, es que para ser

monja hay que tener papá y mamá y estar segura de haber nacido de una familia cristiana.

—Padre, una niña me dijo que uno no nacía como las flores que salían de debajo de la tierra, que no volviera a decir que no tenía ni papá ni mamá, porque sin papá y mamá nadie podía nacer.

Se metió el dedo índice en uno de los huecos de la nariz.

—Tu amiga tiene razón, hija. Todos tenemos papá y mamá, pero si uno no sabe quiénes son, es igual que haber nacido como la flor de debajo de la tierra y, cuando uno nace así, no puede entrar a la carrera religiosa. Reza mucho hija, no pienses más en eso. Usted puede igual servir sin ser monja.

—Pero yo quiero ser monja.

—Hija, uno no hace todo lo que quiere, sino lo que Dios quiere.

—¿Entonces es él que quiso que yo naciera entre un pecado? ¿Y que no pueda ser monja?

Se hizo el que no me había oído y empezó a darme la bendición.

Esa misma noche hablé con sor María a la hora del recreo; ella también me dijo que el padre tenía

razón, que ella también iba a rezar por mí. Pero yo no quería creerle a ninguno de los dos. Mientras trabajaba, pensé que, si supiera escribir, podría escribirle una carta al Papa y esconderla en una de las mangas para que la encontrara cuando se la fuera a poner; mentalmente le escribía cartas que duraban todo el día, en ellas le contaba toda mi vida, le hablaba del Niño, de Eduardo, de la señora María, de mi hermanita y le decía además que las monjas eran malas con nosotras, que nos pegaban, que nos hacían sufrir de hambre. De sor María le decía que era la única que era un ángel. Otras veces imaginaba que el Papa había recibido mi carta y que me contestaba y me ponía a imaginar diversas respuestas. Otras veces pensaba que el Papa iba a venir al convento, iba a pedir a la madre superiora que quería hablar conmigo e imaginaba la cara de sorpresa de todas las monjas. Pero eso era sólo un sueño, yo sabía bien que el Papa, como nosotras, estaba encerrado en un convento y no podía salir al mundo; así se pasaban los días y los meses y mi cabeza se fue cansando de pensar y, como me lo había pedido el padre

Beltrán, poco a poco fui olvidando mi deseo de querer ser monja y también fui olvidando mi pasión por Jesús.

Un día llegó la superiora a revisar los trabajos y se dio cuenta que yo sola no iba a alcanzar a terminar el alba, la tela era demasiado fina y el bordado era demasiado minucioso. Después de hablar largamente con sor Carmelita ordenó que cinco de las buenas bordadoras que estaban trabajando para la Turca pasaran a trabajar conmigo en el alba y ordenó además que trabajáramos también por la noche. Esa fue una gran fiesta para nosotras, trabajar por la noche quería decir uno y mil privilegios. Primero no teníamos que ir a la misa sino los domingos. Comíamos solas en una pequeña sala junto al salón de costura, nos aumentaban la comida, carne todos los días y dos vasos de leche al día, pero lo que era el máximo de nuestra felicidad era el chocolate con pan que nos daban a la medianoche antes de irnos a dormir. El chocolate solo nos lo daban una vez al año el día de la fiesta de la superiora, o en el caso excepcional de que tuvieras un trabajo

urgente y trabajaras durante la noche.

Para colmo de mi felicidad, nombraron a sor María para que nos cuidara durante la noche. Creo que fueron los días más felices de mis años de convento, estaba tan feliz que me volví payaso, no recuerdo lo que decía ni lo que hacía, pero sí recuerdo que mis compañeras y sor María reían hasta las lágrimas. De noche no podían exigirnos como en el día que trabajáramos sin hablar. Levantadas desde las cinco y media de la mañana y trabajando dieciocho horas por día, si no hubiéramos hablado, hubiéramos caído como moscas muertas, dormidas sobre el bastidor. Pero una noche, por mala suerte, hicimos demasiado ruido. Ester se había subido sobre una silla y estaba imitando a todas las monjas y al padre Bacaus diciendo la misa; el asiento se rompió y cayó al suelo, arrastrando detrás de ella las cuerdas de la luz de las lámparas que iluminaban el bastidor. Naturalmente a la mañana siguiente todo el mundo vio el desastre, todas las lámparas estaban en pedazos. La superiora nos llamó una a una a su apartamento y dos de ellas decidieron

echarme a mí toda la culpa. Fueron las hermanitas Santos, que me odiaban porque un día les pegué a las dos porque me robaron un plátano y mi pan que me había regalado Ester porque tenía dolor de estómago. Yo había logrado agarrarlas a las dos de la garganta y, apretándolas contra la pared, les hice vomitar mi pan y mi plátano y fue mucho mérito porque las dos eran más grandes que yo, pero las tomé por sorpresa cuando estaban sentadas en el suelo. La directora me castigó a trabajar solamente de día, tenía que entrar al dormitorio al tiempo con todas. El dormitorio de Santa Teresita lo cuidaba sor Trinidad. Mientras nos desvestíamos, rezábamos en alta voz, pidiéndole a Dios que tuviera misericordia de nosotras y que no nos fuera a quitar la vida durante el sueño y que si nos la quitaba nos perdonara y no nos fuera a cerrar las puertas del Cielo.

Sor Trinidad entretanto se paseaba con los ojos bajos para no mirarnos, porque, si por mala suerte se nos escurría la camisa de los hombros, ella tomaba el riesgo de pecar mirando alguna parte de nuestro cuerpo. Cuando ya todas estábamos

acostadas, cerraba las puertas con llave y entraba a su celda para acostarse, teniendo cuidado de poner las llaves debajo de la almohada para que no fuéramos a robárselas durante el sueño. Yo sabía todo eso y naturalmente no podía ni pensar en que podía obtener las llaves. Mi cama estaba enfrente a una puerta de vidrios que naturalmente estaba cerrada con veinte candados. Esa puerta daba al corredor donde la superiora nos daba las buenas noches y en ese corredor estaba el gran reloj de péndulo que sonaba como el corazón de una vaca cuando ha corrido. Esa puerta no la abrían nunca, pero los vidrios estaban sostenidos con cantidades de puntillas muy finas que parecían como alfileres. Yo esperé mucho tiempo, ya ninguna se movía en la cama por debajo de las cobijas. Sin sacar la cabeza me puse el delantal y los calzones encima de la camisa de dormir, me dejé escurrir y, arrastrándome por debajo de mi cama me acerqué a la ventana. Casi sin respirar y sirviéndome de mis tijeras, empecé a quitar uno a uno cada clavo hasta que el vidrio quedó libre. El hueco no era muy grande, pero suficiente para

dejarme deslizar haciendo contorsiones de gusano. Mi corazón palpitaba casi tan fuerte como el tictac del reloj. A toda velocidad atravesé los dos patios y aparecí como una visión en la puerta del salón de costura. Sor María, que como de costumbre estaba zurciendo las medias de las monjas, se puso blanca como el alba del Papa. Las niñas se morían de la risa, hasta las Santos parecían divertirse de mi audacia.

Sor María quiso regañarme, pero su amor por mí era más fuerte. Eso sí, me hizo prometerle que no lo haría nunca más. Yo vi que sus ojos estaban tristes, yo sabía que el castigo también era para ella. Hubiera querido tirarme en sus brazos y besarle la cara, los ojos, la boca, decirle que yo también sufría y que la amaba más que si hubiera sido mi mamá y mi hermanita juntas. En esos momentos la quería con locura. Me arrodillé junto a ella y le besé las manos, ella me picó dulcemente la punta de la nariz con la aguja que tenía en la mano. Le pedí que agachara la cabeza y le dije al oído que por amor a ella iba a volver al dormitorio.

—No, no —se apresuró a decirme—. Ya voy a bajar al claustro para hacer el chocolate. Acompáñeme y luego se va a acostar. Haré también para usted.

Cuando estábamos bajando la escalera, sor María me pasó el brazo por los hombros, yo me prendí de su cintura. En ese momento me di cuenta de cómo era de grande; pensé en una foto amarilla y sucia que me había mostrado Inés Roza. Ella había nacido en un circo y en la foto estaba ella prendida de la pata del elefante, el elefante tenía los ojos perforados por una aguja. Me dijo que era ella quien le había metido la aguja en los ojos un día que estaba furiosa porque su mamá quería más al elefante que a ella, porque, si la hubiera querido a ella más que al elefante, era el elefante el que debería estar en el convento. En silencio habíamos atravesado los dos patios y la lavandería, cuando llegamos a la puerta del claustro. Se acurrucó junto a mí, me envolvió en sus brazos y apretándome fuerte contra su pecho me besó toda la cara en todas direcciones y a una velocidad como si estuviera de mucho afán; yo solo le pude

besar un ojo.

—Espéreme aquí, las tazas y el pan ya están listas, solo tengo que calentar el chocolate.

Ninguna de las niñas, ni grande ni chica, tenía nunca el derecho de entrar al claustro de las monjas. Como no lo conocíamos, habíamos inventado toda clase de historias sobre él. Lo imaginábamos como imaginábamos el paraíso. Todo lo que para nosotras representaba felicidad estaba guardado en el claustro: era del claustro que salían el pan, los plátanos, la panela; era del claustro que salían los regalos de Noel; era del claustro que salía la ropa que nos regalaban y era del claustro que salía la monja que amábamos, porque cada una tenía preferencia por alguna como ellas por nosotras. La noche era negra como una sotana nueva, no había ni una sola estrella. Un viento helado me hacía inflar la camisa de dormir que yo tenía con las dos manos para que no se levantara. El patio inmenso todo de ladrillo, estaba húmedo, las plantas de los pies se me estaban helando. Sor María se demoraba demasiado, tal vez el carbón ya estaba apagado y

había tenido que prenderlo. Sentí que el reloj daba una hora larga, tal vez las once o tal vez las doce. Una ráfaga de viento, más fuerte que las otras, me hizo voltear la cabeza.

Fue en ese momento que lo vi: estaba al fondo del patio, contra el alto muro que nos separaba del mundo. Primero era estático, luego empezó a avanzar lentamente hacia mí con los brazos estirados hacia delante. No dudé ni un momento, yo sabía que era él, igualito a como nos lo había descrito la madre superiora millones de veces en sus conferencias. Alto, muy alto, ojos enormes que echaban fuego, el pelo verde, eran muchos verdes juntos. Los cachos eran más grandes de lo que yo había pensado, los dientes enormes, blancos y parecía que avanzaran más adelante que su boca, las manos y las uñas eran larguísimas, de la punta de las uñas salían llamas, avanzaba sin pisar el suelo, envuelto en un gran manto de fuego rojo, violeta y verde, por encima de su cabeza había nubes de humo que eran blancas y azules. Yo estaba derecha, petrificada, solo mis rodillas se golpeaban la una contra la otra. Quería gritar, pero

no me salía la voz, mi corazón no palpitaba, galopaba como un caballo, un sudor frío escurría debajo de mis brazos y detrás de mis oídos. El estómago se me volvió de piedra. Él avanzaba sin hacer ningún ruido, entre el pelo sentí un hormiguelo que me bajaba por la espalda; me pareció una eternidad el tiempo que empleó en atravesar el patio, yo sabía que venía para llevarme, el resto se pasó en un segundo. Ya estaba tan cerca que veía los largos pelos que colgaban de sus brazos. No sé cómo me salió el primer grito, tampoco sé cómo pude recuperar el movimiento. No corría, no... Volaba sin tocar el suelo, no sé cómo atravesé los patios, ni cómo subí la escalera, ni cómo atravesé el hueco de la puerta donde había quitado el vidrio.

Al lado derecho de mi cama dormía Dolores Vaca, yo la detestaba porque tenía fama de santa. Cuando volví a la vida, yo no estaba en mi cama sino entre la cama de la Vaca y agarrada a su cuello gritando.

—Con la Vaca no me coge el Diablo, con la Vaca no me coge el Diablo.

Ella luchaba desesperadamente por liberarse de mí. Mis gritos no eran gritos, eran alaridos de animal herido. No hubo una sola de las niñas ni de las monjas, incluida la portera, que dormía al otro extremo del convento, que no se despertara con los gritos, la confusión fue total, las niñas se precipitaron a las puertas de los dormitorios pasando sobre las camas, pisándose y atropellándose las unas a las otras. Las monjas salieron de sus celdas en camisa, nadie encontraba las llaves para abrir las puertas de los dormitorios, unas gritaban, otras lloraban y todas querían huir sin saber ninguna lo que había pasado. La madre superiora tuvo un síncope, la señorita Carmelita se cayó de la cama y hasta la mañana siguiente no la pudieron levantar. Cuando lograron desprenderme de la Vaca, yo vi a sor María contra la ventana. Tenía la cara cubierta con las dos manos. Era ella la que había corrido detrás de mí y no el Diablo. Hasta la hora de la misa, el convento no volvió a recuperar su aspecto normal. La grande catástrofe la descubrieron solamente después del desayuno.

El alba del Papa no era más que tres enormes huecos, las niñas por escapar habían pasado por encima del bastidor. Sor Carmelita lloraba acariciando con la punta de los dedos los bordes de los huecos como esperando el milagro de verlos desaparecer. A las nueve de la mañana la campana del convento sonó una sola vez. Eso significaba que la superiora llamaba de urgencia a todas las monjas. La reunión no fue larga, diez minutos más tarde vimos llegar a la superiora acompañada de todas menos sor María. Su cara era dura y severa. Todas nos pusimos de pie, lo que hacíamos siempre que ella llegaba a los salones de trabajo. Cuando pronunció mi nombre, yo estaba junto al bastidor del alba.

—Acérquese.

Yo atravesé calmadamente el salón. No hubiera podido hacerlo de otra manera, porque todo mi cuerpo estaba como una madeja de hilo y además me parecía que nada me importaba, nada. Yo sabía que no me llamaba para felicitarme. Cuando me dijo cuál era mi castigo, me pareció absolutamente natural. Un mes privada de comunicación, nadie

tenía el derecho de hablarme, ni niñas ni monjas y un mes de trabajo en la cocina lavando las ollas, los pisos y cargando el agua. Un mes durmiendo sola en el cuarto de los muebles viejos junto a la pieza de la vieja cocinera, un mes oyendo la misa de rodillas sin derecho a sentarme y sola en medio de la capilla. Mi nombre fue borrado de la lista de las hijas de María, me quitaron el delantal de uniforme y me pusieron una especie de camisa larga, gruesa, de tela color tristeza y me dieron un lazo para que la amarrara a la cintura. En la cocina tampoco tenía el derecho de hablar fuera de lo absolutamente indispensable para el trabajo. Como nadie dudó, ni niñas ni monjas, que el Diablo había venido para llevarme, pues no les costaba esfuerzo no hablarme si yo representaba el pecado y el infierno. Al mes, cuando salí de la cocina, sor María ya no estaba en el convento. Nunca nadie supo adónde la mandaron. Sor Trinidad le dijo a una niña que ella creía que la habían enviado a Agua de Dios a cuidar los leprosos.

Ese año, por la culpa del Diablo, el Papa no recibió nuestro regalo.

EMMA  
París, 1972

## Carta número 19

A Germán Arciniegas:

Un día, a la hora del recreo, la monja que cuidaba el jardín nos dijo que esa mañana había visto un nido de pajaritos sobre el Enano: era el nombre que le dábamos al árbol que era el más chiquito y gordinflón de todo el jardín. Con la mano nos mostró dónde estaba ese nido que ella había visto con la escalera y tenía cuatro huevos chiquiticos. Los huevos chiquiticos yo no los conocía y cuando la monja se fue a la clausura yo les dije a mis amigas que iba a subir al árbol. Como un mico me subí al Enano. Cuando con una mano quise tocar los huevitos, me agarraba con tanta fuerza a la rama, que yo misma la rompí y me caí con el cuerpo y la cara contra el suelo. El golpe duro me lo di en el estómago. Alrededor del Enano había un poco de pasto y varias florecitas, pero eso no sirvió para que me protegiera.

El dolor en el estómago me duró todo el día. A la mañana siguiente me desperté con dolores más

fuerzas y cuando me bajé de la cama, aterrorizada vi que en mis sábanas y en mis piernas tenía sangre. Corrí donde la monja enfermera y llorando le dije:

—Me reventé, me caí del Enano y me reventé y me voy a morir.

Ella me hizo subir sobre una vieja cama y me examinó todo el cuerpo hasta los pechos; yo insistía en decirle que era mi estómago que se había reventado. Cuando terminó de tocarme me dijo riéndose que lo que me pasaba no era nada, que eso era normal en todas las mujeres. Me pidió de volver a las cinco porque tenía mucho trabajo. De un grande canasto sacó una bola de trapos viejos y me dijo que me los pusiera uno a uno entre las piernas para recoger la sangre que iba a continuar saliendo.

—Pero no se asuste, eso es normal en todas las niñas.

La caída del Enano y la historia de la sangre y todo lo que me contó la monja, la verdad yo no le entendí todo, ni la mitad que todo eso era normal en todas las niñas y que eso duraba por toda

nuestra vida y muchas cosas más, pero lo único que me quedó en claro en mi cabeza es que eso me pasaría toda la vida y todos los meses y que esa sangre servía para hacer los niños, que yo también estaba nacida de la sangre. Las historias de la sangre y de los niños me dejaron enferma toda, me sentía tan enferma que yo misma me sentía mal. Como no tenía con quien hablar, porque me daba vergüenza y como no tenía ganas de jugar, corrí a la capilla, me arrodillé frente a la estatua de María Auxiliadora, nuestra Virgen, la llamábamos así. Era linda, parecía que sonreía y con los ojos veía que ella también me miraba. No estaba sola, en un brazo tenía a su hijo que lo llamábamos el niño Jesús. Me fastidiaba un poco pensar que ese niño tan bonito lo habían hecho con la sangre de María. Yo la miraba frente a los ojos y empecé a contarle todo, sí, todo lo que yo sabía de mí misma y le conté que me sentía muy triste y muy sola y que yo quería que ella fuera mi amiga y poder contarle todo, todo. Cuando la dejé, sentí yo misma que ya la quería mucho y desde ese día decidí pasar con ella todo el tiempo que me daban para el recreo.

Yo le conté todo, todo lo mío. Ya no me quedaba más y empecé a contarle las historias que yo sabía de mis amigas y cuando terminé con ellas empecé a inventar historias divertidas para entretenerla, la pobre pasaba casi todo el día y la noche sola con su hijito.

Nuestra amistad ya tenía varios días, muchos días y mi tristeza y ese mal que sentía yo misma, porque no podía reír y estar alegre y jugar en el recreo como antes, como ya no tenía nada más que contarle, decidí pedirle que me ayudara, que yo quería muchas cosas, yo quería que ella me hiciera crecer porque quería ser grande como algunas de las otras niñas, le pedí también que me arreglara los ojos, porque todas las niñas me llamaban bizca y torcían los ojos imitándome y se reían todas y yo lloraba y las quería menos. También le pedí a María, ya no la llamaba Señora ni Virgen, ya le tenía tanta confianza que la llamaba María, le pedí que yo quería tener el pelo crespo, porque mi pelo liso no me gustaba y no podía peinarme bonito, también le pedí que yo pudiera cantar... Pero nunca me dio nada de lo que le pedí y, como no hablaba,

empecé a dejarla y volví a jugar con mis amigas.

Ya me había olvidado: el último día que la fui a visitar yo le dije también que yo quisiera conocer todos los animales. Las monjas nos decían que en el mundo había muchos, muchos animales y muy, muy grandes como el Enano.

Cuando estaba chiquita y viajaba con la señora María conocí varios animales grandes: las vacas, los toros, los caballos, los burros, los marranos y otros que se llamaban perros. Pero aquí en el convento solo teníamos animales muy chiquitos. Un gato triste, un gallo que era malo, dos gallinas idiotas y lo que más nos daba miedo eran los ratones y eran chiquitos. También teníamos muchos, muchos piojos y pulgas pero nunca los veíamos en grupo, cada uno estaba siempre solo...

## Carta número 20

Las monjas y las otras niñas supieron que yo me había vuelto amiga de María y también sabían que la quería mucho y yo creo que fueron las monjas que le contaron a la madre superiora.

A la salida de la capilla me esperaba y me dijo que fuéramos a su oficina. Me habló muy bien y muy largo de María Auxiliadora y de Dios y que ella quería, para que yo estuviera más cerca de ellos, que fuera la ayudante de la sacristana directora y responsable de la capilla, sor Teofilita.

Primero me dio miedo, no sabía si era que me quería castigar, pero cuando vi que sacó un caramelo del cajón de su mesa, me di cuenta que era por cariño que me daba ese trabajo. El trabajo era largo y a veces trabajaba hasta la noche tarde. Me dijo que yo no tendría más la obligación de seguir el reglamento como las otras niñas y me dijo cuáles serían mis obligaciones. Solamente oír esa palabra me hizo sentir que esta vez sí estaba de verdad ayudada por María.

A las cinco me llamó la monja sacristana sor Teofilita. Lo primero que me mostró en la sacristía fueron las flores, yo nunca había visto tan bellas como esas, las que había debajo del Enano eran chiquiticas y feas y sin el perfume que tenían las grandes. Cuando me mostró una por una, me dijo cómo se llamaban. Ellas, como nosotras, también tenían un nombre, todas estaban vestidas diferentes y los vestidos que tenían eran bellísimos y con varios colores y, cuando uno las tocaba, la piel de cada una era distinta, pero me enseñó a tratarlas con mucho cuidado y cariño para que no se rompieran. Algunas tenían olores lindos, otras no olían sino al campo.

El trabajo era muchísimo, lavar los pisos de la capilla, de la sacristía y el cuartico junto a la entrada del cura para decir la misa. Todos los días tenía que cambiar el agua de los floreros y eso sí no me gustaba nada. Yo no sé si esas flores hacían caca y orines, pero olían horrible y había que lavar también los palos de esas flores. Claro que, cuando los floreros eran muy grandes, sor Teofilita me ayudaba a bajarlos y a ponerlos. Cuando había

grandes fiestas era terrible, porque poníamos el doble de floreros y el doble de los candeleros y esos candeleros eran para todos los días de cobre, para las fiestas en plata y era yo que tenía que limpiarlos, brillarlos y acomodarlos en los armarios. Lo que fue muy largo de aprender fue los nombres de todos los vestidos y capas y camisas largas, todas bordadas y cantidades de trapos que se ponía en el cuello, en la cintura y en los brazos el padre antes de ir a decir la misa...

En esas fiestas yo llegaba a mi cama a veces a medianoche, tan cansada que me metía en la cama vestida y, una vez, la monja que nos cuidaba en el dormitorio me vio y me castigó haciéndome arrodillar por tres días en el centro de la capilla toda sola para que las otras y el cura vieran que yo era mala y desobediente. La verdad solo lo hice tres veces, claro que a la superiora no le gustó, pero cada vez me perdonaba, amenazándome con que la próxima vez me quitaría mi trabajo por ser indigna delante de Dios y María de estar todos los días junto a ellos. En esa época yo no sabía ni escribir ni leer y sor Teofilita tan querida me

enseñó a leer los colores en los papeles que ella me dejaba para que supiera de qué color tenía que preparar la casulla y si eran necesarios los manteles en el altar y en el comulgatorio.

En el cuartico por donde entraba el cura para decir la misa, sor Teofilita y yo teníamos cada una un reclinatorio y un asiento, veíamos la misa de lado pero a la hora de la comunión entrábamos a la capilla hasta el comulgatorio para recibir la comunión. Después de la comunión yo conversaba un poquito con Dios y con María y salía a la carrera hasta la cocina con el incensario, bailándolo en el aire mientras atravesaba los cuatro patios enormes y donde yo estaba sola única y, la verdad, en esos momentos me sentía tan contenta que daba hasta saltitos en los dos pies. La vieja negra, que yo la quería tanto, tanto y le daba besos, se llamaba Bolita, era la cocinera y era ella que me encendía el incensario. Sor Teofilita me dijo que no creía que fuera su nombre de verdad, que la llamaban así porque era gorda y cantaba todo el día y le temblaba la voz y los pechos que eran gordísimos. Pero yo creo que nació para que

nosotras la quisiéramos como una mamá. También había una vieja agria como un limón que hacía el pan y, cuando cerraba con candado la panadería y se iba a su cuarto, con una escoba donde amarrábamos un tenedor, le robábamos el pan por el hueco que había en una ventana para que el aire le entrara al pan. Después de la misa tenía que correr otra vez a la cocina para llevarle el desayuno al cura. El charol era tan pesado que tenía que llevarlo casi sin respirar para que no se me cayera...

El desayuno era tan bueno, tan bueno, que la boca se me llenaba de babas de la gana que tenía de sentarme a comérmelo. Huevos pericos, chocolate, jugo de frutas, varios panecitos y bizcochos hechos por las monjas y que los guardaban en cajitas de latas con tapa. A veces el cura me daba uno o dos de esos bizcochitos y yo corría a comérmelos debajo de la escalera para que nadie me viera.

## Carta número 21

Para Germán Arciniegas:

Las llaves del portón grande, grande, por el que se salía al mundo las tenía siempre una monja viejita que se llamaba sor Portera. Pero durante la misa le dejaba las llaves a sor Teofilita, que como estaba afuera de la capilla y más junto a la puerta podía abrirle al lechero que era el único que venía a esas horas. Las llaves las ponía detrás de ella sobre la silla donde casi nunca se sentaba. Siempre tenía la cara entre las manos y rezaba y rezaba todo el tiempo.

Al lechero lo llamaban el Tuerto. Me dijo sor Teofilita que lo llamaban así porque el otro ojo lo tenía siempre cerrado. Yo le pregunté por qué no despertaban ese ojo y ella me contestó que ese ojo había nacido dormido. Cuando el Tuerto le pasaba por el torno la leche a sor Teofilita, siempre le decía:

—Sor Reverencia, la leche está calientica como salida de la barriga de la vaca.

Un día yo le conté a sor Reverencia que yo cuando estaba muy chiquita había conocido una vaca en Guateque, en el mundo. Ella me dijo que ella solamente había visto una vaca en el pesebre del niño Jesús, el hijo de María.

La puerta por donde venía el Tuerto, la de salir al mundo, era gruesa, gruesa y pesaba mucho, nos decía sor Portera. Había también un zaguán para poder entrar al convento de verdad. Había otra puerta, también de madera y en el centro tenía una casita que daba vueltas si uno la empujaba y se llamaba torno. Por ese torno nos llegaba todo lo que nos comíamos, por eso la leche entraba por esa casita. Cuando iba a la cocina con el incensario para que Bolita me lo encendiera o cuando iba para traer el charol del desayuno del cura, tenía que pasar enfrente a la puerta donde estaba la casita que daba vueltas con la comida. Ese día oí como golpes pero chiquitos detrás de la puerta de la casita del torno. Me acerqué muerta de miedo y le pregunté quién golpeaba. Nadie contestó y el torno empezó a dar vueltas muy lentamente, pero adentro no había comida. Volví a

llamar y le pregunté quién era y la voz me dijo:

—La leche.

—Ya la tenemos —le dije yo.

—Pero yo soy el que trajo la leche. Si sumercé me quiere ver en el consultorio, donde hay unos trapos que llaman cortinas, debajo yo hice un huequito. Vaya y míreme.

El huequito lo había hecho rascando de fuera la pintura blanca que tenían los vidrios. La verdad, el Tuerto me daba miedo, pero eran más grandes las ganas de verlo y le contesté por entre la casita torno que iba, que me esperara. El hueco lo vi al momento en que levanté la cortina, era abajo y contra el rinconcito. Yo miré por el huequito y me encontré con el ojo de él. Sí: teníamos un ojo contra el otro, el de él me gustó mucho, era muy bonito, negro, redondito y muy brillante y el blanco era más blanco que los que había en el convento. Otra cosa me gustó, es que su ojo sabía reír, sí, reía todo el tiempo.

Muchos días yo me miraba mis ojos en el espejo de la sacristía y nunca pude reír con mis ojos como él. Cuando yo ya no veía su ojo sino la pared

del frente y oía sus pasos, me quedé un ratico esperando, pero no volvió y el domingo no traían la leche, pero el lunes volví a sentir que rascaba y le daba vuelta a la casita torno muy lentamente y me repitió de ir al huequito. Él siguió esperándome todos los días y nuestros dos ojos estaban tan contentos de mirarse que nos daba pena separarlos. Y un día me dijo:

—Yo soy su novio.

Esa palabra me la repitió varias veces. Novio. Apenas vi a sor Teofilita le pregunté qué quiere decir novio. Se rió y me preguntó quién me había enseñado esa palabra y yo le dije:

—No sé, lo oí alguna vez y ahora me acordé.

Yo vi en su cara que no me había creído y no sé cómo me acordé que sor Carmelita, la gorda, gorda, que vivía en el patio de las rosas nos contó que su novio la había dejado porque se había vuelto gorda. Se volvió a reír y me dio una palmadita en la mejilla.

Ya hacía largo tiempo que hacíamos que nuestros ojos se encontraran y un día le dije por entre el torno que yo quería que me mostrara el ojo

que dormía. Inmediatamente su ojo desapareció y nunca más volvió a llamarme ni me lo volvió a mostrar. Por mucho tiempo yo pensaba todo el día y aún mientras decían la misa, en el Tuerto, pero mucho también en su ojo que ya se había hecho amigo del mío. Un día ya no pensaba más en ellos y me puse a pensar en el mundo. El recuerdo que yo tenía de muy chiquita en el mundo con la señora María también se me había olvidado y pensé hablar varias veces con María para que me ayudara y que me quitara esa enfermedad que me había dado y que yo sufría de estar pensando todo el tiempo en el Tuerto o en el ojo o en el mundo. Hasta le ofrecí hacerle una novena y la hice con mucha devoción.

## Carta número 22

Eran muchos los chiquitos trabajos que tenía que hacer por la capilla, no solamente preparar para el cura todos los vestidos que se ponía, había que prepararle las hostias y las vinagreras que eran dos jarritas de vidrio; una para el vino y la otra para el agua. El vino se volvía la sangre de Jesucristo que era el mismo niño de María cuando estaba ya grande.

Sor Teofilita me dijo que yo no sabía limpiar los rincones, que era en los rincones donde vivía el Diablo cuando estaban sucios. Ya era tarde, sor Teofilita se fue a dormir y yo me quedé para limpiar el rincón del vino que la verdad no lo había limpiado. Allí había un grande barril que enviaba el Papa, el que cuidaba las llaves de San Pedro en ese pueblo lejos, lejos. Claro que eso me daba mucho miedo, si me encontraba con el Diablo, pero sor Teofilita me dijo que él solo se llevaba a los que estaban en pecado mortal, ese pecado yo no lo conocía. Como yo no lo tenía, me

puse a limpiar y le quité el corcho a una botella. Metí el dedo y lo probé y me gustó. Busqué un vasito y me tomé uno y me tomé varios y me sentía como si yo fuera otra persona y al final me quedé dormida en el suelo. Fue el cura alemán que me despertó, yo lo vi arrodillado junto a mí y con su mano me llenaba todo el cuerpo de bendiciones y con la misma mano se echaba él mismo muchas bendiciones. Me tomó de las dos manos y me levantó dulcemente, me empujó con las manos para que me fuera de la sacristía, pero al salir me dijo:

—No le diga a nadie, ni niñas, ni monjas.

Ese día María me hizo un milagro. Ni las monjas ni las niñas se dieron cuenta que yo no había dormido en mi cama y tuve que confesarme porque fue el Diablo que me hizo tomar el vino.

Pero ese vino que yo me tomé las monjas lo guardaban en otras jarras muy lindas en vidrios de colores y con un corcho también de vidrio, las tapaban y las guardaban para darles a las visitas que se llamaban importantes. El vino que ponían en esas jarritas eran los sorbos que dejaba el padre Bacaus —así se llamaba— las monjas no lo

decían como nosotras, pero dicho por ellas era muy difícil para nosotras. Pero yo no les he contado: ese cura era viejo casi sin pelos en la cabeza, sucio, sucísimo, con una sotana de un negro que yo no conocía y la sotana era tan vieja que en los bordes de las mangas y abajo colgaban hilitos y era además de cuando era más chiquito, porque le quedaba corta y se le veían las piernas con pelos, porque no se ponía medias y los zapatos se reían de todos lados. La superiora nos dijo que él se vestía así porque era un santo, un verdadero santo.

Sor Teofilita me contó que el vino se lo mandaban de la casa del Papa que vivía muy, muy lejos y que nosotros le enviábamos esos regalos que le hacíamos todas las niñas para el día de San Pedro porque todos los papas se llaman Pedros, porque ellos son como sor Portera, los que tienen todos los días las llaves de la iglesia y por eso el cura se tomaba el vino que enviaba ese Papa, este, que su pueblo se llamaba Alemania y su nombre, ya se los dije era Bacaus. Como él era santo, tomaba solamente tres gotitas de vino y el resto lo

dejaba en la jarrita y las monjas lo ponían en las otras jarritas, esas que les dije que también eran de vidrio, pero que eran de varios colores.

El cura Bacaus nos hacía sermones larguísimos y no le entendíamos nada pero, como nos decían todo el tiempo que era un santo, teníamos que oírlo hasta que muchas nos quedábamos dormidas.

Ese día era la fiesta de San Juan Bosco. Era el que había hecho nacer la comunidad, ellas eran hijas de él. También se ocupaba, como las monjas, de los niños pobres y de los perros que no tenían familia. Ese Bosco ya estaba muerto pero seguía llamándose santo.

La misa era con dos curas y los cantos de las niñas. Yo trabajé una semana. Solo María vio todo lo que tuve que hacer. Lavar todos los pisos, limpiar los santos desde la cara hasta los pies, el Cristo también tenía que limpiarlo todo y siempre me daba miedo y me daba pena frotarle las heridas, pero sor Teofilita decía que la mugre se metía más en las heridas. Yo no sé si porque estaba tan malo lo siguieron dejando colgado en la cruz. También tuve que brillar todos los

candeleros, hacer más floreros y de los grandes, sacar los vestidos para los dos curas, pero no eran los de todos los días, esos eran tan bonitos, brillaban por todos los lados, tenían muchos adornos con oro y esos vestidos pesaban más que otros. Pesaban tanto que yo los dejaba caer antes de poder colgarlos. Todos esos lindos vestidos eran solamente para las fiestas, también a la bendición se ponían más capas que había que ayudarles a ponérselas. No alcanzaba a colgarlos. Todo lo más precioso lo sacábamos esos días de fiesta. El cáliz más lindo, las vinajeras más lindas. La capilla parecía otra capilla.

Hacía un mes que las niñas que cantaban venían todas las tardes con la madre superiora, ella tocaba el armonio tan lindo, tan lindo, que yo me ponía triste. Pero la superiora las hacía repetir y repetir el mismo canto y a veces era solamente pedacitos y se ponía furiosa y gritaba que eran unas destempladas. Me olvidé preguntar a sor Teofilita qué quería decir destempladas. En ese día todas, monjas y niñas, caminábamos más aprisa como afanadas. Sor Teofilita tan querida me

había encontrado un uniforme que me regaló todo nuevo, el viejo ya estaba viejito y además de quedarme corto empezaba a apretarme mucho en los pechos. Llegó la comunión y nos levantamos al tiempo y las otras me pareció que parecían más alegres. Yo miraba las llaves que sor Teofilita dejaba en el asiento, las toqué muy dulcemente para que no hicieran ruido pero, cuando las toqué, todo el cuerpo me temblaba de frío y sor Teofilita se volteó y me dijo:

—Vaya ya por el incensario.

Corrí muy contenta de no haber robado las llaves.

Después de la misa con los dos curas, nos enviaron otro cura porque el santo de Alemania estaba enfermo. El nuevo cura era muy joven, todas las niñas y las monjas decían que era muy guapo, todo el día yo oía decir «guapo, guapo». Me dijeron que eso quería decir bonito. El guapo era de un pueblo que se llamaba España y esos señores de España fueron los que nos trajeron a Dios, a María y todos los santos que teníamos en la capilla. Hablaba más claro que el viejito santo.

Cuando le traía el desayuno yo le decía, como las monjas me habían enseñado, a decir cada vez que lo viera «Buenos días, reverendo padre» pero él no me contestaba nada.

El cuartico donde los curas tomaban el desayuno era un cuarto que daba sobre el jardín de las rosas y donde vivía la gorda. Ese cuarto era bonito, con mucha luz y en una esquina había una estatua grande, grande que tocaba casi al techo y a ese santo lo llamaban San Cristóbal. Ese santo era un poco viejo y también tenía un hijo, pero no lo cargaba como María cargaba al niño Jesús que era también su hijo. San Cristóbal lo sentaba sobre sus hombros y lo tenía con un brazo. Ese santo parecía apurado, una de sus piernas parecía que caminara y la cabeza también la empujaba para adelante. Una monja me había contado que esa estatua estaba ahí desde mucho tiempo porque pesaba tanto que no habían podido subirlo por las escaleras. Ese santo no me gustaba como los otros porque siempre parecía como si estuviera apurado y uno no puede ni rezar, ni hablar, con un santo que está afanado de irse.

## Carta número 23

Ya hacía una semana que venía el cura guapo, él no quiso el mismo desayuno de los otros. Él pidió el chocolate en una jarra grande porque quería tomar varias tazas. No quería más las galleticas que hacían las monjas, las que tenían en las lindas cajitas de lata. Él pedía un pan que se llamaba mogollas, eran más negras que el pan y eran pesadas y redondas. Los huevos sí los quería, pero pidió que a los pericos le agregaran otro huevo porque dos eran muy poquito y también pidió una cosa que nosotras no conocíamos, se llamaban salchichas; eso era como palos hechos con carne molida y metidas en una camisa que se parecía a la piel que tenemos nosotros en todo el cuerpo. Como él no me hablaba ni me daba más galleticas, yo le dejaba el desayuno frente a él en la mesita y me iba haciéndole reverencias como me había dicho Bolita que debía hacer.

Era un sábado, porque era el día que las monjas nos daban libre, es decir que no trabajábamos más

en lo que ellas querían, sino que podíamos remendar nuestra ropa y lavarla. Las monjas nos ponían en el patio un canasto grande lleno de pedazos de trapos para que los tomáramos a nuestro gusto, para que remendáramos los huecos. Lo que nunca remendábamos era el delantal de uniforme, esos delantales tenían que ser como nuevos, a la noche cuando nos quitábamos la ropa para ponernos las camisas de dormir teníamos primero que doblar los delantales, doblarlos perfectos como si fuéramos planchas y bien doblados los poníamos cuidadosamente debajo del colchón y, como las camas eran de tablas, por la mañana los delantales estaban perfectos. Pero la ropa que teníamos debajo del delantal y las camisas de dormir sí estaban llenas de huecos y eso era lo que hacíamos los sábados; claro, las más grandes nos ayudaban a las más chiquitas. Lo que más se nos volvía viejo eran los calzones y teníamos que pedir y pedir que nos regalaran otros, que tampoco eran nuevos pero eran menos rotos.

Les estaba contando que era sábado el día del

desorden, tanto las niñas como las monjas, porque no hacíamos reglamento. Cuando llegué con el desayuno, el cura estaba de pie. Sonriente y gentil me ayudó a poner el charol en la mesa. Yo no sé más, pero de un solo golpe sentí que su brazo me envolvía la cintura y con la otra mano me empujó la cabeza para atrás y me dio un beso en la boca y luego bajó las manos y me apretó los pechos. Estoy segura que fue María que me ayudó, pero no sé cómo pensé y metí una pierna entre la pierna de la mesa, tiré todo el desayuno al suelo. El ruido que hizo ese charol cuando cayó fue tan fuerte que hasta el cura se asustó y no desayunó y se fue corriendo, pero antes de irse me dio un empujón tan fuerte que yo fui a estrellarme con la cabeza contra San Cristóbal. Solo recuerdo que dulcemente me fui cayendo en el suelo.

Me llevaron a un cuarto chiquito que estaba vacío, por ahí no pasaba ninguna de las niñas, porque era la entrada a la clausura. Las monjas tan queridas venían a visitarme y me decían que estaban rezando por mí. Otra monja venía para ponerme remedios en ese enorme chichón que

tenía. Cuando yo misma me lo tocaba lloraba porque me daba miedo. Las monjas cuando vieron que ya empezaba a estar mejor me traían regalitos, una florecita, una estampita, caramelos, me regalaron hasta una camisa de dormir nueva, pero todas, todas, me decían que yo no tenía que contarle nada, nada a mis compañeras, que si yo contaba cometía pecado y sería castigada.

—Usted no ha estado enferma o mala (como decían allí). Usted ha tenido una larga diarrea, mucha, mucha diarrea.

Cuando volví a la sacristía, sor Teofilita no me había cambiado por otra niña, al contrario estuvo por primera vez muy cariñosa y contenta de que volviera con ella, pero me dijo que yo no podía llevarle más el desayuno al cura, al que no volví a ver nunca más, porque volvieron a enviarnos otro cura nuevo.

Pasaron varios días y yo seguía mal, mal de todo y empecé a pensar que esta vez estaba serio. Todo lo del convento, la sacristía, las monjas, los curas, María y su hijo, todo eso me hacía sufrir y sentí que no quería verlos más. A mis compañeras

las veía como si se hubieran desteñido y, como ya no podía hablar con nadie, pensé que yo ya no quería a ninguna y no me habían hecho mal, pero me obligaban a pensar en lo que me había sucedido.

Cuando volví a la sacristía, sor Teofilita, muy querida, me dijo que llegaba un nuevo cura y me habló mucho de él y me dijo que ese era de verdad un santo. Es la primera vez que se me ocurrió preguntarle qué quería decir un santo, ella me contestó que era alguien que cuando se muriese iba derecho al cielo... No sé cómo era el nuevo cura, no lo miré, solo miraba de medio lado las llaves que estaban en el asiento de sor Teofilita. Tocaron para la leche y ella corrió para abrir la puerta. Sin que yo le dijera nada me dijo en la oreja:

—El Tuerto no viene más con la leche.

Cuando llegó la comunión nos levantamos como de costumbre al mismo tiempo, volvimos y nos instalamos como siempre con la cara en las manos para poder hablar con Dios. Yo no hablé con Dios ni con María, solo le dije a San Cristóbal que me llevara en su hombro. Levanté la cabeza, alargué

el brazo detrás de sor Teofilita y muy lentamente, con la mano toda abierta, cogí las llaves, apretándolas fuerte para que no hiciera ruido. Dije casi fuerte:

—Voy por el incensario para la bendición.

Ella no me vio. Estaba rezando. Abrí la puerta del zaguán, la cerré de nuevo del otro lado, abrí la puerta gruesa, gruesa, volví al torno y puse las llaves, le di la vuelta al torno al interior para que la monja las viera cuando llegara, salí muy despacito, con el miedo como si me fuera a caer en un hueco y, cuando cerré detrás de mí la puerta gruesa, gruesa, respiré un aire que no olía al convento y el viento frío me dio la impresión que había salido de detrás de la puerta para asustarme pero ya era tarde para todo. La calle era larga y en lomita; en el fondo vi un pedacito de la torre de una iglesia. Antes de ponerme en marcha hacia el mundo me di cuenta que ya hacía mucho tiempo que yo ya no era una niña. En la calle no había nadie, solo dos perros flacos y uno le estaba oliendo el culo al otro.<sup>1</sup>



# Apéndices

## **De Flora Tristán a Emma Reyes**

Hasta hoy, el libro de Flora Tristán de su viaje al Perú y los recuerdos de su infancia son el documento más dramático que haya dejado una mujer en relación con su experiencia en América. Flora, que para muchos nos resulta hija de Bolívar, fue la abuela de Gauguin y su vida bordeó muchas veces las amarguras del infierno. Pero sacó — Dios sabe de dónde— una rebeldía que la coloca como fundadora del socialismo internacional y su vida se estudia en las universidades como podría estudiarse la de su contemporáneo, Carlos Marx. Si Emma Reyes escribiera y publicara la historia completa de su vida, el libro podría tener más lectores que el de Flora. Siendo corrosiva e inteligentísima, tiene unos aciertos de gracia que la convierten en una fabuladora incomparable. Monta su tienda en cualquier sitio de Europa y quienes la escuchan querrían seguir oyéndola hasta pasadas

las tres de la mañana.

Salió de Bogotá sin más experiencia que la de una recogida en el hospicio, experta en dechados de costura. Y emprendió un viaje que paró en Buenos Aires, marchando a pie, en buses, trenes o lo que fuera, vendiendo cajas de Emulsión de Scott. De Buenos Aires pasó a Montevideo en plena guerra del Chaco, pasó la luna de miel en un garaje, se fue a vivir a la selva del Paraguay y los guerrilleros le asesinaron el hijo en una escena de crueldad infinita. En Buenos Aires, pintando, se ganó un concurso internacional y fue a dar a París. Tengo un cuadro suyo de la época, pintado como dora el sol las pinturas de Gauguin en Tahití (aquí se cruzan Emma y Flora) y cuando hace su exposición en la orilla izquierda del Sena, el último en salir estampa su firma en la hoja de visitantes que a lo mejor Emma conserva en algún baúl. La firma ya era conocida: Picasso.

De París pasa a Washington y México, conoce a Tamayo y Rivera. Las flores grandes que pintó entonces Rivera, ahora, a los cincuenta años, las convierte Emma en unas rosas, lirios, piñas o

alcachofas de muchos metros de grandeza, hechos con una precisión de quien se ha educado cosiendo en un orfanato. Cuando regresa a París, monta su tienda como un beduino y pinta y pinta y pinta y habla y habla y habla y va introduciendo uno a uno a todos los pintores suramericanos que más tarde serán famosísimos en el mundo. Pero siempre rebelde, alerta, curiosa e informada como si fuera una india, que en el fondo no lo es, o una blanca de las izquierdas. Hasta que llega a Périgueux, de brazo de Jean, su médico, con quien se ha casado y que es su gran amor.

Périgueux tiene dos puntos que son las dos columnas propias de su edificio, Montaigne y el rey de la Patagonia. Montaigne vivió más de diez años con un indio guaraní con quien dialogó más que con Platón y Anaxágoras. Dos de sus mejores ensayos están hechos sobre las reflexiones que saca de dialogar con este criado que consiguió en Ruán, cuando la muestra brasilera que organizaron los de la Villa, para inaugurar al nuevo rey. Montaigne descubrió que, como poetas, los guaraníes estaban a la altura de los griegos y, por

su dignidad, a una altura mayor que los franceses. Ya en nuestro tiempo, un francés de Périgueux resolvió proclamarse rey de la Patagonia y acabó convencido de serlo. El resto eran trufas y foie gras.

Emma y Périgueux se entendieron en los edificios públicos y en los patios del Liceo están unos murales gigantescos que Emma ha pintado, con el cariño con que se hace una flor de seis metros de altura para que quede como un recuerdo en la solapa de un pueblo. Ahora es una pintora celebrada, pero no hay que olvidar lo que dice su diario de la infancia. Una vez la induje a que lo escribiera y alcanzó a redactar unas cien páginas, que son un modelo por la manera de atropellar el castellano, escribiendo ilusión con c y metiendo palabras de «su» francés alternando con la de «su» recordado castellano. Quizá la única persona que ha leído esa parte, que se quedó en suspenso, en punto y coma, para seguirla con minúscula, fue Gabriel García Márquez, a quien se la mostré. Su entusiasmo fue como ha sido el mío. Y pensar que ese diario dejaría atrás al de Flora Tristán...

GERMÁN ARCINIEGAS  
El Tiempo, 9 de agosto de 1993

## ¿Qué pasó con Emma Reyes?

Me llegó un libro a las manos que no pude soltar hasta acabarlo. Lo leí en poco más de dos horas, y después de leerlo, no pude dejar de pensar en él. Días después, seguía ahí dando vueltas en mi cabeza. Ese libro es *Memoria por correspondencia* y, según la crítica especializada —*Semana*, por ejemplo—, es el mejor libro de 2012 y de los últimos años en Colombia. El argumento es sencillo: es la infancia miserable de una mujer que la narra sin resentimientos ni rencores a través de veintitrés cartas que le escribe a su amigo, el intelectual Germán Arciniegas. Las cartas recuerdan la pacífica tristeza, la nostalgia sin aspavientos, de *Las cenizas de Ángela*. *Memoria por correspondencia* fue escrito por una mujer que fue analfabeta hasta los dieciocho años, que nunca pasó por un colegio ni una universidad. Narra en ellas desde el recuerdo más lejano de su infancia —cuando vivía en una pieza que no tenía ni luz ni inodoro ni

ventanas, en el barrio San Cristóbal de Bogotá, a comienzos de los años veinte— hasta que la abandonan junto a su hermana para terminar confinadas en un convento casi por quince años. Si Rilke decía que la patria de todo hombre es su infancia, la de Emma Reyes es una patria eterna para quien la lea. Esa infancia ya es nuestra, nos pertenece para siempre.

Después de su huida del convento se sabe a grandes rasgos que hizo autoestop por Suramérica hasta llegar a Argentina. Se casó en Uruguay. Vivió en Paraguay. Se convirtió en artista. Se ganó una beca y se fue a París para terminar codeándose con la élite cultural de Europa, como Alberto Moravia, Jean-Paul Sartre, Pier Paolo Pasolini, Enrico Prampolini, Elsa Morante, entre tantos otros, y ser la madrina de los pintores colombianos en Francia hasta su muerte, en 2003 en Burdeos. ¿Quién era Emma Reyes, esa mujer que me hizo leer su infancia entre lágrimas? Me obsesioné y desde que terminé el libro me juré averiguarlo. ¿Qué pasó con los demás personajes que menciona en sus cartas? ¿Por qué su apellido Reyes? ¿Supo quiénes

eran sus padres? ¿Los buscó alguna vez? Acá está todo lo que sucedió con Emma Reyes, con su hermana, con la increíble vida que le esperaba.

Emma Reyes fue una hija de María Auxiliadora. En 1909 nació el Taller María Auxiliadora donde las niñas «por muchos años se encargan de bordar la banda presidencial por su relativa cercanía, amistad y colaboración permanente con el Palacio Presidencial», justo lo que hizo Emma durante los años que duró allí. En 1920 —cuatro antes de que Emma ingresara—, el taller se ubicó en la calle 8 n.º 10-65, el santo patrón era Juan Bosco y la directora general, María Carolina Mioletti, como también está en sus cartas. Hoy esa dirección no existe: el Parque Tercer Milenio borró el peor recuerdo que pudo tener Emma.

En el Centro Histórico Salesiano, en el colegio León XIII, hay documentos que hablan de algunos personajes como el padre alemán «Bacaus», quien iba todos los días a darles misa a las niñas y quien quizá fue uno de los pocos personajes de recuerdo dulce para ella. Emma nunca supo cómo se

escribía su apellido: en realidad era Backhaus, «... el único hombre y la única persona venida del mundo que teníamos derecho a ver». En la revista *Voz Amiga*, de exalumnas de María Auxiliadora, de 1940, mencionan a tres de las monjas que aparecen en sus cartas: sor Dolores Castañeda, «la directora»; sor Inés Zorrila, «la que dirigía la lavandería», y sor María Ramírez, «la monja que más amé», quien dirigía la zona de planchado. Pero lo más conmovedor, el testimonio más cercano a lo que Emma escribió sobre su paso por ahí, sobre su trabajo con el bordado y la pobreza con la que convivían es un artículo de *La Crónica*, en 1924, cuando ella debió ingresar allí a los cinco años. El texto «Las hijas de María Auxiliadora» dice que el instituto «tiene por objeto, según se lee en el folleto oficial “Protección de la infancia”, preservar y educar a niños pobres». Y sigue el relato de alguien que optó por firmar como Políodoro: «A ciertas horas se oyen desde los alrededores cantos melifluos, ruidoso gritar de niñas en recreo animadísimo, rezos devotos; en otras el silencio es tan absoluto

como si nadie existiera en aquella casa: pero si nos detenemos a escuchar, percibiremos el acompasado rumor de las máquinas Singer o los arpeggios del piano».

El narrador dice que cierto día entraron ahí — habla en plural— guiados por la curiosidad. «Desde el primer momento llama nuestra atención una vidriera en que campean unos cubrelechos tan primorosamente bordados y algunos otros trabajos en lino y seda, tan perfectos que vienen deseos de comprarlos.» Luego, Políboro describe los patios con similitud a como lo hizo Emma y también un salón largo donde decenas de jóvenes bordan y cosen. La monja dice que ahí «hacen toda clase de bordados en blanco, en seda y en oro, se confeccionan ornamentos de iglesia. Con su producto se sostienen muchas niñas pobres y huérfanas». El cronista termina así su relato: «Cuando salimos a la calle, teníamos los ojos humedecidos».

—Emma, ¿cómo fue tu infancia?

—A veces me parece tristísima y a veces

privilegiada.

—Eso es muy ambiguo, concretemos: ¿cómo fue tu infancia?

—Esa infancia se pasó en un convento sin salir nunca. En un mundo absolutamente de sueño, de abstracción, porque todo lo que pasaba fuera del convento lo denominábamos «el mundo», como si estuviéramos en otro planeta. Naturalmente eso desarrolló en nosotras una enorme imaginación, nuestra imaginación se enloqueció imaginándonos inclusive que los árboles eran de otro color y la gente de otra forma, y fue tal la angustia de lo que estaba afuera que yo decidí escaparme un día.

Así comienza la entrevista que le hizo Gloria Valencia de Castaño a Emma Reyes en 1976 para el programa de televisión *Gloria 9.30* —cuando la artista tenía cincuenta y siete años—, y que hoy conserva el productor Rodrigo Castaño como un tesoro. El video, de veintiséis minutos, en blanco y negro, después de una emotiva introducción, la periodista da paso a una mujer de pelo crespo abundante que no da la cara a la cámara todavía y que intenta pintar sobre un óleo con una

naturalidad postiza mientras se dispone a responder las preguntas que vienen. Después de que Gloria Valencia se lo pide, ella voltea su rostro para que los televidentes la vean: es una mujer mestiza, con pómulos marcados, delgada, se ve fina en sus gestos, delicada, tiene un vestido de rayas oscuras y un collar de pepas en el cuello. Debió ser bonita. No tiene ningún indicio de que fuera bizca, como dice que lo fue de niña en su libro. Su voz es ronca, recia, imponente, y por momentos parece que arrastrara la r. Su acento no parece bogotano, pero tampoco de una región colombiana en especial. Tiene un dejo argentino, y mientras habla suelta palabras del francés y el italiano para complementar lo que el español no parece decir bien.

Ahí está Emma Reyes y me causa una profunda emoción verla, saber por unos cortos minutos cómo era, cómo hablaba o cómo se veía esta mujer que nunca pensó en ser escritora. La entrevista sigue su curso y Gloria Valencia le pregunta lo que todos los lectores de *Memoria por correspondencia* quisieran saber hoy: lo que pasó

justo después de que se voló del convento. Emma responde sobre su huida con alguna similitud a como aparece en el libro: después de ir a la cocina en busca de un incensario, tomó las llaves que estaban detrás de la portería y se fue, solo que esta vez agrega algo que no contó en sus cartas: «Salí con el uniforme que tenía puesto y todo eso pasa en mi mente como un sueño hasta que llego a un tren al que prácticamente me fuerzan a subir, y todo era tan irreal porque nunca había visto un tren, un tranvía, un automóvil, te puedes figurar si uno tiene una descripción de esas cosas».

—¿Y qué pasó, te fuiste en ese tren y qué?

—Uy, eso es larguísimo. Solo te digo que después de mil cosas llegué a París —responde Emma con una sonrisa.

—En ese momento, cuando Emma sube a ese tren, con los pies descalzos y dos trenzas en su pelo, empieza la leyenda Emma —comenta la entrevistadora a manera de paréntesis, pero sin insistir en lo que realmente ocurrió. Y Emma agrega de inmediato cuando oye eso de «la leyenda Emma»:

—Sí, un poco demasiado. No es que quiera que la olviden, pero a veces me da la impresión de que tiene más importancia mi vida que mi trabajo.

Y Gloria Valencia aclara que no se trata de eso, pero sí que existe una fascinación por todo lo que ocurrió hasta entonces.

—¿Y allí estudiabas algo?

—No, eso era voluntario, los que querían leer o escribir, los domingos tenían una clase.

—¿Y tú aprendiste?

—No, yo no vi la necesidad, ¿para qué?

—¿Entonces cuando saliste del convento no sabías leer ni escribir?

—No, nada absolutamente.

—¿Quién te dio afecto en esa infancia?

—No creo que tuviéramos ese tipo de preocupación, lo nuestro era el pecado, salvar el alma, no ser malas, tenerle miedo al diablo...

Al crítico de arte Álvaro Medina, con quien compartió una larga amistad en Francia, le contó que a las pocas semanas de volarse del convento ocurrió el accidente aéreo del 24 de julio de 1938, en el aeropuerto de Santa Ana, en Usaqué. En una

exhibición aérea —¿para qué existen si siempre hay accidentes?—, un avión fue a dar contra la tribuna en un acto donde estaban el presidente saliente, Alfonso López Pumarejo, y el electo, Eduardo Santos. Emma tenía diecinueve años entonces. Fecha que corrobora doña Clara Arias, una mujer de noventa años que me cuenta en su apartamento en el norte de Bogotá que su esposo, ya fallecido, Manuel Arias Restrepo, fue novio de Emma poco antes de 1940.

A Gabriela Arciniegas —sus padres y su hermana ya murieron— le contó que después del convento trabajó en una emisora, y en un hotel de Bogotá donde iban muchos diplomáticos que le enseñaron a leer y escribir. También mencionó algo de un cura con el que viajó a algunas ciudades como Medellín, Cali, hasta llegar a la costa atlántica. Emma no solo conoció el mar en Barranquilla, Santa Marta y Cartagena, sino también a una mujer que leía el tabaco y que le auguró, como lo contaría tantas veces después, un destino lleno de viajes, de aventuras. Emma emprendería entonces su travesía por Suramérica

haciendo autoestop, vendiendo Emulsión de Scott, trabajando en hoteles, a cambio de limpiar o de cocinar. Dependiendo de cómo le iba, se quedaba más en ciertas ciudades o si no seguía su camino. Así llegó hasta Argentina, huyendo de Colombia.

Dos años antes de fallecer, en 1999, el escultor caldense Guillermo Botero Gutiérrez se animó a escribir sus memorias. En *Y fue un día...* Botero narra cómo él emprendió un largo viaje por Suramérica. Hacia el final de este libro, que encontré en la Biblioteca Nacional después de indagar en vano en librerías, Botero habla de su trabajo «en el rancho de Gonzalito», en Montevideo. Es el comienzo de los años cuarenta y cuenta que un cura amigo suyo, «de Punta Gorda», lo buscó allí, venía con una muchacha «simpática, sonriente y un poco audaz. Subieron al comedor que tenía como taller y me la presentó: “Emma Reyes”, me dijo con voz sin timideces. Voz de mujer que sabe conquistar». Emma venía de Argentina y estaba sin empleo. Botero la interrogó y ella le dijo que quería trabajar en lo que fuera,

«no tengo dinero. Mi hermana quedó de enviarme desde Colombia unos pesos... y no aparecen. Siguió hablando y contando su mala suerte. Igual que todos los colombianos que piden en el extranjero una ayuda...».

Botero le prometió conseguirle empleo en un almacén, le explicó que el dueño del sitio en el que estaban era Armando González, un importante artista que andaba por Chile. Le ofreció dormir en la cama de «Gonzalito» mientras él volvía. Emma se ofreció a lavar, barrer, cocinar. Así nació el romance entre los dos y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban casados.

Botero dice en su relato: «No sé por qué me dio por casarme. Me casé por lo civil en un pueblecito de vacas de leche y quesos». Se refería a Colonia Suiza, hoy Nueva Helvecia. La luna de miel fue en un pequeño hotel «para turistas recién casados» y, desde entonces, él ya estaba arrepentido de su matrimonio. Emma le manifestó su intención de ser artista «y recitaba la carta que le iba a escribir a su hermana Helenita para que se viniera a vivir con nosotros y le hiciera los oficios de la casa,

con el fin de tener más tiempo para su pintura deseada. Empezó a pintar unos paisajitos inventados, unas flores ingenuas y unos bodegones de un ocurrir casi infantil. Era una pintura llena de ingenuidad, a la acuarela, igual que la de los niños que expresan esa sencillez tan difícil de imitar... Ella misma se celebraba sus cosas y creía haber encontrado la verdadera expresión del paisaje, de las flores».

Los amigos del artista se divertían con Emma al ver las ingenuidades de su pintura, mientras que su esposo «seguía meditando en el hecho de haberme casado, en el paso dado, a mi edad, tan sin razón y análisis». Partieron después para Paraguay, convencidos de que allá los colombianos eran como locales, y terminaron en un pequeño pueblo cerca de Asunción llamado Caacupé. El país todavía vivía bajo la sombra de la Guerra de la Triple Alianza, en la que Brasil, Argentina y Uruguay lucharon contra los paraguayos. Murieron tantos hombres en la guerra que se volvió una costumbre que las mujeres quedaran embarazadas para repoblar el país. Un amigo suyo le dijo que

podían embarazar a las mujeres que quisieran y sería un honor para ellas. En el pueblo no había ni agua ni alcantarillado, no existían baños públicos y la gente hacía sus necesidades en la calle. Paraguay seguía, además, en una guerra interna. Dice Botero que un vecino lo alertó una tarde de que en Concepción se había alzado un regimiento contra Morinigo, el presidente de turno. «Aquí se roba y se mata... arrasan con todo y queman lo que no pueden llevar. Tenemos que enterrar comida, es la única solución y si somos valientes, desenterrarla en las noches, para ir viviendo, o de lo contrario, huir», le dijo el vecino a Botero.

Emma ratificó, muchos años después, esos episodios de sangre, y le contó una vez a Germán Arciniegas, compungida, que ella tuvo un hijo y que en esas revueltas se lo mataron cuando apenas tenía meses de nacido: un grupo de hombres entró a la fuerza a la casa donde vivían a saquearla y todo terminó en tragedia. Lo comentó pocas veces y a pocas personas. Botero no menciona nada de esto en su libro, solo la intriga de vivir la guerra que comenzaba. «Días después ocurrió algo

insólito. Llegó Helenita, la hermana de Emma. Era una mujer semimadura, ni fea ni bonita. Tampoco era inteligente, pero nunca bruta. Ni alta ni baja, y con un pelo que no era corto, tampoco largo. Una cara sin contrastes, ni alegre ni triste. Lo que sí se podía afirmar era que era una mujer, por los senos, por la cara, por la voz, y que tenía una presencia, que sin tenerla ocupaba un espacio». Botero dice que se la llevaron bien y que Helena había sido amante de un señor de Cali, gerente de la Lotería del Valle. «Contaba que la quería mucho, pero que un día quiso más a otra mujer y la dejó. Había recibido la carta de Emma y se vino a vivir con nosotros.»

Después de ahí viajaron por el Río de la Plata hacia Buenos Aires. Botero no soportaba más el matrimonio. Él mismo escribe que no quiere entrar en detalles de cómo fue el divorcio, «unas discusiones sin importancia, el conseguir un abogado y empezar un proceso burocrático... hice una exposición, le dejé algún dinero a Emma y a Helenita, y salí para Uruguay al taller de Gonzalito».

Cuenta Botero en esas páginas lo que Emma también le confesó al periodista Carlos Enrique Ruiz, director de la revista *Aleph*, en una entrevista que le hizo en Burdeos en 1998, cuando tenía ya setenta y nueve años: un tiempo después ella fue a buscarlo al taller y le contó que se había ganado una beca en Buenos Aires para estudiar en París. La esperaba un barco rumbo a Europa y ella trató de convencerlo de que se fueran juntos. Botero escribió al respecto: «La miré largamente. No entendía nada. Pensé y solo pude decirle: te invito a almorzar y quiero acompañarte a tu barco. Es la única respuesta que tengo para ti. Ella no dijo nada, calló y esperó». En efecto, él la acompañó al camarote de su barco, ella le entregó un retrato suyo y se despidieron. «Al bajar el puente y bajar al muelle, fui rasgando lentamente su fotografía y despacito empecé a arrojar sus restos al mar. En realidad este gesto no era más que una despedida total.»

En aquella entrevista, Emma da su versión: «El barco permaneció como cinco horas en el puerto de Montevideo, y pensé que debía tomar un taxi e

ir a ver a Guillermo para decirle de mi nuevo destino. Tal hice. Hay visiones que uno no pierde de la vida, aún en medio del silencio. El barco había quedado frente a una plaza enorme. Yo subí con Guillermo al barco, incluso a mi cabina donde tenía un caballete que me llevaron los amigos pintores. Lo acompañé para su regreso bajando las escaleras del barco y cada vez que pienso en él lo veo atravesando esa plaza enorme, como durante una hora, sin volver la cabeza».

Lo que Emma no sabía es que la tristeza de esa despedida sería reemplazada muy pronto por la llegada de un nuevo amor, el más grande: Jean Perromat, un médico francés que viajaba en ese barco y que se convirtió, años después, en su esposo para siempre.

«¿Dónde nació usted, señorita? Está en el pasaporte: nací en Bogotá. ¿Tiene familia, papá y mamá? No, yo creo que todos están muertos. ¿Qué es esa historia? ¿Tiene hermanos? Sí, una hermana, pero la perdí también. ¿Murió? No, la perdí en la calle y no la encuentro más; creo que no me quería

y la recuerdo más bien mala de carácter. Pero ¿tiene protectores? Sí, san Juan Bosco, y además yo fui consagrada hija de María Auxiliadora. Se rió y me dio una palmadita en la espalda, pidiéndome que volviera a la oficina del embajador. Ah... perdón, perdón, señorita, ¿qué es lo que usted ha venido a hacer a Francia? He venido a estudiar. ¿Estudiar qué? Quiero hacer cuadros, de esos que cuelgan en las paredes. ¿Tiene otros estudios? No. Ninguno, de nada nada. ¿Y en qué se ha ocupado todos estos años? Me ocupo siempre de vivir y defenderme. ¿Usted conoce a personas importantes en Colombia que le hayan ayudado? No, señor cónsul, todavía no conozco ningún colombiano importante, pero espero conocer varios algún día», escribió Emma Reyes en la revista *Aleph* sobre su llegada a París después de ser detenida por la policía y remitida al cónsul colombiano. Después de la entrevista que Carlos Enrique Ruiz le hizo en Burdeos, mantuvieron contacto epistolar y él la convenció de que publicara algunos textos en la revista.

La Fundación Zaira Roncoroni, que le otorgó la

beca, le entregó un dinero inicial y el acuerdo era que después le harían llegar, cada mes, una suma para su manutención. Apenas llegó a Le Havre, en Francia, la policía le decomisó «su valija» porque Emma había comprado francos en Buenos Aires y esos billetes habían sido hechos por los alemanes en la invasión a Francia durante la guerra. Esa era una ofensa, porque quienes los tenían habían sido presumiblemente colaboradores de los alemanes. Pero se superó el incidente y Emma arrancarí­a una nueva vida en un pa­is donde vivi­ó m­ás de cincuenta a­ños.

Desde antes de salir de Buenos Aires, Emma venía enferma. En Paraguay fue v­ictima de leishmaniasis y en la capital argentina estuvo hospitalizada un tiempo. En el barco tuvo una recaída y en su relato en *Aleph*, habla de la diligencia de un m­édico que la atendió, sin mencionar su nombre. Se sabr­ía despu­és que era Jean Perromat. Apenas lleg­ó a Francia, Emma contact­ó a un hombre que trabajaba en Bayer, que conoci­ó en el barco, y él le ayud­ó a conseguir un taller para trabajar. Se reencontr­ó tambi­en con el

cantante argentino Atahualpa Yupanqui, que había conocido en Paraguay y con quien tuvo una larga amistad. Con el dinero de la beca se inscribió en la academia de arte de André Lothe, una de las más prestigiosas de la capital. Ella buscaba aprender un poco de la técnica de la pintura, con modelos que posaban frente a los estudiantes, pero Emma fracasó en ese intento. «Una vez llegó Lothe y me dijo: “Usted no ha mirado el modelo para nada, no ha hecho sino inventar; además, usted no tiene ni idea del dibujo, pero quiero hablar con usted”. Lo fui a ver y nos hicimos grandes amigos. Me dijo que tenía que trabajar sola, porque hay gente que conoce el oficio, “pero gente que tiene qué decir no hay tanta. Y usted tiene tanto que decir que lo mejor es que busque su propia forma de expresión. Vaya a muchos museos”, y así me fue dirigiendo y llevando a la parte profesional», cuenta en la entrevista con Gloria Valencia.

Con Jean mantuvo un noviazgo que no duró mucho tiempo, pero que retomaron para finalmente casarse en 1960, con Germán Arciniegas y su esposa, Gabriela, como padrinos. Ella prefería

París y él, Burdeos o Périgueux. Pasaban días cada uno en su lugar favorito y cada fin de semana se reencontraban, como si quisieran hacerse falta a propósito, y todos los veranos Jean le tenía alguna sorpresa a Emma para ir de vacaciones. Jean, tal como lo recuerdan quienes lo conocieron, «era todo un señor en el sentido de la palabra». Era muy culto, leía mucho y era especial con Emma. Solo que ella era el centro de atención, incluso en esa familia Perromat. Álvaro Medina, que la visitó en Burdeos, recuerda que los almuerzos familiares, largos, de horas, giraban en torno a ella.

Emma permaneció en París los tres años de su beca antes de viajar a Washington contratada por la Unesco para la realización de las cartillas de alfabetización para América Latina. También trabajó con Diego Rivera en México y fue asistente en la galería de Lola Álvarez-Bravo, una de las más prestigiosas del D. F., y no solo ayudó a organizar la última exposición en vida de Frida Kahlo, sino que también expuso ahí mismo junto al propio Rivera, José Clemente Orozco y Rufino

Tamayo.

Después se fue a Italia: vivió en Capri, Venecia, Florencia y Roma. Emma seguía siendo pobre. Se acomodó en un sótano que tenía unas ventanas por donde entraba la luz y por donde solo podía ver los zapatos de los transeúntes. Pero gracias a su trabajo pictórico y a su carisma, Emma terminó codeándose con los principales intelectuales de Italia. Elsa Morante, Alberto Moravia, Enrico Prampolini, entre otros, no solo fueron sus amigos sino que también escribieron sobre su obra. Su periodo en Italia solo se vio interrumpido por un viaje de dieciocho meses a Israel. Emma se las ingeniaba para vender sus pinturas, y también, en medio del rebusque, trabajó como chofer de una marquesa. Pintaba y conducía por Roma. Hasta que un día atropelló a alguien —dicen que iba con ella el también artista Carlos Rojas— y ese lío la llevó a irse de Roma. La víctima del accidente no tuvo mayores consecuencias, pero insistió en una demanda. Ningún intento de conciliación dio resultado. Emma decidió escaparse. Volvió a Francia para instalarse definitivamente.

Dice Plinio Apuleyo Mendoza en *Nuestros pintores en París*: «Los pintores que fueron llegando en las postrimerías de los años sesenta y a lo largo de los años setenta, la encontraron siempre en su camino. Ayudó a Botero a plantar su tienda en París. Darío Morales y Ana María, su esposa, veían llegar la aurora hablando con ella en su apartamento cercano al Observatoire. Caballero, Cuartas, Cogollo, Barrera, Francisco Rocca y Gloria Uribe giraron en torno a ella, recién llegados. Sí, antes de echar plumas, ellos eran los pollitos y ella la gallina».

—¿Qué pintaba Emma? —le pregunto al crítico de arte Álvaro Medina.

—El tema de ella fue la gente común y corriente. Si bien hizo muchos bodegones, algunos paisajes, el tema fundamental es la gente de la calle. Hizo un dibujo figurativo con algo de abstracción. Sus pinturas son como dibujos coloreados, es la estructura fundamental que, ella misma decía, derivó de su experiencia con las monjas haciendo bordados.

Ramiro Castro, hermano de Dicken, publicó un

libro que recoge varios textos críticos sobre su obra. Allí Luis Caballero escribió: «Hay pintores míticos, de leyenda. De los que se habla, en torno a quienes se tejen y destejen anécdotas, pero cuya pintura se ignora. Emma es uno de ellos. Su enorme personalidad impide que se vea su obra para desventura de quienes aman la pintura. La leyenda de Emma se ha elaborado a partir de su propia vida a pesar de su obra; es por eso tal vez que su obra es ignorada». Germán Arciniegas decía: «Ella no pinta con aceite sino con lágrimas».

Emma expuso en varias ciudades del mundo. Hoy, gran parte de su obra pertenece a la Fundación Arte Vivo Otero Herrera, en Málaga, España. Otras varias están en el Museo La Tertulia en Cali. La biblioteca de Périgueux conserva un gran mural suyo. De su arte ella dijo: «Es verdad que mi pintura son gritos sin corrientes de aire. Mis monstruos salen de la mano y son hombres y dioses o animales o mitad de todo. Luis Caballero dice que yo no pinto mis cuadros: que los escribo».

«Helena me dijo:

»—Si tú hablas de la señora María yo te pego.

»Y ese silencio duró veinte años, ni en público ni en privado volvimos nunca a pronunciar su nombre ni a hablar de los años pasados con ella, ni de Guateque, ni de Eduardo, ni del niño, ni de Betzabé. Nuestra vida empezaba en el convento y ninguna de las dos traicionó jamás ese secreto», escribe Emma en el libro.

Y así fue. Nunca habló de la señorita María, quien aparece en el libro como su acudiente, como una especie de mamá que compartía con su hermana, pero a la cual no llamó nunca «mamá»: solo «la señorita María». Pero ese secreto que quiso guardar para siempre fue el que más quisieron develar sus allegados cada vez que narraba su vida: ¿de quién era hija Emma Reyes? El pintor Ramiro Arango, radicado en París con Edilma, su esposa, y gran amigo de Emma hasta su muerte, me cuenta por teléfono que un día coincidieron en una reunión con el escritor Manuel Mejía Vallejo, quien, haciendo pública una sospecha que tenía, le preguntó:

—¿Es cierto que tú eres nieta del presidente Rafael Reyes?

—Yo de eso no hablo. Cambiemos de tema por favor —respondió ofuscada como pocas veces.

Durante muchos años en París optó por no hablar de su pasado. No sabía cómo podría ser la reacción de Jean y su familia, una familia tradicional y reconocida en Francia. Por eso, prefirió que el libro con sus cartas se publicara después de su muerte. De hecho hoy, tanto Sophie y Xavier Perromat, sobrinos de Jean, me dicen desde Francia que no sabían nada de lo que cuenta el libro. Ni siquiera oyeron jamás de su hermana Helena.

Su hermana fue uno de los más grandes enigmas. Ni siquiera los Arciniegas la conocieron. Álvaro Medina me dice que pensaba que Emma era hija única. Lo cierto es que Helena —como me confirmó Ramiro Arango— terminó viviendo en Brasil y visitó a Emma un par de veces en París. Emma era hermética con el tema y advertía: «Esta semana tengo una visita muy importante y por eso no quiero que nadie me llame ni me busque hasta

que yo avise», decía. Días después comentaba que su hermana Helena había estado ahí.

El arquitecto y diseñador Dicken Castro me recibió en su apartamento en el barrio Chicó, en Bogotá. Él, como su hermano Ramiro, ya fallecido, fueron muy amigos de Emma. Me cuenta que ella alguna vez mencionó que de niña sabía que unas personas iban con frecuencia al convento para saber cómo estaban ella y su hermana. ¿Por qué el apellido Reyes? Algunas veces respondía con humor: «Yo soy de los Reyes de Inglaterra». En otras oportunidades decía que era hija del presidente Rafael Reyes. Y al final, a un amigo de ella, residente en Francia y que me pidió reservar su nombre, le confesó que realmente era nieta de Rafael Reyes, como le preguntó esa vez Manuel Mejía. Dice la historia que el presidente Reyes salió al exilio con sus tres hijos y tres hijas —era viudo— en junio de 1909 desde Santa Marta rumbo a Manchester, Inglaterra. Solo hasta 1918 regresó a Colombia con su familia. Emma Reyes nació un año después.

Emma le contó a Gabriela Arciniegas que sí

supo quién era su padre, y que incluso después de salir del convento lo buscó y habló con él. Él le dijo que nunca la reconocería y que no la ayudaría en nada, razón que llevó a Emma a irse de Colombia, agobiada y hastiada de todo. Quería comenzar una vida nueva, como lo hizo, pero también, como lo contó, demostrarle a él que podía triunfar sin su apoyo. Si ese encuentro fue cierto, el presidente Reyes ya había muerto hacía mucho tiempo: en 1921, cuando Emma tenía dos años. Y si fue uno de sus hijos —Rafael, Enrique o José Ignacio— solo ella supo la verdadera respuesta.

En una de sus cartas, Emma cuenta que a los cuatro años ella y su hermana Helena fueron llevadas a Guateque por la señorita María. ¿Por qué ahí y no a cualquier otro pueblo del país? ¿Por qué la señorita María trabajó en la agencia de la chocolatería La Especial, tanto en Guateque como en Fusagasugá (como lo haría después)? ¿Quién era el papá de «el Piojo», aquel niño del que se hicieron amigas y que al parecer era hijo del

gobernador de Boyacá, que se paseó por el pueblo en unas fiestas decembrinas, y que además trajo el primer carro antes de que se produjera un incendio de tres días que dejó en cenizas «la parte baja del pueblo»?

Viajo a Guateque para tratar de averiguar las respuestas. El pueblo boyacense, a dos horas y media de Bogotá, es como cualquier pueblo colombiano, con una iglesia de fachada blanca que domina la plaza principal. Al costado derecho de esa puerta inmensa, de unos diez metros de alto, está el Banco de Bogotá. Justo ahí debió quedar hace noventa años la agencia de chocolates donde trabajó la señorita María. Hablo con el párroco Carlos Hernán Bernal, de unos cuarenta y cinco años, que me atiende amablemente en su oficina, y me dice que nunca oyó nada al respecto, a pesar de que su familia es guatecana. En el archivo del Palacio Municipal, una mujer que no pasa de los treinta años me aclara que en el archivo no hay fotos históricas, solo algunas posteriores a 1950. Le insisto que quiero ver lo que haya de los años veinte, los años en que Emma vivió ahí, pero es

imposible. Le pregunto si hay información sobre un incendio que empezó en el hospital, hacia 1923 o 1924 más o menos, y en el que murieron unas cincuenta personas. Pero nada. Pregunto en vano a varios habitantes si alguien sabe cuándo llegó el primer carro a Guateque.

La exbibliotecaria del pueblo, Isabel Benito —me la recomiendan en la Alcaldía para asuntos históricos—, me dice al calor de un café que el peor incendio ocurrió en 1959 y consumió una cuadra entera, lejos del hospital, y me indica el sitio donde quedaba, donde ahora hay un edificio en ruinas. En la biblioteca Enrique Olaya Herrera —la casa donde nació el presidente— apenas un solo libro amarillento, carcomido, me puede dar pistas: se llama Guateque. Allí se habla de la inauguración del hospital en 1877 «en una casa pajiza» (como lo describe Emma), propiedad del señor Cornelio Hernández que después la compraron para adecuarlo, pero nada más.

Días después, en la Biblioteca Nacional de Bogotá busqué en el periódico *El Tiempo* noticias de Guateque desde 1923 —cuando Emma tenía

cuatro años— pero hay muy poco. No hay anuncios de carros ni de incendios. Apenas hablan de la posibilidad de la construcción de la carretera a Guateque desde Cundinamarca. Incluso, hacia 1926, se habla de la indignación por la demora en las obras.

Se sabe que el primer carro que entró a Boyacá fue en 1909 con el entonces presidente Rafael Reyes, quien inauguró la llamada Carretera Central del norte hasta Santa Rosa de Viterbo, su pueblo natal. Pasó por Tunja, en dirección opuesta a Guateque y diez años antes de que Emma naciera. En Garagoa, el pueblo más cercano a Guateque donde se tiene noticia de la llegada del primer carro, el «monstruo» llegó en 1930, en mula, y se armó en la plaza y fue la atracción de todos los habitantes. Pero para entonces Emma ya no vivía por ahí y menos cuando la carretera a Guateque se inauguró en el gobierno de Enrique Olaya Herrera, a finales de su mandato en 1934.

Pienso en esa segunda carta en la que Emma habla del hombre que las visita en Bogotá, el papá de «el Piojo», «un señor muy alto y delgado que

no estaba vestido como los del barrio, era como los que veíamos retratados en los periódicos que encontrábamos en el basurero». La señorita María les dice que «ese señor que vino aquí es un gran político, tal vez va a ser Presidente de la República...».

¿Las memorias de Emma sobre Guateque eran una suerte de fantasía mezcladas con episodios de realidad? ¿Pudo pasar un carro por Guateque cuando Emma vivía ahí y que no hubiera registro de eso? ¿Ella vio algún incendio menor y con el tiempo el recuerdo cobró una magnitud monumental? ¿Confundi6 Emma varios de sus recuerdos para llegar a ver la imagen del papá de «el Piojo», un incendio y el carro, todo en las mismas fiestas? ¿Quién era el gobernador padre de «el Piojo»? Mientras Emma tuvo entre tres y seis años —tiempo en el que pudo vivir en Guateque— los gobernadores fueron Luis A. Mariño Ariza, Silvino Rodríguez, Nebardo Rojas y Nicolás García Samudio. Ninguno es de Guateque y de ninguno hay mayor información.

Antes de irme decido buscar al hombre más

viejo del pueblo, alguien que a lo mejor haya vivido algo de lo que Emma pudo ver. Don Miguel Antonio Roa, de noventa y cuatro años —uno más de los que tendría ella si viviera—, me recibe amablemente gracias a la ayuda de su nuera después de ubicarla en un local cerca de la plaza. Se mueve despacio, pero su memoria está intacta a pesar de la edad. Me cuenta que, en efecto, esa casa que hoy es un banco fue en algún momento de los Montejo, una familia muy importante, tal como lo dice Emma. No recuerda saber dónde era la chocolatería pero sí de haber probado chocolates La Especial. Me confirma que la plaza sí era plaza de mercado, como está en las cartas, y que en las fiestas ahí había corridas de toros, como también lo dice ella. Recuerda muy bien el incendio de 1959, pero ningún otro.

—Señor periodista, si va a escribir algo de Guateque, por favor diga que la carretera está acabada. Es el colmo. Está tal y como la dejó Olaya Herrera cuando trajo el carro por primera vez.

Emma volvió a Colombia algunas veces, la última en 1983, cuando estuvo en Popayán y tuvo que vivir el terremoto. Cuando todo ocurrió, estaba alojada en el hotel Monasterio. No podía ser otro el nombre. De Colombia, Emma decía que si Jean se moría primero, ella vendría a morir aquí. Pero no fue así. Vivió sus últimos días en Burdeos, duró una semana hospitalizada, antes de morir a los ochenta y cuatro años, por un virus sin nombre. Después, su cuerpo fue llevado a Périgueux, donde hoy está sepultada junto a su marido Jean, tal y como siempre quisieron. Sin embargo, antes de morir dejó claro que su dinero fuera donado a un orfanato en Colombia, incluido el dinero de las regalías de *Memoria por correspondencia*, saliera cuando saliera publicado. Quería ayudar en algo a niños que han padecido su suerte. Y así fue. Gabriela me cuenta que Emma siempre amó a los niños, que cada vez que veía uno lo trataba con especial cariño. Los Perromat hablaron con Ramiro Arango, quien, a su vez, llamó a María del Carmen Carrillo en Bogotá, voluntaria del Hogar San Mauricio en Bogotá.

Decido ir hasta allá. La fundación está ubicada en San José de Bavaria, en la calle 172 con carrera 80. Hay varios alojamientos para los casi 150 niños de todas las edades, cuidadosamente decorados con pinturas y afiches infantiles. Hay un jardín infantil para los más pequeños. Aquí llegan menores abandonados, maltratados, y la fundación los acoge para darles educación, alimentación, un lugar donde dormir. Hay bebés de apenas meses en una habitación aparte a la espera de una adopción. Como en toda labor de esta índole, los recursos siempre faltan pero el esfuerzo para darles una infancia digna a estos niños es evidente. Los veo jugar sobre el pasto, correr sobre el pavimento, se ríen: todos son Emma. Esa infancia triste que dejó por escrito, tan difícil de olvidar, no fue en vano. Ella estaría feliz de ver que en algo ha ayudado a estos niños, cuidados y protegidos por personas que intentan ser sus familias. Son niños que no saben quién fue Emma Reyes y que quizá también sueñan con el mundo.

DIEGO GARZÓN

Artículo publicado en la revista *Soho*  
(Colombia), enero de 2013

1 Siguiendo la voluntad que Emma siempre expresó a todos los que tanto la quisimos, las regalías de este libro irán a la Fundación Hogar San Mauricio que brinda cariño, estudio, hogar y un futuro a nuevas generaciones de niños colombianos.

GABRIELA ARCINIEGAS

«No se me ocurre ninguna necesidad tan fuerte durante la infancia como la necesidad de la protección de un padre.»

SIGMUND FREUD

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *[Memoria por correspondencia](#)*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web ([www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com))

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (<http://twitter.com/LibrosAsteroide>) y en Facebook

([www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide)), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



# Nota biográfica

**Emma Reyes** (Bogotá, Colombia, 1919 - Burdeos, Francia, 2003) fue una artista colombiana que destacó como pintora y dibujante. Se formó en París y trabajó en el estudio de Diego Rivera en México, y posteriormente en Italia. En 1960 se instaló en Francia, donde vivió hasta su muerte.

# Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Memoria por correspondencia*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

*Todo lo que una tarde murió con las bicicletas*,  
Lucía Ramis

*Mi planta de naranja lima*, José Mauro de  
Vasconcelos

*Vinieron como golondrinas*, William Maxwell

# Table of Content

## Memoria por correspondencia

### Prólogo

Leona pura, leona oscura

Leona pura, leona oscura

## Memoria por correspondencia

Carta número 1

Carta número 2

Carta número 3

Carta número 4

Carta número 5

Carta número 6

Carta número 7

Carta número 8

Carta número 9

[Carta número 10](#)

[Carta número 11](#)

[Carta número 12](#)

[Carta número 13](#)

[Carta número 14](#)

[Carta número 15](#)

[Carta número 16](#)

[Carta número 17](#)

[Carta número 18](#)

[Carta número 19](#)

[Carta número 20](#)

[Carta número 21](#)

[Carta número 22](#)

[Carta número 23](#)

[Carta número 1](#)

[Carta número 2](#)

[Carta número 3](#)

[Carta número 4](#)

[Carta número 5](#)

[Carta número 6](#)

[Carta número 7](#)

[Carta número 8](#)

[Carta número 9](#)

[Carta número 10](#)

[Carta número 11](#)

[Carta número 12](#)

[Carta número 13](#)

[Carta número 14](#)

[Carta número 15](#)

[Carta número 16](#)

[Carta número 17](#)

[Carta número 18](#)

[Carta número 19](#)

[Carta número 20](#)

[Carta número 21](#)

[Carta número 22](#)

[Carta número 23](#)

[Apéndices](#)

[De Flora Tristán a Emma](#)

[Reyes](#)

[¿Qué pasó con Emma Reyes?](#)

[De Flora Tristán a Emma](#)

[Reyes](#)

[¿Qué pasó con Emma Reyes?](#)

[Colofón](#)

[Nota biográfica](#)

[Recomendaciones Asteroide](#)